EL CUENTO

Un Cuento para niños que Emocionará a los viejos, del Escritor Español ANTONIORROBLES

Cuentos para todos los Gustos, y Terminación de "El Caso Final de Mr. Trent"

Julio 1939

$1.00 EJEM.

La Princesita de los Ojos Azules.

LÓPEZ



el cuento
Revista de Imaginación

PRONTO

BENJAMIN JARNES

COLABORARA EN

"EL CUENTO"





MUCHAS GRACIAS!

REALMENTE, la cordial acogida que los lectores dieron al primer número de "EL CUENTO", ha sobrepasado el optimismo que sus editores sentían antes de lanzarlo a la circulación. Y una demostración tan alentadora de que el esfuerzo que significa el dar al público de México una publicación de esta índole, ha sido apreciada, los impulsa a corresponder, proponiéndose que en breve "EL CUENTO" sea, dentro de lo posible, una publicación impecable, tanto en su presentación tipográfica como en su contenido. Es por eso, que al agradecer todas las muestras de simpatía y de aliento que la Editorial "RELOX" ha recibido, le es grato anunciar todas las mejoras que irán notando los lectores desde este y el próximo número. Con la colaboración de los mejores dibujantes de México, todas las subsecuentes ediciones irán profusamente ilustradas, proponiéndose sus editores que en el menor tiempo posible dichas ilustraciones sean todas en color, a pesar del enorme esfuerzo que tal cosa significa en México, dado el alto costo de estos alardes tipográficos. Igualmente, deseosos de que el público mexicano conozca al día todas las grandes producciones de los grandes cuentistas y novelistas extranjeros, acaba de adquirir los derechos exclusivos para la publicación simultánea con las mejores revistas del extranjero, de una estupenda serie de interesantísimas producciones de los más notables escritores contemponáneos, que serán presentadas en español de la manera más fiel, con la garantía de inmejorables traductores que no mutilarán ni alterarán los textos.

Habiendo recibido algunas cartas de lectores que se quejan de que la novela de E. Bentley, "El Caso Final de Mr. Trent", no apareció completa en un sólo número, aclaramos que ello ha sido sólo por razones de espacio, ya que de otro modo tendríamos que disminuir en cada edición el número de los cuentos destinados a publicarse. Pero deseosos de complacer a nuestros lectores, estamos estudiando la posibilidad de publicar una novela completa en cada número. Mientras tanto, ofrecemos que cada novela será publicada íntegra, a lo sumo, en dos números consecutivos.

Por último, sólo nos resta dar una excusa por el retraso de este número, que se debió a todas las dificultades con que tropieza una empresa que se inicia por derroteros nunca antes caminados en México. Prometemos que tal deficiencia será corregida desde la próxima edición, en que "EL CUENTO" saldrá tan puntual como el signo que lo ampara: "RELOX".

LOS EDITORES.

EL CUENTO

México, D. F. (República Mexicana).—Julio 15 de 1939.—Tomo I.—Número 2.—Registrado como articulo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F., el día..... del mes de ..... de 1939.—Se publica mensualmente por la Editorial "Relox", integrada por un grupo de redactores de la revista HOY.—Oficinas generales: calle de Vallarta Núm. 1.—Apartado Postal 10405.—Teléfonos: Mexicana L-60-22 y Ericsson 2-85-64.—Gerente: Luis Alcayde.—Administradora: Lucía D. de Hernández Llergo.—Precio del ejemplar en toda la república: un peso. Suscripción anual: diez pesos, seis meses: cinco pesos cincuenta centavos.—En el extranjero: ejemplar, treinta centavos de dólar.—Suscripción anual: tres dólares; seis meses; dos dólares.—No se devuelven orignales.

Carátula de

SIDRO LOPEZ GUERRERO



EL CUENTO

Los Grandes Cuentistas Contemporáneos

NUMERO 2 ■ JULIO DE 1939 ■ TOMO I

SUMARIO

DIRECTOR
HORACIO QUIÑONES

EDITORIAL
"RELOX"
VALLARTA 1
APDO. POSTAL 10405
MEXICO, D. F.



Aquí Presentes...

Algo sobre los que escribieron los cuentos

WALTER BROOKS

Walter Brooks, autor de "El Fantasma de Lady Jessingham" es, sin duda, uno de los más grandes humoristas ingleses contemporáneos. En el cuento que ahora presentamos hace una divertida farsa, tanto de los fantasmas en general, como de las puntillosas costumbres inglesas en lo particular, exhibiendo de paso algunas características norteamericanas que a los flemáticos ciudadanos de la Gran Bretaña les hacen mucha gracia. Fue traducido por Humberto Pruneda Isla.

——oOo——

RICHARD CONNEL

Richard Connel, autor de "El Enredo de Papá Chibou", es un distinguido cuentista norteamericano, ganador hace tres años del premio O'Henry, otorgado anualmente al mejor cuento que haya sido publicado en todo el territorio yanqui. En el que ahora publicamos, de extremada delicadeza y fino humor, narra una conmovedora historia cuyo título original era "Un amigo de Napoleón". Está traducido por María Luisa de Noriega Hope.

——oOo——

NELSON G. BOND

El autor de la "Quimera de Vidrio", Nelson S. Bond, no fuma opio ni se entrega a los paraísos artificiales. Pero sus cuentos, extraordinariamente fantásticos, son un alarde de imaginación. Tiene un estilo tan realista, que a momentos hace creer que las cosas maravillosas que narra, son ciertas. Seguramente los lectores de "EL CUENTO" se divertirán con la imaginativa peripecia de G. Guimple, el personaje, cuya fantasía los debe dejar pensativos acerca del mundo del vidrio... Lo tradujo Horacio Quiñones.

——oOo——

MALCOLM HOFFMAN

Malcolm Hoffman, alemán, hijo de madre inglesa, es un joven de veintitrés años, autor de magníficas producciones de impresionante intensidad dramática. Hace diez años que reside en Estados Unidos, donde parece haber hecho su clima. Sigue, sin embargo, con inusitado interés, los acontecimientos de su patria, escribiendo frecuentemente obras de ambiente alemán, como la que ahora publicamos, "Fraternidad" que fue traducida por Horacio Quiñones.

——oOo——

ANTONIO RROBLES

Desde este número, "EL CUENTO" se ha propuesto presentar en cada número un cuento infantil clásico o moderno, ya que deleita de vez en cuando volver a la edad en que la fantasía es más sensible y apta para construir maravillosas imaginerías. Emos escogido ahora, de Antoniorrobles, el eminente cuentista español que se encuentra en México, y autor de finas y delicadas obras para niños, consideradas como de las más perfectas entre la moderna literatura infantil, el bello cuento "La Princesa, los Bombones y el Concurso de los Aviones", seguros de que por su profunda ingenuidad y delicadeza, será de todo el agrado de los lectores.



JORGE FERRETIS

De los más originales novelistas mexicanos, que tratan de realizar sus novelas como ensayos que sirvan de pauta al destino de México, —ofrecemos ahora un cuento, "Hombres Químicamente Puros". Jorge Ferretis, el autor, que se ha afirmado como un estupendo cuentista, con una serie de producciones entre las que destaca por su fuerza y tiene valor perdurable la titulada "La Dicha de ser Vaca", se ha convertido en un guía de este difícil género que apenas empieza a resurgir en nuestra patria desde la muerte de Micrós. Terretis ha tenido la gracia de escoger personalmente lo que él considera uno de sus mejores cuentos, para ofrecerlo a los lectores desde estas páginas, siendo éste, como ya se dijo, el titulado "Hombres Químicamente Puros".

——oOo——

ERICH KASTNER

Erich Kastner, alemán, es un profundo psicólogo. Con sencillez abrumadora narra la tragedia que se escondió tras "El Mejor de la Clase". ¿Quién, que haya ido a la escuela alguna vez, no se habrá rozado así con un caso semejante, sin sospecharlo siquiera? Kastner tiene un estilo extraordinario, sencillo y al mismo tiempo intenso. Pronto presentaremos otra de sus producciones exclusivas para "EL CUENTO". Esta obra fué traducida por Humberto Pruneda Isla.

——oOo——

KNUT HANSUM

Knut Hansum no necesita presentación ante el público de habla, española, que conoce sus obras principales. Pero quizá no lo habían conocido coco cuentista. En este caso, al presentarnos "El Hijo del Sol", nos da un profundo estudio psicológico de un hijo del trópico ,perdido en las regiones heladas. Todas sus sensaciones, su ambiente desolado, están magistralmente descritos. Pinta paso a paso el vaivén de las emociones de este hombre que ama el sol y el calor, y que se ve obligado a vivir en la nieve. Fué traducido por Aurora Rostand.

——oOo——

NORMAN MATSON

Norman Matson es uno de los grandes escritores norteamericanos. En "La Casa que Adán Construyó", logra revivir eso que todos aquellos que han amado alguna vez enmedio de las dificultades de la vida, han sentido. ¿Quién no destruyó con una palabra amarga todo un edificio de ilusión? Una palabra que no se quiso decir, pero que se dijo. Una palabra irreparable, que se recordará siempre con dolor. ¡Hubiera sido tan fácil no decirla! ¿Por qué se dijo? ¡Mejor se hubiera perpetuado la ilusión de un sueño perfecto, como el corazón lo quiere! Es una de las obras de más finura que se hayan escrito nunca. Fué traducida por Humberto Pruneda Isla.

——oOo——

VICTOR JUAN GUILLOT

Víctor Juan Guillot, argentino, es una de las cumbres en la literatura hispanoamericana, autor de varios libros de cuentos de bellísimo estilo y profunda comprensión humana. Eterno amigo del gaucho, del campesino, narra frecuentemente sus vicisitudes. En el presente caso, el de un campesino perdido en la ciudad, que anhela morir entre el verde de la campiña, y que con una planta abrazada a su pecho, siente la satisfacción de morir con el aroma que cobijó su infancia. Lleno de ternura, este es un cuento que no dejará de conmover a nadie que lo lea.

——oOo——

LUIGI PIRANDELLO

Luigi Pirandello, el ilustre escritor italiano ganador del Premio Novel, muerto recientemente, legó numerosas pequeñas joyas como esta que presentamos por primera vez al público lector de habla española, en la que en un solo cuadro, dibuja hasta lo más hondo el carácter de sus personajes. La versión de este cuento fué hecha por Cordelia Puente.





El Fantasma de Lady Jessingham

Y LADY ELIZABETH NADA MAS COMENZO A AGITARSE COMO SI ESTUVIERA COLGADA DEL TENDEDERO, DURANTE UN HURACAN, Y DANDO UN QUEJIDO RONCO DESAPARECIO

Por WALTER BROOKS

UNA vez había un fantasma de familia, llamado Lady Elizabeth Jessingham. Ella había sido asesinada por su marido, Lord George Jessingham, en vista de varios y muy buenos motivos, allá por el año de gracia de 1478, y luego que ella se hubo repuesto de la sorpresa de encontrarse muerta, le dió por andar espantando en la mansión familiar. Ella pensaba que al menos eso haría por dignificar a la familia a la cual había deshonrado con su conducta. Su trabajo lo hacía satisfactoriamente, en vista de lo cual la familia estaba muy contenta de su fantasma.

Bueno, pues durante los primeros trecientos años le fué fácil espantar a la gente, pero, luego la familia tuvo un fuerte disgusto con el Rey, que llegó a posesionarse del Castillo y le había mandado cortar la cabeza a Lord Hugh Jessingham. Lady Jessingham y su pequeño hijo emigraron a los Estados Unidos, y Lady Elizabeth Jessingham, la fantasma, los siguió. Durante los siguientes ciento cincuenta años, ella continuó espantando en varias casas, soportando la fortuna de la familia; acabando al fin en Nueva York, después de recorrer varias ciudades. Generalmente espantaba en una forma muy distinguida y elegante, apareciéndose vestida de negro, con grandes ojos tristes, su larga falda de seda arrastrando por el suelo, y sin efectos de sonido tales como quejidos y gritos; aunque ella podía ser vulgar cuando quería, como en aquéllas ocasiones en que la familia no le daba las muestras de respeto a que era acreedora. Entonces ella decía malas palabras de un modo tal, como para hacer enrojecer de vergüenza a un carretonero; pues en el curso de varias centurias había aprendido bastantes feas palabras de los Jessingham, y de sus numerosos huéspedes en distintas ocaciones. Pero en general, su conducta era enteramente correcta, y ella siempre se aparecía por lo menos una vez cada noche.

La última casa en la que Lady Elizabeth espantó, estaba en la calle cincuenta y tres. Luego, a la muerte de sus padres, Edward George Jessingham VI, se cambió a un apartamento en la avenida Park. Era muy bién parecido y tenía bastante dinero; y si la vida era una lucha perpetua, él no se había dado cuenta de ello. No obstante, de vez en cuando sentía una vaga inquietud, que él atribuía a cierta ambición por hacer algo, aunque en realidad podía ser enfermedad de los riñones, o alguna otra cosa de esas que anuncian en los periódicos. En esas ocasiones se ponía a pensar en la conveniencia de entrar a algún trabajo o negocio.

Bueno, pues una vez Edward tenía dolor de cabeza y llegó temprano a su casa, y al entrar, vió a Lady Elizabeth deslizándose al ras del suelo. La saludó con la mano, y entró luego a su recámara cerrando la puerta, pero ella se coló por la cerradura, y le dijo:—Eduardo, tengo que hablar contigo. Eduardo se había quitado el saco y el chaleco, y se estaba deshaciendo de los tirantes.

—Di, preguntó.

—Por favor, pórtate bien,—le dijo Lady Elizabeth—, pues esto es serio. Eduardo sugirió:

—¿No puedes esperar a otro día? Tengo un fuerte dolor de cabeza.

Mas ante la negativa de ella no tuvo más remedio que ponerse de nuevo su saco; suspirar, tomando asiento, y escuchar que ella le explicara el cambio en sus métodos para espantar.

Ella dijo:—

—Me es inútil seguir apareciéndome en este apartamento, pues aunque estés en la ciudad, nunca llegas a la casa antes de la madrugada, y no es cosa digna andar espantando en los cuartos vacíos de gente, cuando no hay nadie a quien asustar o impresionar. De modo, —continuó—, que en el futuro te voy a espantar a ti personalmente. —Bueno, los cuartos no siempre están vacíos—, aclaró Eduardo. ¿No te acuerdas de la fiesta esa del otro día?

—Muy bonita—, respondió Lady Elizabeth—, aunque todos tus amigos me confundieron con otro huésped. Fíjate que hasta Mr. Prosser se atrevió a. . . Y en esto Lady Elizabeth solamente se sonrió, como recordando algo agradable: luego se puso seria y continuó: —Pero eso fué la excepción.

—Bueno, bueno, —cortó Eduardo—, haz lo que gustes. ¿Ya me puedo acostar? De manera que Lady Elizabeth dijo: sí, y él se tendió sobre la cama, desapareciendo ella por la cerradura.

De modo que a eso de la media noche de todas las noches, Lady Elizabeth comenzó a aparecerse a donde quiera que estaba Eduardo. Primero nadie se fijaba en ella. Una mujer que se desliza quejándose junto a la barra de algún restaurante de lujo, o que se desliza entre un grupo de jóvenes alegres, no atrae mucho la atención, por más anticuado que sea su vestido. Pero Lady Elizabeth no se iba a desanimar. Así es que comenzó a flotar en el aire, como a un metro del suelo y luego se dió cuenta de que causaba bastante terror. Hizo que cundiera el





pánico en dos o tres magníficas fiestas, y hasta logró que dos o tres pecadores volvieran a la Iglesia, y otro montón de cosas por el estilo.

Primero nadie relacionó a la fantasma con Eduardo. El nunca le hacía caso, y, por supuesto, ella nunca le hablaba, a menos que estu-*vieran los dos solos. Pero pronto la gente comenzó a darse cuenta de* que la fantasma sólo se aparecía donde él se hallaba. Por fin, dos amigos suyos fueron a hablarle del asunto. Pues no sólo muchas de sus amistades dejaron de beber vinos y licores, sino que los sirvientes de las casas se estaban ahuyentando.

—Una broma es una broma, —le dijeron—, pero esto es ya demasiado—. No es una broma, —explicó Eduardo—, es el fantasma de nuestra familia.

—Lo que sea, —contestaron—, pero no nos agrada y tienes que suspenderlo.

Bueno, pues Eduardo sabía que era inútil discutir con Lady Elizabeth, porque ella se limitaría a decir malas palabras, y a lo mejor se enojaba tanto, que se convertiría en un perro negro, y se dedicaría a aullar toda la noche. Y estaba pensando qué hacer, cuando Persis Hawtrey lo llamó por teléfono para decirle que acababa de regresar de no sé dónde, y que iba a pasar el fin de semana con él, invitándolo a Long Island.

Persis era una muchacha igual que cualquier otra, pero para Eduardo era como la Divina Providencia. Tenía una carita de porcelana muy linda, y una voluntad de acero. Lo que ella quería, eso lograba. Eduardo como que tenía deseos de que ella lo quisiera a él, y hasta le había propuesto oferta de matrimonio, mas ella tenía muchas otras proposiciones en el archivo. De modo que Eduardo aceptó la invitación.

Todo iba muy bien. Persis había decidido que Eduardo era el hombre que ella necesitaba, y antes de que llegara la noche, ya se lo había dicho. Pero cuando a la mañana siguiente se estaba él vistiendo, le trajeron un recado de ella, que mandaba desde su cuarto, y que le decía: "Ven, que tengo que hablarte".

El corazón de Eduardo se puso a saltar como una rana dentro de un barril. Corrió, tocó en la puerta y entró. Persis estaba todavía acostada, y le dijo:

—Te mandé llamar, y puedes ir empacando tus cosas y largarte inmediatamente.

Eduardo lo iba a tomar a broma, pero se dió cuenta de que Persis tenía los ojos muy abiertos, y le preguntó:

—Pero Persis, ¿hablas en serio?

—¡Vaya si hablo en serio! —respondió ella. No, ni para qué te hagas el inocente. Yo mismo la ví entrar.

—¿Viste a quién? —preguntó Eduardo.

Y Persis dijo: pues a esa muchacha que entró anoche a tu cuarto. Ha de haber sido una de las recamareras, porque ninguna mujer decente se pondría esa bata de noche. Y entonces Eduardo se rió y comentó:





—Pero si esa no era una recamarera, era Lady Elizabeth!

Persis creyó que él se estaba burlando de ella, y se levantó de la cama muy enojada, aunque se veía muy bonita, y cogiendo una botella thermos, se la tiró a la cabeza y le gritó:

—¡Salte, porque si no, te mato!

Las reglas de los fantasmas son muy estrictas. Una de ellas es que los fantasmas no se deben aparecer de día sino cuando la vida de algún miembro de la familia está en peligro. Ahora que cuándo es peligro y cuándo no lo es, pues el fantasma lo decide. Y esto sí que le pareció peligro a Lady Elizabeth, porque en sus tiempos, cuando una gente le decía a otra que la iba a matar, lo decía en serio; de modo que inmediatamente se apareció en un rincón del cuarto y dejó escapar un quejido.

Persis volvió la cara e interrogó; —¿Pues quién es usted? ¿Cómo entró? Y luego continuó:— ¡Ah, si usted es la de anoche!

—Sí, —dijo Lady Elizabeth—, yo soy la fantasma de la familia Jessingham.

¡Ah! ¿Sí? —dijo a su vez Persis—, pues póngase fantasma, porque si en tres segundos no sale de aquí, le tiro este vaso a la cabeza.

Pero Lady Elizabeth nada más se sonrió con un aire de superioridad, y, dijo:

—Cómo usted guste, señora.

Y Persis le arrojó el vaso, que atravesó a la fantasma como si nada, y se estrelló en la pared. Persis nada más se quedó mirando un momento como que no lo creía, y luego dió un brinco y se colgó del cuello de Eduardo, pegando su nariz a la mejilla de él. De modo que Eduardo pensó que no tenía nada que hacer, en vista de la situación, y únicamente se dejó apretar de Persis.

—Esto no nos lleva a ningún lado, —dijo Lady Elizabeth—, por favor, escúcheme un momento, señora.

Persis se estremeció un poco, y Lady Elizabeth continuó hablando, y le explicó las relaciones que tenía con la familia Jessingham, y lo de las reglas de los fantasmas, y todo eso. Y dijo: —según entiendo, mi joven descendiente quiere casarse con usted, y yo no tengo empacho alguno.

—¿Ah, no? —dijo Persis, apartando la nariz de la mejilla de Eduardo—, pues yo sí lo tengo.

—Dése cuenta de que no me puedo casar con un hombre cuya abuela siempre se anda metiendo a nuestro cuarto, pues eso es lo que va a pasar.

—Ya se acostumbrará a mi presencia —dijo Lady Elizabeth— además, ese es el precio por casarse con un hombre de antiguo linaje.

—Bueno, pues que ese precio lo pague otra —dijo Persis— y yo me voy y no me caso con él.

Entonces Eduardo regresó a la ciudad muy triste, ¿y por qué no? Pero debía haber algún modo de quitarse de encima a la vieja fantasma. Y se fué a su casa a pensar. Y como no tenía costumbre de hacer eso, pues le dolió la cabeza, pero él siguió pensando, hasta que una idea le saltó, rechinando, a la superficie. Y esa noche se fué a la calle,





y se emborrachó, y se puso a pelear con todo mundo, y luego se ató una servilleta en la cabeza y desde encima de una mesa comenzó a convocar a todos los fieles a la oración de Alah. Y cuando llegó a su casa, al día siguiente, después de haber pagado la multa, se puso un lienzo con hielo en su ojo morado y se acostó.

Bueno, pues estaba muy cansado y se quedó dormido todo el día; y a eso de las doce de la noche despertó. Y ahí estaba Lady Elizabeth muy sonriente. Era la primera vez que él la había visto tan contenta. Y ella exclamó: bravo, mi hijo, eres un verdadero Jessingham!

—¿Eh?, suspiró, Eduardo.

—Sí, afirmó ella, anoche me hiciste recordar a mi querido marido. Quizá hasta te pareciste al famoso cuarto Lord Jessingham, Fulk, mi padre. Tenía la costumbre de pelearse con los guardianes del Rey por lo menos una vez a la semana. Me recuerda los viejos tiempos.

Pero Eduardo nada más se quejó y se volvió a dormir, dándole la espalda.

Pero no obstante, no abandonó la esperanza y siguió pensando. Y pensó que había sido un tonto si había creído que iba a ahuyentar a Lady Elizabeth con una conducta escandalosa. Si ella hubiese sido una fantasma de la clase media, con puntos de vista propios de esa gente, quizás. Pero los Jessingham siempre habían sido unos completos caballeros, y no había nada que no les fuera permitido. Hasta un crimen sería inútil. Con gusto cometería un asesinato para lograr el amor de Persis, pero estaba seguro de que Lady Elizabeth aplaudiría con entusiasmo un buen asesinato. Después de todo, ella misma había sido asesinada. Y el robo y el incendiarismo también estaban dentro de los principios morales de su nobleza. Podría quizá traicionar al Rey, pero no había rey a la mano, y si le hiciera traición a Mr. Roosevelt, de seguro que ella, con sus ideas reaccionarias de aquel tiempo, aprobaría entusiastamente.

Probablemente que alguna mancha en su escudo ahuyentaría a Lady Elizabeth, pero era difícil hallar una mancha indeleble. "Nobleza obliga", al diablo, —dijo Eduardo—, debiera ser, "Nobleza excusa".

Bueno, pues pasó una semana antes de que encontrara la solución, pero al fin la halló. Se le ocurrió una tarde en que iba a cenar con la señora Hamerton Giles. Y se regresó a cambiar la corbata blanca por una negra, y luego se quedó pensando unos minutos, y después se puso zapatos de color café, en lugar de negros. Y luego fué y le pidió algo prestado al muchacho del elevador, y por fin, se dirigió a la cena.

Bueno, pues la fiesta estaba muy concurrida, y era de mucha distinción, pues Mrs. Hamerton Giles era de la gran sociedad, y todos sus invitados eran de los selectos. De modo que cuando Eduardo llegó, hubo gran expectación y nadie lo saludó, como si fuera el carcelero que iba a anunciar a los que les tocaba salir a la muerte. Todos se daban cuenta de que Eduardo había llegado, pero siguieron hablando como si nada. Y la señora Hamerton Giles nada más lo saludó fríamen-




te con la cabeza y salió a decirle al criado que cambiara el lugar en la mesa que la habían dado a Eduardo. Bueno, pues no era grato todo esto, pero Eduardo estaba decidido a todo. Y durante la comida hizo barbaridades, no que se pusiera la servilleta en el cuello o que sonara la sopa con la boca, o que comiera con el cuchillo, pero sí se equívocó dos veces de cucharas y se limpió la cara con la servilleta. Y entre plato y plato se limpió los dientes con el palillo. Primero no lo iba a hacer, pero luego decidió que podía limpiarse los dientes detrás de la servilleta. Bueno, la comida siguió y nadie le hablaba, como si nunca lo hubieran conocido, y luego que pasaron a la sala hubo música, Eduardo esperó a que la cantante estuviera en el re agudo para sonarse la nariz y luego se puso a felicitar a la señora Hamerton Giles por la belleza de las cortinas, y más tarde se retiró a su casa.

Como una hora después llegó Lady Elizabeth. No dijo nada. Nada más se quedó en un rincón viéndole los zapatos y la corbata, y había tal expresión de disgusto en su cara, que Eduardo, conmovido, casi le iba a decir la verdad. Después de todo, ella era abuela suya, separada de él por unas dos docenas de generaciones. Pero pensó en Persis, y su corazón se endureció; de modo que se quitó el saco y se quedó en mangas de camisa. Y tenía ligas rojas en las mangas. Y Lady Elizabeth nada más comenzó a agitarse como si estuviera colgada del tendedero durante un huracán, y dando un quejido ronco, desapareció.

Bueno, Eduardo se esperó todavía una semana para estar seguro. Pero Lady Elizabeth ya no regresó. De modo que fué y le dijo a Persis, y ella dijo que estaba muy bién, y el mes siguiente se casaron. Y Lady Elizabeth, que nunca había estado ausente del casamiento de alguno de sus descendientes en casi quinientos años, en forma de una paloma blanca, esa vez no fué. Y entonces Eduardo estuvo seguro de que ya no iba a volver nunca. Pero no fué así. Porque cuando nació George Edward Jessingham VII, Lady Elizabeth regresó y lo comenzó a espantar a él. Pero ya Persis nunca le hizo caso.



EL ENREDO DE PAPA CHIBOU

LOGRO LA FELICIDAD DE DOS JOVENES QUE SE AMABAN, Y TODO POR NAPOLEON

Por RICHARD CONNEL

EN todo París no podría encontrarse otro hombre más feliz que papá Chibou. Y es que papá Chibou amaba su trabajo. Muchos hombres podían pensar, y no pocos afirmaban que, por ningún dinero del mundo desempeñarían ellos el trabajo de papá Chibou; no, no aceptarían su empleo, ni durante una sola noche, por diez mil francos. Aseguraban que el tal empleo les haría encanecer y les convertiría la piel en carne de gallina para el resto de su vida. Estos hombres hacían que papá Chibou sonriera con lástima. ¿Qué sabían estos pobres de deleite? ¿Qué entendían de romance? Cada noche de su vida, papá Chibou se encontraba en un país de aventuras y el romance le tendía la mano.

Cada noche conversaba íntimamente con Napoleón; con Marat y sus compañeros revolucionarios; con Carpentier y con César; con Víctor Hugo y con Lloyd George; con Foch y con Bigarre, el asesino apache, cuya afición por convertir bellas damas en no muy bello picadillo, lo había llevado a la guillotina; con Luis XVI y con madame Lablanche, aquella envenenadora de once maridos, ocupada en preparar el envenenamiento del doceavo, cuando fué detenida por la Policía. Con María Antonieta, y con diversos mártires de la primera era cristiana, que vivían con dulce resignación en catacumbas alumbradas con luz eléctrica, debajo del bulevar "Des Capucines", en el preciso corazón de París. Todos estos personajes eran sus amigos; tenía para cada uno de ellos una broma o una palabra cariñosa, y, durante sus recorridos de vigilancia nocturna, papá Chibou lavaba sus caras y quitaba cuidadosamente el polvo de sus orejas. Papá Chibou era el vigilante del Museo Pratoucy, "El Mundo de Cera". Entrada un franco; niños y soldados, mitad de precio. Las damas nerviosas entrarán en el **Salón de los Horrores,** bajo su propia responsabilidad. Se suplica no tocar las figuras ni entrar acompañado, de perros en el establecimiento".





Papá Chibou llevaba ya tanto tiempo en el Museo Pratoucy, que ya parecía él mismo otra figura de cera. No era extraño que algún visitante le confundiera y le tocara con dedos curiosos o le picara las costillas con su bastón. El vigilante no le sacaba de su error, no se movía: como espartano, se mantenía inmóvil, sintiéndose más bien orgulloso de que lo tomaran por un ciudadano del mundo de la cera, mundo que era, en verdad, para él, mucho más real que el mundo de carne y hueso. Sus mejillas parecían pequeñas ciruelas rojas; sus ojos eran redondos, un poco protuberantes, y su cabello blanco, alisado, daba la impresión de una peluca. Era un hombrecito diminuto y, con su espeso bigote en forma de herradura, parecía un gnomo que se hubiese disfrasado de morsa, para asistir a un baile de máscaras. Los niños que le veían deslizarse por los corredores débilmente alumbrados que conducían a las catacumbas, tenían la seguridad de que era un duende.

Su título de "papá" era puramente honorario, habiéndosele dado porque tenía cerca de veinticinco años de trabajar en el Museo. Era soltero y dormía allí mismo, en un minúsculo cuartito, junto al Circo Romano, en donde leones y tigres de papier-maché, engullían una colección de mártires. De noche, cuando papá Chibou sacudía aquellas ficticias fieras, les reprochaba severamente su falta de delicadeza.

—¡Ah!—, solía exclamar papá Chibou, dando un golpecito en la oreja del león más robusto, que gravemente trataba de devorar a un anciano y a un infante, a un mismo tiempo, eres una especie de puerco.

¡Me avergüenzo de ti. . . comiendo infantes! Irás al Infierno por esto, monsieur león; puedes estar seguro de ello. El señor Satanás te freirá, como un huevo, te lo prometo. ¡Ah, mala persona, especie de camello, apache, aprovechado. . . !

En seguida papá Chibou se inclinaba con ternura sobre el anciano mártir, que yacía bajo las garras del león, con la marca de la angustia en su cara aventajada, y le decía:

—Paciencia, mi valiente amigo. No se tarda uno mucho tiempo en ser devorado. Además, considera esto: un buen Dios te llevará al cielo, y allí, si tú quieres, podrás comerte un león cada día. Eres un hombre santo, Filiberto. Serás, sin duda, San Filiberto, y entonces, ¡cómo te reirás de los leones!

Filiberto era el nombre que papá Chibou le había dado al venerable mártir; había bautizado a cada una de las figuras del museo. Después de consolar a Filiberto, el vigilante limpiaba suavemente con un lienzo, al gordo infante que otro león trataba de engullir.

—Valor, mi pobrecito Jacobo—, le decía papá Chibou—, no cualquier bebé puede ser tragado por un león, ¡menos defendiendo tan santa causa! No llores, pequeño Jacobo. Y recuerda: cuando estés adentro del señor león, debes dar de patadas, ¡muchas patadas! Eso le causará un gran dolor de estómago. ¿No crees que eso será divertido, pequeño Jacobo?

Así continuaba su trabajo papá Chibou, platicando con todos ellos, porque a todos les tenía afecto, aun a Bigarre, el apache, y a los otros terribles huéspedes del Salón de los Horrores. No dejaba de reñir a los criminales por sus lamentables inclinaciones en el pasado, advirtiéndoles que él no toleraría semejante conducta en su museo. Desde luego que no era **su museo.** El propietario era el señor Pratoucy, un hombre melancólico, que se sentaba en la taquilla a recoger los francos de las entradas. Sin embargo, aunque el propietario legal fuese el señor Pratoucy, de noche papá Chibou era el monarca absoluto del pequeño reino de cera.

Cuando el último visitante habíase marchado y se cerraban las puertas, papá Chibou visitaba a sus súbditos, a través del infinito silencio de los salones, les saludaba cordialmente:

—Ah, Bigarre, viejo pillo, ¿qué tal van las cosas? Y tú, madame María Antonieta, ¿has tenido un buen día? Buenas noches, monsieur César, ¿no sientes frío con ese traje tan ligero? Ah, monsieur Carlomagno, espero que estarás bién de salud.

El amigo más íntimo de papá Chibou era Napoleón. A los demás sólo los estimaba, y por él tenía verdadera devoción. Era una amistad afianzada por los años, pues Napoleón había estado en el museo, tanto tiempo como papá Chibou. Otras figuras podían aparecer y desaparecer, según el deseo veleidoso del público; pero Napoleón permanecía siempre, aunque estuviera relegado a un humilde rincón.

No era un gran Napoleón. Era de estatura más baja que el verdadero, y como una de sus orejas había recibido demasiado cerca el calor de un radiador, se había convertido en una masa informe, resultando un ejemplar perfecto de ese fenómeno del box— la oreja coliflor—. Representaba al vencido de Santa Elena, que de pie sobre una roca de papiermaché extendía su mirada melancólica sobre un mar inexistente. Un brazo a la altura del pecho, la mano entre la tela del saco, el otro brazo caído a lo largo del cuerpo, el maniquí tenía la clásica postura napoleónica. Pantalones que en una época fueron blancos, ajustados, hacían resaltar el abdomen de cera. Un sombrero tricornio, desgastado de tanto sacudirlo papá Chibou, coronaba la cerúlea frente pensativa.

Desde el primer momento, Napoleón ejerció sobre papá Chibou una atracción definitiva. Tenía un cierto aire de desamparo, que enternecía al viejo vigilante. Durante sus primeros días en el museo, también papá Chibou se había sentido desamparado. Había venido de Bourlois, al sur de Francia, con la idea de hacer su fortuna cultivando espárragos. Era un hombre sencillo, de escasa ilustración, y se imaginó que en los bulevares de París habría sembradíos de espárragos. No los había. Así es que la necesidad y la casualidad le llevaron al Museo Pratoucy a ganarse la vida, y luego, el romance y su amistad por Napoleón le retuvieron allí.

El primer día que papá Chibou trabajó en el museo, el señor Pratoucy le acompañó a recorrer los salones para darle explicaciones acerca de las figuras.

—Este —le dijo el propietario— es Toulón, el estrangulador. Esta es la señorita Merle, la que mató al duque ruso. Esta es Carlota Corday, la que apuñaleó a Marat en su baño; aquel caballero ensangrentado es Marat.

Entonces llegaron cerca de Napoleón. El señor Pratoucy iba a pasar sin explicación.

—¿Y quién es ese caballero tan triste? —preguntó papá Chibou.

—¡Nombre de Dios! ¿No lo sabes?

—No, señor.

—Es Napoleón.

Esa noche, su primera en el museo, papá Chibou fué en busca de Napoleón y le dijo:

—Monsieur, no sé de qué crimenes te acusan; pero yo rehuso creerte culpable de ellos.

Así empezó su amistad. Desde entonces, papá Chibou sacudía a Napoleón con especial cuidado, y le hizo su confidente. Una noche, era ya su vigésimoquinto año en el museo, papá Chibou le dijo a Napoleón:

—¿Has observado a esos dos enamorados que estuvieron aquí esta noche? Creyeron que este rincón era demasiado obscuro para que pudiéramos observarlos, ¿verdad? Pero vimos cuando él cogió la mano de ella y le murmuró al oído. Dime, ¿se sonrojó ella? Tú estabas bastante cerca para verla bien. Es bonita la muchacha, ¿no te parece?, con sus brillantes ojos negros. No es francesa; es americana. Se da uno cuenta cuando pronuncia las erres. El joven sí es francés; y estoy seguro de que es un magnífico muchacho. Es tan delgado y tan derecho y es valiente. Usa una condecoración de la guerra, ¿te fijaste? Claramente se ve que está muy enamorado. No es la primera vez que los veo. Habían estado aquí antes. ¿No te parece que este es un lugar ideal para que se reunan dos enamorados?

Papá Chibou quitó una brizna de la oreja buena de Napoleón.

—¡Ah —exclamó—, debe ser delicioso sentirse joven y estar enamorado! ¿Estuviste alguna vez enamorado, Napoleón? ¿No? ¡Qué lástima!

Comprendo, porque yo tampoco he tenido suerte en el amor. Las señoras prefieren a los hombres grandes y fuertes, ¿verdad? Debemos ayudar a estos jóvenes. Debemos procurar que ellos tengan la felicidad que nosotros no tuvimos. Así es que si vienen mañana, no dejes que se den cuenta de que los observamos. Yo voy a aparentar que no los veo.

Cada noche, después de cerrado el museo, papá Chibou charlaba con Napoleón acerca del progreso de los amores de la muchacha americana con el joven francés.

—No caminaban bien las cosas—, le confió papá Chibou a Napoleón una noche—. El tiene poco dinero, apenas empieza su carrera. Oí a él decírselo esta noche, y la joven tiene una tía que guarda otros proyectos para ella. ¡Qué pena que el destino los llegara a separar; pero el destino suele ser muy injusto! ¿Verdad, Napoleón? Si tuviéramos algo de dinero, podríamos ayudar al joven; pero yo no tengo





dinero, y supongo que tú también fuiste pobre, puesto que estás tan triste. Pero escucha: mañana es un día muy importante para ellos. El ha pedido a la joven que se case con él, y ella ha dicho que le resolverá a las nueve de la noche, aquí mismo. Yo oí todo. Si no acude a la cita, es que no se casará con él. Yo creo que mañana veremos aquí a dos jóvenes muy felices. ¿Eh, Napoleón?

La noche siguiente, cuando el último visitante hubo salido y papá Chibou cerró la puerta del museo, se dirigió hacia el rincón de Napoleón, y había en sus ojos gruesas lágrimas.

—¿Has visto, amigo mío? —preguntó a Napoleón.

¿Has observado bien cómo la cara del joven palideció y en sus ojos se reflejaron mil agonías? Esperó hasta que por tercera vez le repetí que era hora de cerrar. Yo me sentí un verdugo, te lo aseguro; y el pobre joven por fin me miró, como solo un condenado a muerte puede mirar, y luego salió cabizbajo, con pasos lentos y pesados. Porque ella no vino, Napoleón. Nuestra pequeña comedia de amor se ha trocado en tragedia. Ella lo ha rechazado, a ese pobre infeliz joven.

Pasó otro día al anochecer, papá Chibou llegó hasta Napoleón temblando de emoción.

—¡Ella ha estado aquí!, —dijo lleno de júbilo— ¿La has visto? Estuvo aquí y buscó al joven; esperó mucho tiempo; pero, claro, él no vino. Anoche, cuando vi su cara angustiada, tuve la seguridad de que él había perdido toda esperanza. Por fin, me atreví a hablar a la muchacha. Mademoiselle, —le dije— pido perdón por el atrevimiento que me voy a tomar; pero es mi deber informarle que él la esperó aquí anoche, hasta la hora de cerrar. Estaba tan pálido, y se mordía los dedos en su desesperación. El la ama, mademoiselle; un ciego podía darse cuenta de ello; la adora, y es un magnífico muchacho, crea usted a un viejo. No destruya el corazón de ese joven—. Ella se agarró de mi brazo.

—Entonces, ¿usted le conoce? me preguntó. ¿Sabe dónde puedo encontrarle?

—Desgraciadamente no, —le contesté— solamente le he visto aquí con usted.

—¡Pobre muchacho, pobre muchacho! —repetía ella—. ¿Qué hacer?, yo lo quiero, monsieur.

—Pero usted no vino anoche, —le dije.

—No pude venir —me aseguró— y lloraba. Yo vivo con mi tía. Es rica y es una arpía, monsieur. Quiere que me case con un conde; es un viejo gordo y antipático que huele a esencia de rosas y a ajo. Mi tía me encerró en mi cuarto y ahora he perdido al hombre que quiero; creerá que le he rechazado, y es tan orgulloso que no me buscará.

Entonces le pregunté por qué ella no se comunicaba con él.

—No sé donde vive —me contestó—, y dentro de unos días mi tía me llevará a Roma, allá está el conde, y oh, Dios mío... Dios mío..., y lloró apoyada en mi hombro. Napoleón, ¡esa pobre joven-





cita americana con sus bellos ojos obscuros, todos llenos de lágrimas!

Papá Chibou sacudió cuidadosamente el sombrero napoleónico.

—Traté de consolarla —continuó diciendo—, le dije que seguramente el joven la buscaría, que indudablemente regresaría al sitio donde había pasado momentos tan felices, que quizá vendría hoy mismo, o mañana; eso le decía yo, monsieur Napoleón, pero yo mismo no creía en mis palabras. Ella esperó hasta la hora de cerrar, y tú viste su cara, llena de angustia cuando se alejó. ¿No te partía el corazón?

Y a la noche siguiente, papá Chibou estaba decaído y triste, cuando se acercó a Napoleón.

—Ha esperado otra vez hasta la hora de cerrar —le dijo—; pero él no ha venido. Las horas pasaban y yo sufría de ver cómo ella iba perdiendo la esperanza. Por fin, se tuvo que marchar, y, ya en la puerta, me dijo:

—Si usted le vuelve a ver, por favor, entréguele esto, y me dió esta tarjeta. Mira lo que dice: "Estoy en la Villa Rosina, en Roma. Te quiero. Rosina". Ah, ese pobre, pobre joven. Debemos estar muy pendientes tú y yo, Napoleón, por si llega a venir.

Y papá Chibou y Napoleón esperaron, noche tras noche. Cinco noches esperaron al joven enamorado. Después pasó una semana, un mes, otros meses, y el joven no volvió. Pero un día, papá Chibou recibió una noticia tan terrible, que le dejó tembloroso y enfermo. El Museo Pratoucy iba a cerrar sus puertas para siempre.

—Es imposible seguir —le había dicho el señor Pratoucy a papá Chibou—; debo mucho dinero y mis acreedores no me dejan en paz. La gente ya no quiere pagar un franco por ver unos cuantos viejos muñecos de cera, cuando en el cine pueden ver regimientos enteros de indios, árabes, bandidos y duques. El lunes el Museo Pratoucy cerrará definitivamente sus puertas.

—Pero, monsieur Pratoucy —exclamó papá Chibou, con doloroso acento— ¿y la gente de aquí? ¿Qué será de María Antonieta, de los mártires y de Napoleón?

—¡Oh, —contestó el propietario— algo de dinero sacaré por ellos! El martes se venderán en remate. Quizás alguien los compre para fundirlos.

—¿Fundirlos?—tartamudeó papá Chibou.

—Naturalmente, ¿para qué otra cosa pueden servir?

—Pero, seguramente, monsieur Pratoucy deseará conservarlos... algunos de ellos, cuando menos.

—¿Conservarlos? ¡Madre de Satanás! ¡Pero sí que es una idea graciosa! ¿Para qué demonios podría alguien querer conservar unos viejos muñecos de cera?

—Pensé —murmuró papá Chibou —que usted podría conservar aunque fuese uno... Napoleón, por ejemplo... como recuerdo...

—¡Con mil demonios, que tienes unas ocurrencias extraordinarias! ¡Mira que conservar un recuerdo de la propia quiebra!





Papá Chibou se refugió en su minúsculo cuartito. Sentado en su catre, se acarició el bigote durante largo tiempo. La noticia le había dejado atontado; sentía un vacío frío bajo la hebilla del cinturón. Por fin, sacó de debajo de su catre, una caja de madera con tres cerraduras. Las abrió, una por una, y sacó un calcetín que contenía toda su fortuna: una cantidad de piezas de diez céntimos, propinas recibidas durante años y que religiosamente había ahorrado. Con todo cuidado contó las monedas por cinco veces. Eran doscientos veintiún francos.

Esa noche, papá Chibou no le contó a Napoleón las nuevas. Al contrario, aparentó alegría al ir de un maniquí a otro. Al pasar, le dijo una flor a madame Lablanche, la dama de los once maridos envenenados. Hasta para el león, que estaba en actitud de devorar al anciano mártir, tuvo papá Chibou palabras afectuosas.

—Después de todo, monsieur León, —le dijo —supongo que te parece a ti tan natural comer mártires, como a mí comer manzanas. Probablemente a las manzanas tampoco les agrade ser comidas. Muchas veces te he dicho cosas duras, monsieur León; ahora me arrepiento de ello. Después de todo, no es culpa tuya el que te comas a la gente. Naciste con apetito para devorar mártires, de la misma manera que yo nací pobre.

Y dió un cariñoso tirón a la oreja papier-maché del león.

Cuando se acercó a Napoleón, papá Chibou le cepilló lentamente, con más cuidado que de costumbre. Con un lienzo húmedo, pulió la imperial nariz y cuidó de tocar con extraordinaria suavidad la oreja mutilada. Contó a Napoleón el último chiste que había oído en el café donde acostumbraba almorzar, y, como el cuento era un tanto subido de color, picó con el dedo las costillas de Napoleón, al tiempo que le guiñaba un ojo picarescamente.

—Nosotros somos hombres de mundo, ¿verdad?, —preguntó a Napoleón— y agregó: Aceptamos lo que el destino nos envía, y a veces nos manda cosas terribles.

Hubiera querido charlar más con Napoleón, pero no pudo; en mitad de un cuento, calló, y se fué apresuradamente. Llegó al Salón de los Horrores y permaneció largo tiempo mirando a un desgraciado, nativo de Siam, en el momento de ser aplastado por un elefante.

No fué hasta la mañana del remate cuando papá Chibou le comunicó el acontecimiento a Napoleón. Y cuando la gente empezaba a llegar, él se acercó al rincón de Napoleón y, poniendo su mano un poco temblorosa en el hombro de su amigo, le dijo:

—Una de esas cosas terribles que manda el destino nos ha llegado, viejo amigo. Van a tratar de llevarte; pero, ten valor, papá Chibou no abandona a sus amigos. Escucha—. Y papá Chibou golpeó su bolsillo. Se oyó el ruido de monedas.

Empezó el remate. Cerca de la mesa del subastador estaba un hombre de cara marchita y pequeños ojos hundidos; tenía los dedos sucios y usaba anillo de brillante. Papá Chibou sintió que su corazón dejaba de latir al reconocer a aquel hombre. Era Mogen, el rey de los fierros



viejos de París. El subastador, con voz gangosa, ofrecía los diversos objetos a la venta.

—¿Cuánto se me ofrece por Julio César?. ¿Ciento cincuenta francos? Es una miseria por un emperador romano. ¿Quién me ofrece doscientos? Gracias, monsieur Mogen. El más noble de los romanos se vende en doscientos francos. ¿No hay quién dé más? Julio César es vendido al señor Mogen.

Papá Chibou dio una palmadita afectuosa en la espalda de Julio César.

—Vales mucho más, mi buen Julio —le dijo en voz baja—. Adios.

La esperanza renacía en el corazón del antiguo vigilante del Museo Pratoucy. Si un César, bastante nuevo, se vendía en doscientos francos, seguramente un viejo Napoleón no se vendería en más.

El remate continuó con rapidez. El señor Mogen compró íntegro el Salón de los Horrores. Compró también a María Antonieta, los Mártires y los Leones. Papá Chibou, parado junto a Napoleón, esperaba con impaciencia y se mordía el bigote nerviosamente.

Había casi terminado el remate y el señor Mogen era el dueño de casi todas las figuras. Por fin, con un bostezo, el ya cansado subastador anunció:

—Y ahora, señoras y señores, tenemos aquí un lote marcado con el número 573. Es una colección de objetos diversos; entre ellos una lechuza desplumada; un mantón de manila, roto; la cabeza de un apache guillotinado —el cuerpo se había perdido—; un pequeño camello sin joroba y una vieja figura de cera de Napoleón. ¿Qué se me ofrece por el lote?

El corazón de papá Chibou dió un vuelco. Puso una mano protectora en el hombro de Napoleón.

—Aquel idiota —murmuró a la oreja buena de Napoleón— te ha puesto en un lote con un camello y una lechuza; pero no importa, quizá sea mejor así.

—¿Cuánto por este lote? —preguntó el subastador.

—Cien francos —dijo Mogen el Rey de los Fierros Viejos.

—Ciento cincuenta francos —subió papá Chibou, procurando estar sereno. Jamás en su vida había gastado una suma semejante.

Mogen tocó, como valuándolo, el saco de Napoleón.

—Doscientos francos —dijo.

—Doscientos veintiuno —volvió a subir Papá Chibou; pero su voz tembló.

Los pequeños ojos de Mogen miraron a papá Chibou con disgusto y desprecio. Levantó un dedo sucio, aquel que lucía el anillo de brillante.

—Monsieur Mogen ofrece doscientos veinticinco —anunció el subastador—. ¿Ofrece alguien doscientos cincuenta?

Papá Chibou sintió que odiaba al mundo entero. El subastador miró al viejo vigilante.

—Se ofrecen doscientos veinticinco —repitió—. ¿Nadie ofrece más?. Vendido a monsieur Mogen por doscientos veinticinco francos.





Desolado papá Chibou, oyó a Mogen decir tranquilamente. "Mandaré un carretón que recoja estos vejestorios mañana".

¡Vejestorios!

Dolorosamente, papá Chibou fué haci. su cuartito, cerca del Circo Romano. Empacó su poca ropa. Quitó de su cachucha la placa que había usado por tantos años; la placa tenía grabadas las palabras "Jete de Vigilantes". El había estado siempre muy orgulloso de ese título, aunque era algo inexacto, porque no solamente era el jefe, sino el único vigilante. Ahora era un don nadie. Pasaron horas antes de que se decidiera a llevar su pobre equipaje a la habitación que había rentado en una cercana casa de vecindad. Sabía que debería buscar trabajo inmediatamente; pero no podía hacerlo. Regresó al desierto Museo y se sentó en una banca, junto a Napoleón. Pasó allí toda la noche; no hablaba, pero tampoco dormía. Una idea monstruosa se iba apoderando, poco a poco, de su cerebro.

—Napoleón dijo por fin— "hemos sido amigos durante un cuarto de siglo y ahora debemos separarnos, porque un desconocido tuvo cuatro francos más que yo. Eso puede ser legal, mi viejo amigo, pero no es justo. No nos separaremos.

París todavía dormía, cuando Papá Chibou salió con gran precaución al angosto callejón del Museo. Muy cerca estaba la casa de vecindad donde ahora debería vivir papá Chibou.

Caminaba muy despacio, jadeante en sus brazos llevaba a Napoleón.

Esa misma tarde, dos policías llegaron a aprehender a papá Chibou. Mogen había notado inmediatamente la falta de Napoleón y Mogen no era hombre tonto. No había la más pequeña duda acerca de la culpabilidad de papá Chibou. Parado en un rincón de su cuarto, Napoleón extendía su mirada pensativa por sobre los tejados de París. Los policías se llevaron a papá Chibou, y con él, el cuerpo del delito.

En su celda, papá Chibou permaneció anonadado. Para él, cárceles, jueces y justicia, eran cosas terribles y misteriosas. Se preguntaba si sería guillotinado; quizás no, puesto que toda su vida había sido trabajador y honrado. Sin embargo, el menor mal que podía esperar, pensó, sería una larga sentencia en la Isla del Diablo. Y, después de todo, el ser guillotinado, sería preferible a trabajos forzosos en la Isla del Diablo. Sí, indudablemente, preferiría la guillotina, sobre todo ahora que tenía la seguridad de que Napoleón sería fundido.

El celador que vino a traerle su almuerzo era un pesimista muy dado a bromear.

—En bonito lío te has metido. —le dijo a papá Chibou—. Y a tu edad, debes ser un anciano malvado para dedicarte al robo de maniquíes. ¿Qué seguridad podemos tener los pobres parisinos? Cualquier día nos encontramos con que ha sido robada la Torre Eiffel. ¡Robar maniquíes, vaya una profesión! Tuvimos aquí a un preso que robó un tranvía y otro que robó un hipopótamo del Jardín Zoológico; pero nunca habíamos tenido uno que hubiese robado un muñeco de cera. ¡Y semejante viejo, carcomido muñeco! ¡Es extraordinario!

—¿Y qué le hicieron al caballero que se robó al hipopótamo? preguntó tembloroso papá Chibou.

El celador se rascó la cabeza.

—Creo —dijo—, que lo asaron vivo. No recuerdo bien si fué eso o lo mandaron a vivir a Morocco.

Un sudor frío cubría la frente de papá Chibou.

—Fué un juicio de lo más cómico, te lo aseguro, —siguió diciendo el celador—; messieurs Bertouf, Goblin y Perouse fueron los jueces; son gentes muy ocurrentes. ¡Cómo se divertieron con el acusado! Yo me reí mucho. El juez Bertouf le dijo al sentenciarlo:

—Debemos ser severos contigo, ladrón de hipopótamos. Debemos de hacer de ti un ejemplo. No vaya a ser que este negocio de robar hipopótamos resulte popular en París.

—¡Son personas ingeniosas, esos jueces!

Papá Chibou palideció aún más.

—¿El Triunvirato Terrible? —preguntó.

—¿Ellos van a juzgarme? —la voz de papá Chibou apenas se oía.

—Con toda seguridad —prometió el celador —y se alejó tarareando.

Papá Chibou tuvo la seguridad de que su caso estaba irremediablemente perdido. La siniestra reputación de aquellos tres jueces había penetrado hasta el Museo Pratoucy. Eran tres adustos ancianos que, por su severidad, habían merecido el nombre de Triunvirato Terrible. Los malhechores temblaban al oír sus nombres. Y aquella terrible reputación era el orgullo de los tres jueces.

Pasados algunos minutos, regresó el celador. Sonreía irónicamente.

—Tienes una suerte de todos los diablos —le dijo a papá Chibou.

—Primero te tocan como jueces, los del Triunvirato Terrible, y luego se te nombra como defensor, nada menos que a monsieur Georges Dufayel.

—Y este señor Dufayel, ¿no es un buen abogado? —interrogó papá Chibou, desconsoladamente.

El celador rió.

—Na ha ganado un caso en meses —le confió—, como si esto fuese la cosa más divertida del mundo. Es realmente chistoso escuchar cómo se equivoca y confunde en la tribuna. Se ve claramente que no sabe ni le importa lo que está haciendo. Su imaginación está a leguas de distancia, sólo él sabe dónde. Dicen por ahí que Dufayel no defiende a sus clientes, sino que con su defensa los condena. Pero, si no se tiene dinero para pagar un abogado, hay que aceptar lo que le toca en suerte. Eso es ser filósofo, ¿verdad?

Papá Chibou dejó escapar un gemido.

—Espérate hasta mañana —le aconsejó alegremente el celador; entonces sí que tendrás motivos para gemir.

—¿No puedo siquiera hablar con este señor Dufayel?

—Pero, hombre, ¿para qué? Te robaste el muñeco, ¿no es verdad? Y allí lo tienen como cuerpo del delito. Va a estar de lo más divertido





el asunto. Testigo de la parte fiscal: Monsieur Napoleón. No hay duda acerca de tu culpabilidad, hermano, y los jueces te sentenciarán en un santiamén. En fin, nos veremos mañana. Que duermas bien.

Papá Chibou naturalmente no pudo dormir bien. Se puede decir que no durmió. Y cuando al siguiente día, lo llevaron al Tribunal junto con los demás transgresores de la ley; el pobre papá Chibou era un desdichado harapo de hombre. Todo el solemne aparato de la ley lo atemorizaba.

Reunió todo su valor para preguntarle a un guarda dónde estaba su defensor, el abogado Dufayel.

El guarda le contestó que seguramente llegaría tarde como lo acostumbraba, y le advirtió, con innecesaria crueldad, que más valdría que su defensor no se presentase.

Papá Chibou se dejó caer en la banca de los acusados y levantó la mirada temerosa hacia los jueces. Al ver al Triunvirato Terrible, un intenso frío penetró hasta los huesos del ex vigilante del Museo Pratoucy. Bertouf era una mole de carne, que parecía esponjarse fuera de su butaca, como hongo venenoso. Su bata negra estaba manchada. La cara brutal tenía cierta semejanza a un guajolote. A su derecha, el juez Goblin parecía momificado. Era muy anciano y tenía la piel como pergamino arrugado, y sus ojillos de párpados enrojecidos recordaban los ojos de una serpiente. La cara del juez Perouse se perdía en la maraña de sus barbas notándose solamente una larga nariz judaica. Miró a papá Chibou que por poco se desmaya; sintió como si su cuerpo se empequeñeciera hasta llegar al tamaño de un chícharo; sus jueces, en cambio, le parecieron monstruos enormes.

Se dio principio al primer proceso. Se trataba de un joven, de aspecto fanfarrón, que había robado una manzana de un puesto del Mercado.

—Ah, señor ladrón —refunfuñó el juez Bertouf—; te sientes muy alegre en este momento, pero no creo que te sentirás tan contento dentro de un año que salgas de la prisión. ¡El siguiente acusado!

El corazón de papá Chibou latía con enorme dificultad. ¡Un año por el robo de una manzana, y él había robado un hombre! Su mirada afligida recorrió el salón y vió dos guardas que cargaban un bulto que depositaron enfrente de los jueces. Era Napoleón.

Un guarda tocó en el hombro a papá Chibou.

—Es tu turno —le advirtió.

—Pero es que mi abogado, monsieur Dufayel... —empezó a decir papá Chibou.

—Estás de malas —le interrumpió el guarda—, porque aquí viene.

El pobre prisionero aturdido volteó y se encontró frente a un joven pálido. Papá Chibou lo reconoció inmediatamente. Era el joven delgado del museo. Estaba bastante cambiado. No reconoció a papá Chibou. Casi ni le miró.



—Usted robó algo —le dijo en un tono de absoluta indiferencia—. El objeto robado fué encontrado en su habitación. Lo mejor será confesarse delincuente y terminar el asunto cuanto antes.

—Sí, monsieur —contestó dócilmente papá Chibou—, que ya había perdido toda esperanza—. Pero escuche un momento; tengo algo, un mensaje para usted. Y buscó en sus bolsillos, hasta encontrar la tarjeta de la joven americana, de los bellos ojos obscuros. Se la entregó a Georges Dufayel.

—Me la dejó para que se la entregara —le explicó al abogado—; yo era Jefe de Vigilantes del Museo Pratoucy. Ella vino varias noches a buscarle.

El joven arrebató la tarjeta; su cara, sus ojos, todo en él pareció adquirir repentinamente nueva vida.

—Diez mil millones de demonios —exclamó—. ¡Y yo que dudé de ella! Le debo a usted mucho, monsieur. Le debo a usted todo—. Y estrechó con gratitud la mano de papá Chibou.

El juez Bertouf tosió.

—Estamos listos para la vista de su caso, licenciado Dufayel, si es que acaso tiene uno.

Se oyeron risas en la sala.

—Un momento, señor juez —suplicó el abogado, y volteando hacia papá Chibou, le apremió: "Pronto, explíqueme usted este crimen del cual le acusan, ¿qué fué lo que se robó?"

—El —contestó papá Chibou, apuntando hacia Napoleón.

—¿Esa figura de cera?

Papá Chibou asintió.

—¿Pero para qué?

Papá Chibou hizo un gesto indescriptible.

—Monsieur no podría comprenderlo.

—Pero es que debe usted decírmelo. Estos salvajes serán severos; pero quizá yo pueda influenciarlos algo. Pronto, ¿por qué robó usted este Napoleón?

—Yo era su amigo, —dijo papá Chibou—. El museo se declaró en quiebra; iba a venderse a Napoleón, como un trasto viejo, monsieur Dufayel. Y él era mi amigo. No podía yo abandonarle.

Se encendieron los ojos del joven abogado. Dejó caer con fuerza su mano cerrada sobre el escritorio.

—¡Basta!

Entonces se levantó y se dirigió a los jueces. Su voz era vibrante y apasionada; los jueces se inclinaron para escucharle.

—Honorables jueces de esta audiencia de Francia —empezó—. Mi cliente es culpable. Sí, lo repito con voz tronante, para que me escuche toda Francia. Para que me oigan todos los enemigos de Francia, para que me oiga el mundo entero; ¡mi cliente es culpable! Efectivamente él robó esta figura de Napoleón, propiedad legítima de esta persona. No lo niego. Este anciano, Gerónimo Chibou, es culpable, y yo estoy orgulloso de su crimen.

El juez Bertouf gruñó.





—Si su cliente es culpable, licenciado Dufayel —dijo—, eso termina el caso. A pesar de su orgullo en el crimen de su cliente, lo cual confieso que me parece bastante raro, lo voy a sentenciar a...

—Un momento Su Excelencia. —La voz de Dufayel ordenó—: Usted debe oírme, usted me oirá. Antes de sentenciar a este anciano, permítame que le haga una pregunta.

—Proceda —concedió Bertouf.

—¿Es usted francés, señor juez?

—Seguramente.

—¿Y ama usted a Francia?

—¡No se atreverá usted a insinuar lo contrario!

—No. Estaba seguro de ello. Es por esa razón que usted me escuchará.

—Le escucho.

—Entonces, repito, Gerónimo Chibou es culpable. A los ojos de la ley, es un criminal. Pero a los ojos de Francia, y para aquellos que la aman, su culpa es gloriosa; hay en su crimen más honor que en la misma inocencia.

Los tres jueces se miraron sorprendidos; papá Chibou miraba a su abogado con los ojos muy abiertos; Georges Dufayel siguió hablando.

—Es una época de inquietudes y cambios en nuestra patria, señores jueces. Tradiciones gloriosas, que fueron el orgullo de todo francés, se olvidan. Tenemos enemigos dentro y fuera de nuestras fronteras. La juventud siente indiferencia a ese honor que es el alma de una nación. La juventud olvida la maravillosa herencia de nuestra raza, los grandes nombres que en el pasado dieron gloria a Francia, cuando los franceses eran franceses. Hay algunos que en Francia olvidan el respeto que se debe a sus grandes héroes.

—Aquí el abogado Dufayel miró fijamente a los jueces—; pero quedan aún algunos patriotas. Y aquí está uno de ellos. En el corazón de este pobre anciano se alienta vigorosa su devoción a Francia. Ustedes podrán decir que es un hombre humilde, un campesino inculto. Ustedes pueden decir que es un ladrón. Pero yo digo, y todo verdadero francés lo dirá conmigo, que él es un patriota, señores jueces. El ama a Napoleón. Le ama, por lo que ese grande hombre hizo por Francia; le ama porque en Napoleón ardía esa llama que ha hecho grande a la Francia. Hubo un tiempo, señores, cuando sus padres y el mío se atrevieron a compartir ese amor por un gran caudillo. ¿Necesito recordarles la carrera de Napoleón? Yo sé que no es necesario. ¿Necesito decirles de sus victorias? Yo sé que no es necesario.

Sin embargo, el abogado Dufayel, con lujo de detalles, refirió la magnífica carrera de Napoleón: sus batallas, sus triunfos, su grandeza; de todo les habló con elocuencia; durante una hora y diez minutos habló apasionadamente de Napoleón y su ingerencia en la historia de Francia.

"Quizás ustedes hayan olvidado y otros quizá también olviden, pero este anciano que se sienta aquí ante nosotros en la banca de los acu-



sados, no olvidó, ¿qué miserables mercenarios intentaron tirar al basurero esta efigie de uno de los hijos más grandes de Francia, y quién fué el que lo salvó? ¿Fueron ustedes, señores jueces? ¿Fuí yo? Desgraciadamente no. Fué un pobre anciano que amaba a Napoleón más que a sí mismo. Consideren, señores jueces: se iba a arrojar al basurero a Napoleón —el Napoleón de Francia—, nuestro Napoleón. ¿Quién lo salvaría? Y entonces surgió este hombre, este Gerónimo Chibou a quien ustedes calificarían de ladrón—, gritó en una voz que debiera oír Francia y todo el mundo. Deténganse, insultadores de Napoleón. Aún vive un francés que ama las glorias de su tierra nativa; aún queda un patriota. Yo, yo, Gerónimo Chibou salvaré a Napoleón. —Y lo salvó, señores jueces".

El abogado Dufayel se secó la húmeda frente, y apuntando un dedo acusador al Terrible Triunvirato, exclamó: "Pueden ustedes enviar a Gerónimo Chibou a la cárcel. Pero al hacerlo, recuerden esto: Envían a la prisión el espíritu de Francia. Podrán considerar culpable a Gerónimo Chibou. Pero al hacerlo recuerden esto: Condenan a un hombre por amar a su patria, por su amor a Francia. En donde quiera que se encuentren verdaderos corazones franceses, señores jueces, el crimen de Gerónimo Chibou será comprendido y el nombre de Gerónimo Chibou será honrado. Arrójenlo en la prisión, señores jueces. Carguen su pobre y débil cuerpo con cadenas. Y una nación destruirá las rejas de esa prisión, reventará esas cadenas, y rendirá su homenaje al hombre que supo amar tanto a Napoleón y a Francia, que se sacrificó gustoso en el altar del patriotismo".

El abogado Dufayel se sentó; Papá Chibou levantó la mirada hacia los jueces. El juez Perouse se llevaba un pañuelo a los ojos. El juez Goblin arrugaba la frente en un gesto doloroso. Y el juez Bertouf lloraba.

—Gerónimo Chibou, póngase de pie—. Era el juez Bertouf quien hablaba y en su voz se sentía la emoción.

Papá Chibou, se levantó temblando. Una mano le apuntó.

—Gerónimo Chibou —dijo el juez Bertouf—, te encuentro culpable. Tu crimen es patriotismo, en primer grado; te sentencio a la libertad. Permíteme el honor de estrechar la mano de un verdadero francés.

—Y yo— siguió el juez Goblin adelantando una mano seca como hojas de otoño.

—Y yo, también—, imitó el juez Perouse.

—Y además, agregó el juez Bertouf—, seguirás protegiendo al Napoleón que salvaste. Yo suscribo cien francos para comprarlo.

—Y yo—, siguió el juez Goblin.

—Y yo, también, imitó el juez Perouse.

Al salir de la sala, el abogado Dufayel, papá Chibou y Napoleón, papá Chibou dijo, golpeando hacia su defensor:

—Nunca podré pagarle, monsieur.





—¡No faltaba más! —le aseguró el joven abogado.

—Y tuviera la bondad, monsieur Dufayel, de decirme otra vez el apellido de Napoleón?

—¿El apellido de Napoleón? Bonaparte, naturalmente. Pero usted seguramente sabía...

—Desgraciadamente no, monsieur Dufayel. Yo soy un hombre de lo más ignorante. Yo no sabía que mi amigo había hecho tan grandes cosas.

—¿No lo sabía usted? Entonces, en el nombre del cielo, ¿qué creyó usted que era Napoleón?

—Un asesino, monsieur —dijo papá Chibou humildemente.

Cerca de París, rodeada de jardines, está la villa de Georges Dufayel, quien se ha convertido en el más elocuente joven abogado de las audiencias de París. Vive allí con su esposa, una joven americana de brillantes ojos negros. Para llegar a su casa, es necesario pasar por una pequeña garita en donde vive un hombrecito anciano de prodigiosos bigotes, en forma de herradura. Algunos visitantes, que al cruzar se han asomado a la garita, han recibido una impresión de sorpresa, porque en un rincón del cuarto se ve a otro pequeño hombre de uniforme y portando un gran sombrero. Este nunca se mueve. Está siempre parado junto a la ventana. Un brazo a la altura del pecho y la mano perdida dentro de la tela del saco, el otro brazo caído a lo largo del cuerpo mientras sus ojos pensativos miran hacia el jardín. Espera a papá Chibou, que llegará después de su trabajo en el sembradío de espárragos, y le contará todo los chismes y las novedades del día.

FIN



QUIMERA DEL VIDRIO

USTED CREE QUE SOLO HAY UN GRAN VACIO GRIS EN LA HONDURA DEL VIDRIO? ¡PUES SE EQUIVOCA! HAY TODO UN MUNDO DENTRO DE SU FRESCURA INEFABLE A LA QUE SE FUE A VIVIR G. GUIMPLE.

Por NELSON S. BOND

ERA la cosa más estupenda. Habíamos estado platicando cosa de una hora, de asuntos sin importancia como la temperatura, el nuevo Papa y la situación china, cuando repentinamente este tipo, Guimple, se inclinó hacia mí, diciendo vehementemente:

—¡Mire! ¡Quiero mostrarle algo!

—¿Algo?, —pregunté con un aire de estúpido, según creo. Guthrie Guimple no era la clase de persona aficionada a andar asombrando a sus amigos con juegos de salón. Parecía simplemente una persona vulgar, de tipo medio. De maneras sencillas. El tipo de hombre que se encuentra uno en el cine, en la calle, en el café. Nuestro encuentro en ese club había sido accidental. Estando yo de visita en la ciudad, solo y aburrido, tuve gusto en encontrar compañía.

—¡Algo extraordinario, —dijo—. ¡Mire!

Vació las últimas gotas de cerveza en su vaso, y luego, con sumo cuidado, se quitó de la mano derecha un anillo de oro. Después, sin esfuerzo alguno, como la cosa más natural del mundo, introdujo su mano a **través** del vaso.

Yo me le quedé mirando con ojos muy abiertos.

—¡Bueno! —dije yo—, tres cervezas no bastan ordinariamente para que yo. . .

—¡Pero si es cierto lo que está usted viendo!

Una vez más meció su mano a través del vaso, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. En esta ocasión, la detuvo en medio del va-



so, descansándola ahí. Podía uno ver el sitio donde, bruscamente, la carne se internaba en el vidrio; donde salía, por el otro lado. Se podía ver una ligera distorción en la mano, como cuando se ven objetos debajo del agua. Estiré la mía, tocando la suya, hasta palpar la pared del vidrio del vaso. No pude seguir más allá, y la retiré asustado.

—No entiendo, —dije yo—, ¿qué es lo que hace usted? ¿Cómo le hace?

Lentamente, él devolvió a su dedo el anillo.

—¡Yo no sé! —confesó él—, simplemente comenzó a ocurrirme el otro día. No he podido explicármelo ni yo mismo.

—¡Pero Guimple, —exclamé yo—, esto es imposible! ¡No hay nadie que pueda hacer eso!

—Yo puedo, —respondió. Y tomó nuevamente el vaso en la mano. Esta vez su mano se detuvo normalmente en la superficie del vaso. Sonrió un poco avergonzado—. ¿Vé usted? En cuanto me pongo en la mano el anillo, ya no ocurre nada. Parece que cualquiera substancia extraña a mi cuerpo, actúa como obstáculo para que el fenómeno se realice.

—¿Y cómo se siente?

Dudó un momento.

—Bueno, pues es difícil decirlo. Casi no hay sensación alguna... excepto quizá por algo así como... bueno, como si usted metiera su mano en agua helada.

—¿Y no le duele?

—Para nada. Al contrario... —se detuvo un momento, mirándome de manera peculiar—. Al contrario, no es sólo mi mano... soy todo yo.

—¿Quiere decir todo su cuerpo?

—Sí. —Se sonrojó ligeramente.— Yo, pues, claro, tengo que quitarme la ropa.

—¡Claro! —dije yo. Mi sorpresa inicial se había amainado, y comencé a sospechar, que, de un modo u otro, había sido hábilmente engañado. Me sentía un poco enfadado hacia Guimple. En primer lugar a mí no me hacen gracia las burlas, y pensé que era un abuso de su parte el bromear en esa forma con una persona casi extraña para él.

—Bueno, —dije yo—, si le es igual, me voy. Me basta una exhibición al día.

Brincó de su asiento repentinamente, con mirada atemorizada.

—¡Que! ¿Está usted enojado?

—¿Enojado? ¿Por qué habría yo de estar enojado?

—¡Pero si usted lo está! —gritó como llorando—. Todo mundo está enojado, nadie quiere creer que esto no es un acto de ilusionismo. Hasta el médico que fuí a ver me mandó echar de su consultorio. ¡Pero tengo que convencer a alguien! Me tiene muy preocupado. No es natural, y no sé que hacer. ¡Mire! ¡Deme oportunidad de mostrarle que esto es real! ¿Quiere ir mañana a mi apartamento, para darle una demostración? Quizá usted me pueda ayudar a descubrir por qué... por qué...





Había una ansiedad evidente en el tono de su voz. Después de todo, mi curiosidad era más grande que mi enojo. Asentí.

—Muy bien, —le dije—, iré mañana a eso de las tres, ¿no?

—¡De veras quisiera que usted fuera a verme! —escribió rápidamente su dirección en una tarjeta, dándomela—. ¿A las tres, verdad?

—A las tres, —le prometí—, ¡Buenas noches!

Nos dimos la mano, y me retiré. Cerca de la puerta, me volví a ver a Guimple. Estaba ante su mesa, se había quitado el anillo de la mano, y lentamente mecía su mano a través del vaso, con una mirada medio de ansiedad y sufrimiento, y medio de placer. . .

* * *

Su apartamento era sencillo, como su dueño. Toqué el timbre en la puerta marcada "Guthrie Guimple", y entré yo mismo cuando el pasador automático se abrió desde dentro. Guimple me esperaba en la puerta de su recámara, vestido en una vieja y amplia pijama y calzado con zapatillas turcas.

—¡detsu ertne, lat euQ!, me dijo.

—¿Que dice? ¡Lo siento, no entiendo ese idioma!

—¡detsu enodrep hO!

Y corrió violentamente hacia dentro. Pronto estaba de regreso, atando el cinturón de su bata. Su voz era humilde y pesarosa.

—¡De veras lo siento, —me dijo—. Debo haber perdido la cuenta. A veces se me olvida. Antes de que usted llegara, estaba pasando por el espejo, y. . .

—¡Estaba usted qué!

—¡Oh, no se vaya, por favor! —me gritó—, deme usted su sombrero. No haré nada que lo ahuyente. Esto es, al menos que usted quiera verme. Sí, estaba yo pasando por el espejo. Es fácil cuando no tengo nada de ropa puesta, ¿sabe usted?

Esta vez sí lo había pescado en mentira, o al menos eso me pensé. Le dije:

—Muy bien, Guimple, pero no me convence. Si usted hubiera entrado al espejo, tendría que salir de nuevo. Eso cualquiera lo ve. Y aunque su lenguaje se hubiese torcido al revés, retornaría a lo normal. Ahora, dígame, ¿cómo le hace usted? ¿Dónde está el chiste?

—¡Con que sigue usted creyendo que es un chiste! ¡No es, no es! ¡Mire, aquí está mi espejo!

Y tomándome de la mano, me introdujo a su recámara. Su espejo era uno de esos antiguos modelos enormes, dentro de un marco ovalado. Bastante grande como para permitir que un hombre pasara por él, si podía. Un montón de ropa yacía a un lado. Me quedé mirando el espejo, luego a Guimple.

—¿Quiere usted decirme que realmente puede usted atravesar el espejo?

—¡Mire! —exclamó. Con rapidez se despojó de su pijama, dejándola caer al suelo. Con movimiento felino, se dirigió al espejo, los brazos extendidos ante sí. Su cuerpo pareció derretirse, centímetro a



centímetro, en el vidrio. Donde su carne tocaba la superficie clara del espejo, aparecía un leve temblor; nada más. Ante mis propios ojos, Guimple se hundió en el espejo. Un talón color de rosa, fué lo último que yo vi de él. Luego, estaba yo solo, mirando con la boca abierta a mi propia imagen en el espejo. Guimple salió caminando de detrás del espejo, mirándome con orgullo:

—¡óiV! —me dijo.

Sentí el impulso de recoger mi sombrero y salir disparado del apartamento. Pero más fuerte que mi espanto, era mi curiosidad por saber la explicación del curioso fenómeno de Guimple. Lo ví cuidadosamente. Algo había en él que no estaba precisamente bien. De repente, me di cuenta de lo que era: ¡el cabello de Guimple, que estaba peinado con la raya en el lado opuesto al que debía ser!

—¡Por Dios, hombre, —exclamé—, está usted al revés!

—¿séver lA?, —preguntó lleno de curiosidad.

—Su cabello. . . —le dije—, ¡y su corazón! ¡Sí, su corazón está al revés!

Podía yo ver el leve palpitar de su corazón al lado derecho de su cuerpo.

—¡osoiruc éuQ! —exclamó Guimple.

—Oigame, —le dije—, si va a hablar, métase de nuevo al espejo. Así hablando al revés no le entiendo.

Rápidamente volvió a meterse al espejo, esta vez entrando por detrás. En esta ocasión pude verlo de perfil, observando cómo entraba por un lado y salía por el otro. Igualmente vi cómo su carne parecía abrazar la frescura del vidrio, brincando hacia la pulida superficie con una especie de insensible ansiedad, alejándose del vidrio como besándolo por última vez. Había algo tenuemente obsceno en la curiosa afinidad entre su carne y la plana superficie de cristal. Algo que yo sentía, sin poderlo explicar. Sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

—¿Qué piensa usted—, preguntó Guimple al emerger—. ¿Cree usted que yo. . .?

—No sé qué pensar, —dije yo, dudoso—. Me parece que hay algo raro. Mire, si el anillo en la mano le evita penetrar al vidrio, ¿por qué la plata detrás del espejo no obra en la misma forma?

—Yo no sé. No sé nada, ni entiendo nada, —se quejó Guimple. Ojalá lo supiera. Me preocupa mucho.

—¡Lo preocupa! ¡Pero si es estupendo!

El hundió su cara en las manos. Es una forma vulgar de describir lo que hizo, pero no sé otro modo de decirlo.

—Lo sé, —murmuró desesperado—, soy un fenómeno. Nadie en el mundo antes que yo ha atravesado el vidrio. Ahora yo lo puedo hacer, aunque no quiera. ¿Qué haré?

—Si yo fuera usted, —le aconsejé— vería a un médico. Vería a un montón de médicos. Iría al Colegio de Medicina, Guimple, usted tiene algo notable. ¡Pero al diablo si sé qué es!

—Me pincharán, —dijo Guimple con voz gris—, me pincharán y me examinarán. Me pondrán bajo rayos equis, y bajo el fluoroscopio.



Me pondrán bajo dietas especiales, harán exámenes de mi sangre. Discutirán, se pelearán, y seré yo el motivo de una exhibición mundial. Querrán internarme en un museo. ¡No, no quiero ver a los médicos! Uno fué bastante. No quiero ser un fenómeno, ¡no quiero ser!

—Bueno, entonces olvídese de lo que le sucede. No haga nada que se lo recuerde. Dice usted que la idea le vino de repente, ¿no?

—De la noche a la mañana.

—Bueno, entonces quizá desaparezca en la misma forma. Porque tiene que desaparecer, sabe, es contrario a las leyes físicas. Sí, eso haría yo. Trataría de olvidarlo por completo.

Guimple me miró con trágica mirada.

—Es más que sólo un idea... ¡es un hábito! Despierto a media noche y pienso: ¿será verdad? ¿Será cierto que realmente puedo atravesar el vidrio? ¿O será todo un sueño? Y luego me levanto y comienzo a caminar a través de las puertas de cristal, de los espejos, de las ventanas... ¡a través de cualquier cosa hecha de vidrio! ¡No puedo resistir la tentación de...!

Se estremeció, y miró a lo lejos. Luego:

—Mentía al decirle que no sentía nada, —confesó—. Pero sí siento algo. Siento una maravillosa sensación de calma, de infinita paz, de contento y tranquilidad. Es como si el vidrio fuera mi amor, y yo un enamorado. Pero nunca he podido conocer completamente a mi amor, porque sólo me he encontrado láminas delgadas para atravesar... A veces pienso que si algún día me encontrara un gran trozo de vidrio donde cupiera yo entero, en lugar de esas delgadas hojas que sólo tocan una parte de mi cuerpo, me iría a vivir allí, para siempre...

Yo quité mi vista de Guimple, un poco avergonzado por el secreto deseo que le brillaba en los ojos. Luego continuó:

—¿Cree usted que el vidrio no es nada? —hablaba excitadamente—. ¿Usted cree que sólo hay un gran vacío gris en la hondura del vidrio? ¡Pues se equivoca! Hay todo un **mundo** dentro de su frescura inefable. Un mundo que ningún hombre ha visto, más que yo. Yo he visto fragmentos de ese mundo, vistazos rápidos y fugaces, maravillosos, atrayentes, tentadores, en las delgadas láminas que he atravesado. Un mundo hermoso, con brillantes ciudades, ríos luminosos, gente...

—¡Guimple! —exclamé bruscamente. La luz en sus ojos se extinguió de repente. Me miró con ojos apagados.

—Lo siento. Perdone lo que he dicho. Posiblemente logre yo resolver mi problema. ¿Se va usted?

Sí, me voy.

Me acompañó a la puerta. Me despidió con aire de haber terminado todo entre nosotros. Yo sabía que nunca iba a volver, y lo mismo sabía Guimple. No obstante, sentí el impulso de decir algo antes de irme:

—¡Abandónelo todo, Guimple! ¡Nunca se quite el anillo de la mano!

Sonrió tristemente.





—Adios, —dijo—, y gracias por haber creído.
Luego cerró la puerta...

* * *

Nunca volví a ver a Guimple. Pero sí volví oír de él en una ocasión. Algunos meses después, cuando estaba yo nuevamente trabajando como director de un pequeño diario provinciano, estaba yo hundido en la tarea de media noche, cuando Browne, nuestro responsable del telégrafo, tiró sobre mi mesa las últimas noticias recibidas.

—Mire, este es un cuento interesante. ¡El tipo estaba loco, sin duda!

El mensaje estaba fechado en el Observatorio de Mount Wilson, en California. Ese donde están montando el gigantesco lente de doscientas pulgadas. Decía:

"Gracias a la rápida vigilancia de los guardianes del observatorio, se frustró hoy un intento de destruir el nuevo lente gigantesco para el telescopio que se está construyendo. Los oficiales Kelly y Monohan, dándose cuenta de que uno de los visitantes se había quedado atrás, retornaron al laboratorio, llegando a tiempo de evitar que se hiciera daño al gigantesco y delicado lente. Aunque el culpable no fué detenido, se encontró un montón de ropa abandonada, con el nombre de G. Guimple. de la ciudad de Nueva York. La policía de California busca activamente al loco desnudo que debe estar oculto en la vecindad del observatorio, y se espera de un momento a otro su captura..."

* * *

—¡Qué dice usted! —exclamó Browne cuando yo hube terminado de leer el mensaje—. ¿Qué le parece? ¿Para qué querría ese tipo destruir el lente? ¡Imagínese lo que los científicos descubrirán con él, nuevos soles, nuevas estrellas, quizá hasta nuevos mundos...

—¡Nuevos mundos! —exclamé yo, sintiendo una especie de terror—. Quizá un nuevo mundo con ciudades, ríos luminosos, gente...

—¿Qué? gruñó Browne—, ¿qué dijo?

—Nada, nada, —respondí yo.



FRATERNIDAD

UN JUDIO QUE QUERIA ENCONTRAR EL FELIZ HALLAZGO DE UN PEDAZO DEL MUNDO —NO SIN PREJUICIOS, PUES LOS JUDIOS SON REALISTAS—, SINO UNO QUE NO FUERA UNA CARCEL

Por MALCOLM HOFFMAN

YO lo ví primero. Era un pequeño judío encogido, como de cincuenta años de edad. Subió al tren, tropezando, con su pequeña cabeza, alerta como la de un pajarillo; halló un asiento en un compartimiento cercano al mío, y se puso a tejer nerviosamente sus dedos entre su pelo enmarañado. Groggin y yo, el "J. G." que reportea sucesos de la guerra para el "Tribune", nos habíamos subido al tren en Munich, hacia Berna, Suiza, buscando, como decía Groggin, una amable taberna donde no tuviéramos que beber cerveza a la salud del Fuehrer. Había sido un trayecto sin interés hasta la aparición del judío.

Los trenes alemanes no se asemejan de ninguna manera al Yankee Clipper, si no es por uno que otro aerodinámico que sirve para la propaganda en fotografías. Los trenes usuales queman carbón a toneladas, escupiendo chispas gruesas, como si fuera un monstruo al servicio de una corte de gnomos infernales. Un policía gordo y rubio estaba de pie, en un extremo del vagón, como recordatorio de que cruzar la frontera alemana no es lo mismo que ir de Estados Unidos a México. La temperatura era en extremo fría, congelando el paisaje de casas campesinas en una sola masa gelatinosa. Groggin y yo nos habíamos divertido cubriendo a los nazis de fuertes epítetos yankis, seguros de que la vigilancia del policía era monosilábicamente teutona. Porque si uno protesta en alemán, una estancia de seis meses en Berlín es capaz de transformarlo en un cordero inocente y manso como un niño. Ambos estábamos amargados, ansiosos de escapar, y aburridos como el demonio, hasta que subió un judío.

Comenzamos a romantizarlo en voces inglesas, de tono quedo. Yo lo dibujé como si fuera un judío errante; el microcosmos en el macrocosmos; el judío alemán que estaba haciendo lo que todos sus hermanos en Alemania querrían hacer, esto es: encontrar el feliz hallazgo



de un pedazo de mundo —no sin prejuicios, pues los judíos son realistas—, sino uno que no fuera una cárcel.

—Míralo, le dije a Groggin; mira sus ojos.

—Es un judío flaco, observó él haciendo caso omiso de mi indicación, como si no hubiese nada raro en su mirada.

Cómo había escapado, era un asunto desprovisto de interés para mí. Aparentemente sus papeles estaban en orden, pues que habían pasado sin observaciones, a través de la mirada sospechosa y callada del vigilante. El judío ni siquiera pestañeó cuando una mujer le gritó al paso: "Bose", pero su inquietud manifiesta me hizo subir de tono en mis especulaciones. Vestido con un traje que fué bueno en su tiempo, este judío, sin duda, había sido un blanco directo a los ataques del populacho: había perdido su hogar y su familia, y ahora estaba arriesgando su último marco en un boleto de ferrocarril y un pasaporte probablemente falsificado. (Groggin dice que no soy periodista, que debía pasarme la vida escribiendo versos para las revistas de mujeres). Yo estaba absorto observando su mirada de preocupación. No podría uno llamarla mirada de un perseguido. Un hombre jamás se entrega a la desesperación más completa. Yo he cazado conejos, y los he visto cuando se han encontrado perdidos. Y ya sé la diferencia. La pupila se dilata, luego se cierra en una ranura invisible; todo el animal tiembla violentamente, y parece decir: "ya se que la he perdido, mátame pronto". Pero en el hombre es distinto. Un presidiario camina a la silla eléctrica, mostrará en sus ojos un leve rayo de esperanza. (Groggin dice que soy un romántico, pero lo que pasa es que yo sé reconocer el drama cuando lo veo). Así que el tren hilaba su camino penoso hacia la frontera, en las montañas, el judío iba jugando su papel en forma extraordinaria. Y él se daba cuenta de ello. Comenzó a darle vueltas a la cadena de níquel de su reloj, en forma cada vez más violenta. Groggin también notó la excitación del judío, y murmuró algo, acerca de invitarlo a beber.

No era prudente acercarse al judío, sin embargo. La intensidad de su actitud era una barrera efectiva a todo intento de conversación. Nos pusimos a jugar con las cartas y dejamos a un lado la especulación. Mas yo era incapaz de dejar de observar, con el rabillo del ojo, sus miradas inquietamente móviles, y sus dedos que se cruzaban y descruzaban interminablemente.

La agitación del judío crecía perceptiblemente. Comenzó a chocar sus puños cerrados, uno contra el otro, cambiando de posición a cada instante. Miraba continuamente fuera de la ventanilla, como buscando una señal preconvenida. Yo adiviné inmediatamente el objeto de su búsqueda: el pequeño pueblecillo en la frontera, donde un guardia suizo substituiría al polizonte nazi.

Faltaba media hora para terminar nuestro recorrido en tierra alemana, y mientras que los minutos se me hacían largos, al judío le han de haber parecido una eternidad atormentada. ¡Media hora! Tiempo suficiente para el último acto de una tragedia; para una declaración de amor, de guerra, de muerte; tiempo suficiente para que un muchacho se haga hombre. El judío mostraba claras señales de que el tiempo era



demasiado largo. La histeria se había posesionado de él. Yo ya he sentido ese vértigo repentino, las manos ardiendo con un hormigueo insoportable, la ceguera intensa de un instante de delirio. Es horrible verlo en otra gente. El judío ya no podía sentarse en quietud, sino que se mecía de un lado para otro, quejándose quedamente como un perro herido. Por último, no pudo controlarse más, sino que saltó violentamente, de su asiento al corredor, y alzando los dos brazos al aire, dejando caer su cabeza hacia atrás, en abandono, gritó, con toda la fuerza de sus pulmones enjutos: "¡Frei! ¡Frei! ¡Frei!," una y otra vez. Todos los pasajeros se volvieron sorprendidos; el policía, despertado de su letargia, corrió por el pasillo hacia él.

Yo lo detuve de repente. Mis manos también estaban en alto. Mi voz tenía algo de manifestación obrera, al gritar: "¡Libre! ¡Libre! ¡Libre!".

Groggin no era para quedarse atrás, y los tres alzamos un grito continuo y destemplado, que debe haber llegado hasta el Reichstag. El polizonte nazi quedó paralizado por la sorpresa. Asombrado, nos preguntaba en alemán: "¿Qué demonio pasa aquí?".

"Sí, —quería saber el conductor— qué furia les ha poseído?

Yo creo que aquellos días de estudiante agitador me hicieron algo hábil para los discursos. "Es una pequeña fraternidad, —respondí—, una especie de club al cual pertenecemos. . ." Y añadí, siempre en alemán, "Cuando un miembro se encuentra a otro miembro, se saludan así. . .". Groggin es más práctico, y le deslizó cincuenta marcos al polizonte.

Debieran haber ustedes visto al judío cuando acabó el mitote. Ya se había calmado y nos miraba fijamente. Cuando cruzamos la frontera suiza, sonrió por vez primera, y se acercó a nosotros:

"Sí hay tal fraternidad", —comenzó a decirnos.



LA PRINCESA, LOS BOMBONES Y EL CONCURSO DE LOS AVIONES

ESTE ES EL CUENTO DE LA PRINCESITA DE LOS MUÑECOS, QUE DIJO QUE SE CASARIA CON EL AVIADOR QUE REALIZARA LA MEJOR PROEZA EN LOS AEROPLANOS DE JUGUETE.

Por ANTONIORROBLES

EL Rey era un rico muñeco, con su traje a la rastra, de raso negro, adornado con estrellas doradas.

Y como no sólo era Rey de los astrónomos, sino que lo era de toda la nación, no sólo llevaba estrellas. Que, todo bordado de oro, llevaba también:

Hoces, porque era Rey de los agricultores.

Sombreros, porque era el Rey de los sombrereros.

Sartenes, porque era el Rey de las cocineras.

Embudos, porque era el Rey de los taberneros.

Ovejas, porque era el Rey de los pastores.

Gatos, porque era el Rey de los tejados.

Y así, mil y mil adornos en sus vestidos.

Tenía barbas blancas, de hebras de seda suave. Tenía ojos azules, porque como los muñecos no tienen alma, en la cara tienen que llevar la bondad; y tenía sobre su testa una corona de cartón dorado, y en sus picos "canicas", bolitas del "guá", pero de esas de vidrio que tienen dentro venitas de colorín.

La Princesa hija era un bella muñeca de "biscuit", con ojos de cristal, azulitos también, y dos trenzas de oro que le llegaban a la cintura.





Vestía de terciopelo coral, llevaba al cuello muchos collares de colorines cristalinos, y para las fiestas de corte usaba vestido de cola y una gola de encajes más rígida que de cartulina.

Pero no siempre iba así la muñeca Princesa. A veces la niña de verdad que era su dueña le ponía falda corta y un jersey de punto, hecho por ella, y entonces le quitaba las trenzas y quedaba el pelo corto. De modo que resultaba una muchacha muy moderna.

Luego, cuando volvía a vestirla de ceremonia, le ponía otra vez las trenzas solemnes, sujetándoselas con horquillas invisibles.

* * *

Por todos los demás juguetes de aquel cuarto se advertía que sus dueños eran un niño y una niña que lograban conseguir todos sus caprichos. De ahí que hubiera cien cosas:

"Muchos muñecos de trapo del tamaño del
Rey y de la Princesa.
"Y muñecas vestidas de varias épocas o regiones,
caras y baratas.
"Y una ganadería de caballos de cartón.
"Y monigotes recortados, de perfil, en madera.
"Y bolos que tenían caras pintadas en el boliche.
"Y automóviles hasta del tamaño del Rey.
"Y aeroplanos con abiertas alas.
"Y vapores que sonaban sus ruedas por el suelo.
"Y casas de muñecas que una de ellas, la que
llegaba al techo, era el Palacio.
"Y "meccanos" con los que se hacían puentes de mesa a mesa.
"Y muchos juguetes más, todos estupendos, maravillosos.

Con todos ellos jugaban los niños sobre la alfombra y con calefacción, a las horas del recreo.

Pero, con una puerta contigua, había una estancia chiquita, obscura y sin ventilación, donde los dos amitos iban tirando los juguetes rotos o los aburridos.

"Payasos por cuyas heridas se escapaba
el serrín.
"Y muñequitas de ojos movibles, cuyos ojos se habían
hundido y sonaban dentro del cerebro.
"Y "autos" que cojeaban de una rueda.
"Y jacos de cartón, rajados desde la nuca
al rabo.
"Y monigotes de trapo, con la cabeza tan descosida,
que unas veces le colgaba sobre el pecho y
otras sobre la espalda.
"Y 100 más, que apenaba verles".

* * *

En aquella habitación, como en casi todos los cuartos de juguetes ocurría que, cuando los dueños se acostaban, los muñecos comenzaban a vivir por su cuenta.



Lo primero que hacían era coger los paquetes de caramelos y bombones, que siempre tenían en el armario los niños y entregárselos al Rey para que los repartiera entre los súbditos de la buena habitación.

Claro, que, cuando entraba la criada a limpiar por la mañana, todo estaba en su sitio y no faltaba ni un solo bombón.

¿Creéis que eso pasaba por un caso de milagro? Pues no. Lo que sucedía era que los muñecos se satisfacen con hacer como que comen. Y les gusta esto tanto como a las niñas comerse de verdad la golosina que sea.

Pues bien: luego que jugaban a haberse comido todo, los muñequitos celebraban sus fiestas, hacían sus visitas, organizaban carreras de "autos", formaciones, homenajes al Rey y a la Princesa, funciones de teatro, bodas... y tantas cosas por el estilo.

* * *

El Rey se sentía viejo, blanducho; su serrín comenzaba a salir por las costuras, ya flojas...

Entonces pensó en casar a su hija, para que si él se vaciaba del todo, la juguetería no se quedara sin Rey.

El Monarca llamó a sus tres Ministros. Sus tres Ministros eran:

Un señor enlevitado, de trapo, con bigotito de seda negra y **chistera** de cartón.

Un bolo al que el niño, el amito, había pintado barba.

Y un general de pasta, que tenía las piernas muy abiertas para poder montar en su caballo especial; jaco que era de esos que no tienen peana y llevan una mano levantada.

El Rey le dijo:

—Hemos de casar a la Princesa. Pero yo digo: ¿Qué proeza habremos de exigir a los pretendientes?

El Rey y sus Ministros se pusieron de cara a los cuatro rincones obscuros para pensar, pensar...

El del sombrero de copa se volvió de pronto y dijo:

—Que escriba una inspirada poesía a la Princesa, y otra a nuestra nación...

—¡Nada de versos!— exclamó, revolviéndose también, el bolo de la barba, que como tenía mal genio no creía en la utilidad de los versos. Y añadió: —Aquí lo que hace falta es riqueza, riqueza... La Princesa debe casarse con el pretendiente que aporte mayor fortuna. es decir, que para el servicio de nuestro pueblo ofrezca por lo menos tres automóviles, seis paquetes de piedrecitas de mar, para hacer como que comemos, y cuatro caballos de cartón. Porque hora es ya de que los Ministros tengamos nuestros "autos".

—¡Es usted un egoísta! —exclamó el general—. Yo creo que la Princesa debe casarse con el pretendiente que aporte mayor fortuna, en las batallas... Un Príncipe valiente es lo que se necesita...

Cuando iban a discutirse las tres opiniones, apareció, levantando una cortina, la "Princesita de los ojos azules".



Venía de jugar al tennis con otras muñecas, utilizando el **pimpón** de mesa de los dueños de toda aquella juguetería. Como que aun tenía en la mano su raqueta de madera obscura.

Y fué y dijo:

—Padre, perdonadme. Al entrar he oído que hablábais de mí y he cometido la indiscreción de escuchar cuanto habéis dicho. No quiero casarme con un poeta, porque los poetas son tristes, y los pueblos deben ser alegres, y los Reyes deben ser como sus pueblos... Tampoco quiero casarme con un rico, sin más mérito que ser rico, porque la riqueza no tiene nunca absolutamente nada que ver con la felicidad... Y, por último, no quiero casarme con un muñeco que haya hecho morir, en guerras o no, a muchos muñecos, porque al fin y al cabo habían sido mis hermanos en el mundo de la muñequería... y ese marido me resultaría odioso.

—Entonces, ¿cómo ha de ser el muñeco que se case contigo?—preguntó el Rey.

—Lo he resuelto ahí, detrás de esa cortina —respondió la Princesita—. Quiero que sea un aviador; el monigote aviador que haga mejor recorrido, para que de este modo nuestros muñecos demuestren que saben volar como los muñecos de carne. Y quiero que el que se case conmigo haga proezas de aviación, porque los aviadores aman el cielo y el vértigo, como los poetas, y siendo dueños del espacio infinito son los más ricos del mundo; y además son tan valientes como los más famosos héroes de la guerra. Ya ven ustedes, señores Ministros, cómo así satisfago los deseos de los tres...

El de lo bigotitos de seda negra exclamó amablemente dirigiéndose a los compañeros:

—Yo creo que su Alteza la Princesa tiene razón...

—Pues yo lo creo igualmente— declaró el bolo de la barba.

—Entonces lo creemos los tres —asintió mansamente el general...

El Rey dedujo:

—Puesto que estáis conformes, y yo con vosotros, se hará lo que la Princesa desea. Mas como la Princesa ha escuchado detrás de la puerta nuestra conversación, y eso está feo, queda castigada a pasar dos días encerrada en su habitación, sin más compañía que la de la **pepona** que la sirve de doncella.

Los Ministros suplicaron al Rey el perdón; pero el Rey no accedió. Daba mucha importancia a las faltas de educación, y hacía bien.

La Princesa fué encerrada en su cuarto.

* * *

Fueron dos días que empleó la muñeca de ojos azules en pensar en el concurso de aviación que se preparaba para ella, y se distrajo los dos días tirando, desde la ventana de la gran casa de muñecas que hacía de Palacio, aeroplanos chiquititos de papel.

Y se imaginaba que allí volaban sus maravillosos pretendientes.

* * *

Pasaron aquellos dos días y otros más, y se anunció que la real muñeca de las trenzas de oro (cuando las llevaba) se casaría con el aviador que realizara la más sorprendente hazaña.

Uno. . .

Dos. . .

Tres. . .

Cuatro. . .

Cinco aeroplanos de juguete, muy parecidos a los verdaderos, con alas de tela y hélices de madera o de aluminio, fueron a inscribirse, uno por uno, para la lucha.

Sus pilotos eran muñecos con cabeza de **biscuit** y vestidos con gran lujo de detalles, aunque con las caras tan finas resultaban demasiado guapitos, sin embargo parecían valientes porque eran jóvenes y alegres.

Llegó el sexto aparato, con alas de papel. . . y con un molinillo de papelitos de colores que servía de hélice. El piloto, pintado con brocha gorda, era un cartón cortado de perfil en forma de hombre sentado.

Tenía todo el aspecto de una baratería ramplona. . ., y se le estaba viendo fracasar antes de la prueba.

Cuando se puso en fila para inscribirse, unos muñequitos de celuloide, negros y guasones, pintarrajearon en las alas unos monigotes y unas letras, en broma, que decían: "Dejadme paso, que me como la Luna". . .

Pero al aviador no le importó nada. Hasta le hizo gracia la broma. . .

* * *

Ya hemos dicho que sólo de noche vivían por su cuenta en aquel reino de los juguetes.

Y en la noche fijada para comenzar el concurso de pretendientes de la Princesa, todo el pueblo **muñequeril** aguardaba el momento de la prueba con gran impaciencia.

Los guardias de trapo tenían que apartar a la gente.

Se hacían apuestas; había discusiones. . . ¿Quién ganaría el premio, que era la mano de la Princesa? ¿Qué hazañas expuestas emprenderían aquellos pilotos tan elegantes, con cabeza de **biscuit,** en sus aparatos de tela?

La verdad es que el sexto, el de cartón recortado, no interesaba nada. Todo el mundo suponía que con un molinillo de papel por hélice no podría hacerse nunca más que el ridículo.

Se pintó luego sobre cada aparato el número que le correspondía por orden de llegada al concurso, y a todos les dibujaron la cifra con lindos lapiceros de colores, menos al último, que se la hicieron con lápiz negro y de cualquier manera.

* * *

Como la primera noche era para el "número 1", se le dió orden de salir.



El piloto se despidió del Rey y de la Princesa, despegó con elegancia su precioso juguete y salió por la ventana, de par en par abierta.

Sobre el antepecho de la ventana se habían instalado dos astrónomos de los de cucurucho en la cabeza, provistos de potentes telescopios (ellos decían lo de potentes, aunque eran tubos huecos) para observar al detalle las proezas de los aviadores.

El "número 1" realizó un vuelo muy importante.

Parece mentira que un aeroplano de juguete pudiera hacer la travesía de la calle, dar la vuelta en derredor de la chimenea de la casa de enfrente, pasar sobre el humo para que luego le olieran los que no lo quisieran creer, volver a cruzar la calle y entrar de nuevo por la ventana, entre los aplausos chiquitos de la enana multitud.

¡Bravo, muchacho!...

* * *

El piloto "número 2" despegó, a la segunda noche, con tanta suerte como el primero.

Siguió unas rayas de la madera del suelo... y se elevó muy bien.

Dió una vuelta por la estancia agitando el pañuelito, y salió también por la ventana, dejando una gran emoción en todos.

Luego los dos astrónomos certificaron, cada uno por su lado, que el "número 2" había ido nada menos que hasta la veleta de la torre, virando en torno de ella con tal precisión, que pudo dejar enganchada en la flecha un trozo de papel de serpentina, que quedó agitándose alegremente.

¡Bravo! ¡Bravo!...

* * *

Difícil era para el "número 3" hacer algo mejor...; pero lo hizo.

Veamos si podemos explicar bien su trayectoria.

Salió por la ventana, viró a la izquierda llevando otro pedazo de serpentina; bajó casi al suelo de la calle, que eso fué de una gran emoción; dejó la serpentina en el farol inquieto del sereno, torció por una calle a la derecha, desapareció... y apareció por el otro lado de la calle; de modo que había dado la vuelta a toda la manzana de casas que había enfrente.

Fué recibido con una ruidosa ovación, que a poco más despierta a las personas de verdad que vivían en la casa.

* * *

La cuarta noche estaba dispuesta al aviador "número 4", el cual llevó a cabo la siguiente hazaña: salir con unas bengalas de colores apagadas, subir casi perpendicularmente, y, cuando estaba muy alto, encender las bengalas.

¿Para qué las encendió? Para escribir con su luz, sobre la noche, esta frase:

LA PRINCESA DE LOS OJOS AZULES
ES LA MAS BELLA DEL MUNDO





¡Oh! ¡Ahora sí que sería imposible que otro aviador superase una hazaña tan difícil y tan bella!... ¡Qué ovación cuando bajaba casi de cabeza... y de pronto planeó y entró por la ventana!...

* * *

Salió en la quinta noche el "número 5". Llevaba en la cara el gesto inquieto y sonriente del valiente que va a jugarse la vida.

Desapareció por los tejados de la ciudad, y pasó una, dos, tres horas sin que nadie supiera nada de él.

O se había desgraciado en manos de un sereno, o había caído el juguete en manos de un chiquillo madrugador.

Si volvía, nadie podía concederle el premio como no trajera pruebas de su proeza.

Y, en efecto, cuando el sol había salido ya, redondo y sin rayos aún, entró el "número 5" en la estancia de los juguetes. Era el momento en que todos iban a retirarse.

El piloto, entonces, sacó de un bolsillo un ruiseñor... y de otro bolsillo una estrellita pequeñita. Y dijo:

—Princesa, aquí os traigo estos obsequios: luz y música de la noche.

La Princesa de los ojos azules cogió el obsequio casi con lágrimas en los ojos y contestó:

—¡Cuánto os lo agradezco!... Pero como son dos cosas que están más bellas en libertad, mañana, si no os disgusta, las libertaremos después de la última prueba. Y subirán como un cohete de luz y como un cohete de música...

Todo el mundo pensaba, y el Rey y la Princesa también, que la mano de la real muñeca sería para el "número 5"...

—Después de esto —dijo el Rey—, el que quiera triunfar tendrá que traerme, acaso un sombrero de copa lleno de estrellas, y que sean de las buenas, como, por ejemplo, Júpiter, Mercurio, Venus, la Polar y todas esas tan nombradas...

* * *

Llegó la sexta noche y como el "número 6" pilotaba un aeroplano muy barato y él no tenía tipo elegante, nadie tenía interés en acudir. Sin embargo, acudieron para ver la fiesta del ruiseñor y la estrella.

El Rey, entonces, en tono de compasión, dijo a sus criados:

—Para que este pobre "número 6" no sufra al ver que la gente se va sin verle, que vuele él antes que los regalos del "número 5". ¡Abranse las ventanas!

Y cuando dos criados negros iban abrirlas, el piloto de cartón, desde su humilde aeroplano, gritó:

—¡No se molesten, señores! ¡No es preciso abrir!...

Estas palabras produjeron al mismo tiempo asombro y risas de burla.

Y cuando un **Nicanor tocando el tambor** y un payaso con platillos anunciaron la salida del aeroplano por orden del Soberano, el piloto





arrancó, dió vuelta por la estancia, con un aleteo incierto, de esos de aeroplano barato, y de pronto, viró hacia la puerta entornada de la habitación donde estaban los muñecos medio rotos, imposibilitados, cojos, ciegos, mancos o descosidos, de los cuales nadie hacía caso ya. . .

Volcó hacia ellos una bolsa de caramelos, que había ido guardando uno a uno y día tras día, y, dando una dificilísima vuelta en la estancia chiquita, regresó a la habitación de jugar y aterrizó todo lo mejor que se podía con aquel aparato, que era malucho de verdad.

¡Oh, qué gran silencio le recibió!

Es verdad que nadie aplaudió; pero también es verdad que nadie silbó y que nadie se reía. Todas las caras de burla se quedaron como bobas ahora; atónitas. . ., comprendiendo la lección que había dado a todos el "número 6" con su breve aventura. . .

Ciertamente, el Rey, los Ministros y las gentes felices y no rotas tenían en completo olvido aquel pueblecillo de al lado, donde los pobrecitos imposibilitados vivían por la noche sus tristes juegos y sus penas.

La Princesa de los ojos azules, ante el silencio general, dijo con dulce voz:

—Si yo fuera una señorita de nuestro pueblo, es fácil que me hubiera casado con el piloto que haya realizado la aventura más atrevida y gallarda. . .; pero soy Princesa; tengo que procurar el bien de mi nación, de mi patria. . . y doy con entusiasmo mi mano a este muñeco del "número 6", que sabe sacrificar noblemente su vanidad. . . Ningún otro sabría como él continuar las bondades de mi padre si un día faltara el Rey. . .

—¡Cuánta razón tienes, hija mía! —aprobó su padre, moviendo, al hablar, sus grandes barbas de seda blanca.

—¡Cuánta razón!. . . —dijo un Ministro.

—¡Cuánta razón!. . . —dijo otro.

—¡Cuánta razón!. . . —dijo el tercero.

Y se casó la **Princesa de los ojos azules y las trenzas rubias** con el aviador de cartón, que siempre estaba sentado de perfil, y fueron después, los Reyes más queridos de aquellas dos habitaciones. Pero de las dos.

¡Ssssssh!. . . ¡¡¡Pum!!! (Un cohete).

¡Ssssssh!. . . ¡¡¡Pum!!! (Otro cohete).

¡Ssssssh!. . . ¡¡¡Pum!!! (Otro hasta mil).





HOMBRES QUIMI CAMENTE PUROS

DESDE SU ENCIERRO, AQUEL HOMBRE CON ANTEOJOS APARTO EL VISILLO DE SU VENTANA.— POR EL LADO DE LA CALLE, CASI TODO LO CUBRIAN LAS ENREDADERAS.— Y ALLI ESTABA LA VIDA . . . .

Por JORGE FERRETIS

ES profesor de química, y gana un sueldecillo. Tiene cuarenta años y poco pelo. Ya le fulge el cráneo por entre unos cabellos tan tenues, que hacen pensar que si se quitara el sombrero durante un ventarrón, quedaría mondo. Es magro, como corresponde a un hombre que no escapó en su infancia de la anemia, ni en su adultez de las metafísicas.

Parece que su mano vuelve sedosa su piochita, en fuerza de acariciarla.

Lo que maneja con mayor cuidado son sus espejuelos, que asegura a su oído derecho por una cadenilla dorada. Si un día le cortasen la oreja de ese lado, le originarían un problema de muy mal gusto, pues él ama las leyes de la continuidad. Y eso de no tener, de pronto, donde atorarse el alambrillo de sus lentes, le resultaría tan inconcebible como un Saturno sin anillo o como un paraguas sin empuñadura.

Su cocinera, apareciendo a las siete de la mañana por la puerta de su habitación, llevándole los buenos días y un par de calcetines remendados, le parece digna de compararse con la Osa Mayor. La Osa también, en su minuto exacto, asomará por el mismo rincón del Universo, sin distraerse un solo día.

* * *

Y sin embargo. . .

Una tarde, el profesor había suspirado ya tres veces. Solo, en su casa, con las manos cogidas por detrás, paseaba frente a un estante lleno de papeles polvosos.





En pantuflas, sus pasos de badana eran tan imperceptibles como el profundo roer de las polillas (aquellos millares de seres ínfimos que vivían bajo su techo, nutriéndose con su inteligencia. Es decir, royendo y royendo los fajos de sus manuscritos guardados en el estante).

Semanas atrás, aquel hombre tan silencioso había notado que le nacía una inquietud. Mala yerba en el huerto intelectual de un filósofo en pantuflas. Y se dió a la tarea de introspeccionarse, perdiéndose en el limbo de las ideas turbias. Pero por su ventanal, que daba al mundo, se filtraban ruiditos claros:

—...no, bárbaro... no me beses... en la calle... —suplicaba una vocecita de mujer en tono de calandria.

—¿Por qué, Cariño? —preguntaba, gruesa y dulce, la voz del hombre. Miel ronca.

—¿...no te da... vergüenza?

—No...

(A veces, los profesores son tan curiosos como cualquier vecina. Como que sin curiosidad no habría ciencia. Modalidades del mismo impulso: la comadre se pone a espiar por el ojo de la cerradura, mientras el sabio curiosea por el ocular del microscopio, a ver si los microbios se besan).

Desde su encierro, aquel hombre con anteojos apartó el visillo de su ventana. Por el lado de la calle, casi todo lo cubrían las enredaderas. Y allí, como si en fragancia pudieran esconderse, estaba la parejita besuquera. Ya hablaban tan bajo, que no se les oía. A plena luz del sol, la muchacha se retorcía laciamente, sujeta de los brazos por unas tenazas calientes que eran las manos de su galán. La gente, mucha gente, pasaba por la acera, y los veía, y un poco los turbaba.

El profesor, sonriendo, dejó caer el visillo. Y con su opaca sonrisa se retiró musitando:

—Ahora comprendo por qué los enamorados sueñan el Paraíso. No es por la vegetación, pues que para eso anhelarían la Huasteca. ¡Piensan que en el Paraíso no habrían mirones! Los únicos curiosos serían algunos monos, una serpiente proxeneta, algún león aburrido y otros animaluchos incapaces de contar lo que vieran. Porque hasta las cotorras serían prodigios de discreción, ya que en las de épocas paradisíacas, aun no aprenderían a decir "Este pico es mío".

Siguió sonriendo; y sin importarle desperdiciar algo de materia gris en cerebraciones humorísticas, continuó:

—El único chismoso, sin embargo, sería algún arcángel haragán. Y más odioso que un gendarme de barrio, volaría a informar al Padre Eterno. Este, según su bíblica costumbre, "montaría en cólera". Y ya montado, tronaría: "¡En este parque no se permiten esas cosas!"



El profesor iba a seguir divagando grotescamente, pero la puerta del estudio se abrió y pudo ver el rostro alarmado de su cocinera y ama de llaves:

—Señor, ¿qué le acontece? Ha dejado pasar la hora de la comida.

—Ah, sí. Sírvala; sírvala.

Y fué a sentarse a la mesa, todavía con una vislumbre de sonrisa en la boca.

Por la noche, soñó a la mujercita aquella que gemía dulcedumbres y que forcejeaba entre los brazos de su dueño.

* * *

El profesor lo esperaba todo de la ciencia: sueldo, salud, temperamento. La química biológica transformaría generaciones futuras. Los médicos del porvenir serían especies de ingenieros biólogos.

Leía y releía un recorte de periódico que informaba sobre el descubrimiento de la "Tethelina". Píldoras de glándula pituitaria, milagrosas: a los enanos o tontos por deficiencia orgánica, los regeneraba, haciéndoles crecer los huesos y aclarándoles la mente.

Sabía que el miedo se origina por deficiencia de la glándula suprarenal. Entonces, bastaría con una droga que actuase sobre la tal glándula, para producir valientes a voluntad. La Secretaría de Guerra debería preocuparse por enseñar esto en el Colegio Militar. Que los estrategas no sólo conozcan el territorio nacional con sus cordilleras y sus repliegues, sino que también sepan escudriñar los humanos riñones. Podrían preparar batallones de héroes.

Ya rejuvenecen los viejos sin que tengan que venderles su alma al diablo. Voronoff, menos extravagante que Mefisto, sólo les ha pedido cincuenta mil francos. Ya los farmacéuticos corrigen a maridos ebrios y desobligados, con más eficacia que los sermones: les recetan unos polvos, y no vuelve a vérseles dando traspiés. Hay elixires para que las señoritas hipocondríacas olviden los versos, y les entren ganas de casarse con el tendero de la esquina.

Pero entre bromas y veras, él, charlando a veces con sus alumnos por los corredores de la escuela superior, los hacía entrever un mundo más desconcertante todavía: las cárceles iban a convertirse en grandes talleres de reparación humana; y no estarían lejanos los tiempos en que cualquier mortal pudiese ir a una botica y pedir cinco gramos de pudor, medio kilo de buena voluntad, y lo vuelto de esperanza.

* * *

Pero he ahí que, aparte imaginaciones, el maestro acabó de in-



trospeccionarse. Y advirtió que los gérmenes de su inquietud, eran de origen amoroso.

Sí, un filósofo cuarentón, por filósofo que sea, necesita mujer. Sus carnes magras laten también, cuando el viento trae risas y quejumbres de hembra gozosa.

Cerca de su casa, hay una iglesia. Y muy temprano, un repiqueteo de taconcitos hace música en la acera. Mujeres de todas edades apresúranse a misa. Abundan las jovencitas de andar menudo; recatadas, frescas, ariscas.

¿Por qué serán las mujeres las que más aman a Dios? ¿Serían igualmente devotas si el objeto de su culto fuera una diosa? El profesor hace memoria: durante la revolución, vió chusmas de "alzados", que traían en sus sombreros imágenes religiosas. Pero todos aquellos creyentes calzonudos, preferían vírgenes, santas, para que los librasen en las balaceras. ¿Hasta las cosas del alma tendrán que oler a sexo? ¡Quién sabe!

Y de tanto pensar en tales cosas, y de tanto oír taconcitos de mujer repiqueteando por la acera, él, una mañana de domingo, sintió ganas de rezar.

La Química no impide creer en Dios. El fué creyente, de niño; pero ahora... quién sabe...

Ah, y el amor. Sí, le faltaba compañía. Debe ser muy sabroso reír; reír porque sí. Y tener quien escuche lo que se va pensando.

Sí, él quisiera una mujer; tenerla allí, aunque no le hablara en mucho rato. Pero sentirla allí, cerca.

También le gustaría tener un sillón grande, de esos en que se puede pensar, y estudiar, y hasta dormir.

De la iglesia, las mujeres regresan visiblemente tranquilas. Siempre será confortante tener a quien pedir lo que necesitamos, aunque no nos lo dé. Las mujeres tienen a Dios para pedirle; y después de Dios, a sus maridos.

El profesor quisiera rezar, pero no recuerda oraciones. Además, necesitaría un rezo digno de su nivel científico. Y empieza, como es de rigor, levantando los ojos al techo. Y dice:

—Señor... no estoy seguro de que existas. Las mujeres afirman con tal énfasis que las amparas, que entre duda y duda, lo racional es rezarte. Señor, yo necesito una compañera y tú, que otorgas tantas mercedes, no me vas a negar lo que acaso hasta te estorbe: una mujercita que arrodillada desde algún rincón, a la luz de alguna lamparita,

acaso en este mismo instante estará incomodándote, pidiendo y pidiendo matrimonio. Me hiciste una mitad de la existencia. Complétame, Señor.

Por aquel día no dijo más. Sombríamente fué a la percha, tomó su sombrero y salió a ambular un poco por las calles.

Pero a la noche siguiente, el apremio siguió:

—Ojalá, Señor, pudieras concederme aquella rubia que sabe reír como manantial. Sí, aquella. No importan sus escotes tan amplios. Yo la arroparé, yo la arroparé. Y ojalá también merezca yo que me concedas la silla mecedora. La gran mecedora, para que yo divague en el portal, con mi mujercita rubia sentada cerca, tenue.

Pasan varios días, y el profesor, escéptico, no deja de rezar:

—Si no te fuese dable, o no estuviese en tus designios conferirme a la rubia, me gustaría también aquella morenita silenciosa, inteligente, que asiste a mi cátedra. Sí, es silenciosa y dulce como un cactus sin espinas. Me hace falta, Señor.

Su sirviente, alarmada, ha dado en espiarle tras de las cortinas de su estudio.

El, con la terquedad de un buen devoto, días después sigue rogando:

—En fin, si aquella morenita silenciosa estuviera destinada por Ti a otros fines, puedes darme cualquiera. Con venir de tus manos, sus pies bendecirán esta casa.

El profesor sale a dar unos pasos por el portal. Bosteza, y vuelve a su alcoba. Cada vez está menos seguro de que Dios exista, y bosteza más.

A la siguiente noche llega cansado. Deja en cualquier parte los libros que trae bajo el brazo. Ni siquiera se pone a pasear por el corredor, sino que se queda unos instantes untado de espaldas en la pared. Luego va a sentarse, desmañadamente, en el viejo diván. Pero su postura es incómoda. Se alza nuevamente. Y, desde el centro de la habitación, exclama con cierta amargura:

—Por último, Señor, si es que destinas al celibato perpetuo a este resignado siervo tuyo; si no tienes mujer que concederme, cuando menos otórgame el sillón.

Su ama de llaves, que estaba espiándolo tras de las cortinas, no se contiene ya, y asomando la cabeza, dice:

—¡Parece usted mujer, señor!

Y se va.

El profesor queda perplejo unos instantes. Pero como buen científico, antes de irritarse con su sirviente, medita: es verdad; es característico de las mujeres pedir, pedir, pedir. Con razón las que no tienen marido, van mucho más a la iglesia. Y los hombres, cuanto más desvalidos, más devotos también.

* * *

Pasa un mes, y ¡allí está la mecedora, en el portal! La pagará en abonos, pero allí está.

En cuanto a la compañera, quizás a él sólo le hace falta necesitarla más. ¿La Química? Fomentar la función de ciertas glándulas. Audacia en grajeas.

Y en materia de religión. . . llama a su criada. La mujer entra secándose las manos en su delantal.

—Oiga, Ruperta, ¿usted cree en Dios?

—¡Cómo no he de creer, señor! Pero no en ese Dios de los pediches, que dizque hace regalos. Y a los pobres pediches les va como a los hijos de familia, que todo esperan de sus casas. ¡Y acaban en limosneros!

Ella quiere seguir doctrinando, pero desde la cocina se oye un chirriar de manteca quemada, y corre:

—¡La sopa, señor, la sopa!

El profesor queda más preocupado. Tiene razón Ruperta: nos hace falta un concepto de Dios, menos femenino. Un Dios que no dé nada; que se le ame porque sí; que no convierta en "atenidos" a sus devotos. ¡Es lista Ruperta!

Y no es ningún adefesio. Cuando se acaba de bañar, huele bien.

* * *

Sigue paseando, con las manos colgadas por atrás. Le brillan los ojos, y por primera vez siente que le golpea el pecho cada sístole, cada diástole.

Por la noche, duerme mal, pero amanece gozoso. Y con ánimo tan nuevo, y tan audaz, que hasta se afeita la piochita leve en que por muchos años remató su rostro. Se ve un poco raro.

Y a la hora del desayuno, le parece advertir que aquella lindísima Ruperta ya no tiene la voz tan áspera.

—Mire, señor. . . le hice estas rosquitas de manteca.

Unos instantes de silencio. Él se atraganta, no sabe si con rosquitas, o con aquel su retumbante corazón.

A los dos les relumbran extrañamente los ojos.





EL MEJOR DE LA CLASE

LA HISTORIA DE UN DESPRECIADO "MEJOR DE LA CLASE", QUE NUNCA SE HIZO HOMBRE PORQUE NUNCA FUE NIÑO.

Por ERICH KASTNER

SIEMPRE que dos antiguos condiscípulos se reunen, después de muchos años, inevitablemente se dan mutuas palmadas en la espalda, y entran a la refresquería más cercana a charlar. Se sientan, la única cosa que pueden hacer, dada su corpulencia; piden cerveza Pilsner y Kümel, y se preguntan el uno al otro, en coro:

—¡Pues sí, hombre! ¿Qué tal te ha ido?

Y desde luego comparan: el monto de sus respectivos ingresos, el número de hijos que tienen, los dividendos de sus actividades, la aparición de las primeras canas, y la edad de sus mujeres. En unos cuantos minutos se han enterado completamente de los asuntos de cada uno, cuando sólo un instante antes habían hasta olvidado la existencia del otro.

Después, ambos han estado de acuerdo en que el otro ha seguido el curso de su vida conforme a un programa previamente establecido, y que nada será capaz de evitar que siga obteniendo el éxito debido. Y más tarde que han bebido a su salud, sonriéndose significativamente, comienzan, primero en voz baja, luego en murmullo confidencial:

—¿Te acuerdas?

Y es como si una varita mágica hubiese tocado sus gordos cuellos, sus espaldas anchas; como si sus bigotes desaparecieran y sus miembros se encogieran, y como si nuevamente estuvieran acurrucados juntos, en aquel blanco salón de clases. Y si de casualidad el mesero se acerca-



se a ellos, se encogerían, como asustados; como si el recreo se hubiese terminado, apareciendo nuevamente el maestro a la puerta.

Recordarán cada pequeño detalle: aquel día en que Schumann, el que tenía una gran verruga violeta en el mentón, (¡exacto, querido amigo!), brincó aquella vez desde la ventana, cuando durante la lección del maestro perdió la paciencia y lo amenazó con la regla. Y cómo el pequeño Missbach estuvo metido dos horas en un cesto para papeles (¡en la clase de orfeón, con el viajo Bohm, "la cigüeña". ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ni puedo hablar de la risa!). Y el gordito Hornegger, que siempre iba a la escuela sin pañuelo. (¡Sí, de veras!) ¿Cómo le decíamos? (Se me ha olvidado...). Es ahora concejal en Frankfurt. Y Daberitz, cuyo padre quiso pegarle al maestro. (Naso le decíamos a Hornegger, Naso. Pero sigue...). Y Daberitz tiene ahora un gran hotel por allá en las montañas, (sí, es verdad, tiene hasta trescientos cuartos).

Durante un gran rato continuarán en ese tenor. Luego quedarán callados algunos instantes, hasta que uno de ellos pregunte:

—¿Sabes qué ha pasado con Hennig, el mejor de la clase?

—Pero hombre, —responde el otro moviendo la cabeza,— ¿de veras que no lo sabes? Pues es el tenedor de libros en una pequeña oficina cerca del río. Aquí en la ciudad. Lo veo de vez en cuando... Creo que no me reconoce...

Se quedan callados, beben su kümel, se miran el uno al otro con una feliz sonrisa, y se ofrecen mutuamente excelentes puros.

—Sí, en verdad... el mejor de la clase... —dice uno, y el otro pide otra orden de kümel, diciendo:

—Yo pago...

Los niños tienen un amor más profundo y un odio más apasionado. Tienen una alegría más ligera y tristezas más santas que las nuestras. Y su desprecio es más hiriente que el de un adulto, pero es muy raro que crean a alguien digno de ese desprecio. Lo guardan especialmente para aquellos desertores de la niñez, los "mejores de la clase", esos niños prematuramente crecidos, cuyas almas están anémicas porque crecen demasiado aprisa a la vida madura.

Todos sabemos en qué forma despreciamos a esa clase de muchachos. Aparentemente sus destinos frecuentemente sin importancia, justifican nuestro odio, y sin embargo, esta especie de desprecio protector debe ser incluído entre nuestros más negros pecados. He aquí que en esos casos debiéramos ver la tragedia desnuda, y en su lugar, ¡bostezamos! He aquí que en esos casos estamos a punto de perder nuestro último indicio de fe en un sino benévolo, ¡y nos divierte el hecho!

Estos pequeños que crecen entre los niños, sin ser uno de ellos, tienen derecho a nuestra conmiseración, si acaso no los amamos. Y desde este punto de vista, la historia que sigue, de un muchacho de estos,



"el mejor de la clase", tiene su propia moraleja. Debe ayudarnos a darnos cuenta de algo que se ha mal entendido, y al darnos cuenta, podremos ser más comprensivos de la flaqueza humana.

Este muchacho, uno de estos pequeños, era hijo de una viuda. Ella era aún joven, frecuentemente enferma, y siempre desilusionada. Hubiera muerto desde hacía mucho tiempo de eso que llamamos teatralmente "un corazón roto", si ella no lo hubiese tenido a él, a su pequeño hijo. Por él continuaba viviendo, o, para ser más precisos, continuaba existiendo. Ella se ganaba la vida cosiendo, cosiendo toda clase de ropa interior, delantales para los obreros en las fábricas, fondos, blusas y demás. Cosía en la máquina y a mano, trabajando tanto por hora, como por pieza, desde la mañana, hasta media noche, y a veces, desde la noche hasta la mañana. Ella no vivía: ella cosía.

Exageraríamos si habláramos de "martirio" o algo así. Nos equivocaríamos si tratásemos de describir su personalidad en esa forma. Ella cosía en lugar de vivir, para comprarle a su niño zapatos y vestidos, pan y carne; para ganar el dinero necesario de su escuela y sus pequeños paseos; para poder obsequiarle el "Libro de los Inventos y Descubrimientos", y un pequeño trineo. Ella trabajaba para sostenerlo hasta que se hiciera hombre. ¡Y lo hizo!

De modo que así como es aparente a la razón, que las madres necesariamente sacrifiquen su vida por sus hijos, en la misma medida es increíble para los niños que haya alguien en el mundo que logra la felicidad de un hijo, sacrificando la suya propia. La simple necesidad de esto, aparece ante los niños como un martirio mundano totalmente innecesario.

Pero cuando el niño de nuestra historia, se quedó cierto día mirando a su madre con fijeza, atentamente, se transformó de repente en ese tipo del niño "mejor de la clase", y como "el mejor de la clase" quedó ya para siempre. Cuando, una tarde después, así que él subía las escaleras de su casa, oyó cantar a su madre mientras lavaba los pisos, quizo gritar: "Mamá", pero sólo pronunció la primera sílaba, porque se tropezó golpeándose el mentón contra la filosa orilla de uno de los escalones de piedra, casi mordiéndose en dos la lengua. El doctor dijo que tendría que ir al hospital, y su madre le dijo que ella lo tendría acostado en la cama por mucho tiempo.

El no dijo nada, porque no podía hablar. Pero al día siguiente, fué a la escuela, como de costumbre. No pudo pronunciar una palabra por más de un mes. Su lengua le dolía horriblemente, y parecía una montaña de dolor dentro de su sagriento cobijo. No podía comer, pero llevaba a la escuela leche en una botella, ingiriéndola con dificultad durante los recreos. Los muchachos, sus compañeros, se reían de él, y el maestro le aconsejaba que se quedara en casa. Pero desde que se había transformado en "el mejor de la clase", nunca tenía una sola



falta en su asistencia; y desde entonces, siempre fué el primero en la escuela.

Todas las tardes, después de la comida, su madre lo enviaba a jugar al patio, allá abajo. Generalmente rehusaba, y se quedaba estudiando. Y si de casualidad bajaba las escaleras, era un extraño entre los niños y niñas; se mantenía fuera de sus juegos, como para no echarles a perder su diversión, mirando frecuentemente al reloj en la torre, para no pasarse del tiempo convenido en que debía regresar.

La madre cosía, y él trabajaba en su tarea escolar. Ella le dijo:

—No debes estar siempre estudiando.

Y él:

—Y tú no debes estar siempre cosiendo.

Era lo mismo para ambos, les era indiferente. Ella cosía, él estudiaba.

Trabajaban en la vida como si tratasen de salir de un túnel. Sólo se permitían una poca de alegría, cuando su madre había pagado todas las cuentas de la semana. Ella guardaba el dinero en una vieja caja de cartón, y parecía muy satisfecha cuando se aseguraba de que bastaría para saldar las deudas, o cuando él le llevaba con modesto orgullo, sus calificaciones. Entonces sonreían el uno al otro, furtivamente. Pero el recuerdo de las sonrisas pronto se borraba. Seguían trabajando.

Y todo siguió como antes; "el mejor de la clase" abandonó la escuela primaria. Una tarde estaba sentado a la ventana con su madre, y estaban hablando de su futuro...

Estaban más serios que de costumbre, y cuando se desearon las buenas noches, se besaron solemnemente y se sonrieron. Y él se inscribió en la Secundaria. Siguieron años de trabajo asiduo, monótono, y después, llegó otra tarde quieta y preocupada en la ventana, con las mismas sonrisas solemnes, y "el mejor de la clase" fué a la Universidad. Lejos de su madre, en una ciudad distante...

En su primer año, dos de los profesores opinaron que él era un excelente estudiante; el segundo año, todos profetizaron que llegaría a ser algo grande. El asintió, le contó a su madre, en una carta, y siguió trabajando.

Con más frecuencia que antes, ella cosía toda la noche, y cada mes le enviaba el dinero que necesitaba, y a veces hasta incluía diez marcos extra en sus cartas, diciendo: "Esto es para que te diviertas una tarde, muchachito, no te olvides".

El sonreía para no llorar. Y seguía trabajando.

En su quinto año se decidió por una materia para especializarse, y entonces conoció a una muchacha. Que después él se haya hundido, —porque se hundió—, no fué culpa de la muchacha. Ella era sencilla y no le molestaba para nada; lo quería mucho y era feliz, cuando estaba en su cuarto, arreglando las cosas mientras él, en un rincón, trataba de estudiar.



Su cerebro se había parado. No fué culpa suya que comenzara a andar horas enteras por las calles de suburbios desconocidos, que, como un lunático, se entretuviera a la ventana mirando al cielo. No fué culpa suya tampoco que de repente cerrara los ojos y palideciera intensamente al comprender que estaba cansado para siempre, —¡por siempre vacío!— Sabía ahora que tendría que pagar el precio de una vida sin niñez ni juventud. Veinte años antes de tiempo había despertado en él el sentido de la responsabilidad, y ahora estaba veinte años retardado para poder sentir deseos.

Cuando él hubo reconocido esto en sí mismo, tuvo que hacer sólo una cosa: esconderlo de su madre, que allá lejos, en su pueblo natal, aún se inclinaba sobre la máquina de coser, y cosía y cosía... y a veces bajaba las escaleras casi corriendo, porque creía haber oído llegar al cartero.

No hubiera podido esconder este terrible cambio en él por mucho tiempo. Pero de repente, ella murió, y él no pudo siquiera llegar a tiempo de estar con ella en sus últimos momentos. Su última, y única estrella se apagó en su madre. Y él desapareció sin dejar rastro, como un animal que muere en la obscuridad, solitario.

Los profesores meneaban la cabeza murmurando:

—¡Tenía tan extraordinarias cualidades!

Su novia lloró y esperó.

Pero él nunca le escribió una carta.

Y aunque supiéramos cómo sigue esta historia —ha terminado aquí. Ha narrado el destino de un despreciado "mejor de la clase", que nunca se hizo hombre, porque nunca fué niño.



EL CUENTO

TIENE la satisfacción de anunciar a sus Lectores las próximas colaboraciones de:

Mariano Azuela

Efrén Hernández

Salvador Novo

Xavier Villaurrutia

Miguel N. Lira

Guillermo Jiménez

Enrique Fernández Ledesma

Enrique C. Enriquez

Rafael Solana

Cumpliendo así con su propósito de dar a conocer al Público de México, las Mejores Producciones de Nuestros grandes Cuentistas y Escritores.



EL HIJO DEL SOL

CADA INVIERNO LE TRAIA LA MISMA EPOCA TERRIBLE, UN DOLOR QUE ERA COMO NINGUN OTRO SUFRIMIENTO, Y QUE NADIE PODRIA ENTENDER.

Por KNUT HANSUM

LA primera nieve había caído durante la noche, y cubría la tierra como colcha blanca y gruesa. El pintor despertó con el grato recuerdo de haber recibido una carta el día anterior. Una carta que era un mensaje sorprendente y redentor. Lo hizo sentirse joven y feliz, y comenzó a tararear una canción; pero en cuanto se acercó a la ventana y alzó la cortina, viendo la nieve su canción cesó. Una sensación de desconsuelo lo cubrió, penetrando hasta su alma, y sus hombros redondos, caídos, temblaron con súbito estremecimiento.

Cada invierno le traía la misma época terrible, un dolor que no era como ningún otro sufrimiento, y que nadie podría entender. El sólo ver la nieve, era como si alguien le gritara: "¡Muerte!" como si alguien explotará en sus oídos: "¡Destrucción!". Llegaban las tardes interminables, con su opaco silencio sin sentido. No podía trabajar en su estudio, y su alma, como el oso, buscaba su cueva y dormía, callada.

Un verano, hacía ya años, había vivido en un pueblo, en un gran cuarto luminoso. Los vidrios inferiores de la ventana estaban pintados de blanco para poner una cortapisa a la curiosidad de los transeuntes, pero la delgada capa de pintura blanca le recordaba el hielo, y el recuerdo le hundía en un sufrimiento imposible de ser aliviado. Quizo dominarse, forzando en ese lugar su estadía hasta prolongarla en muchos meses, repitiéndose a sí mismo que el hielo tenía su encanto para mucha gente; que el invierno, lo mismo que el verano, era expresión de una idea eterna que pertenecía a Dios. ¡Todo



en vano! No podía dedicarse a su trabajo, y esta diaria tortura se reflejaba en un debilitamiento contínuo de su cuerpo.

En otra ocasión, ya más tarde en su vida, se había instalado en París más o menos en la época en que dicha ciudad celebraba ruidosamente algún suceso de importancia. Le gustaba salir a las avenidas a mezclarse con la turba alegre, hasta que una noche, precisamente una noche de verano, algo sucedió. La noche era húmeda, y el olor del follaje y de las flores se desparramaba por la ciudad. Las calles brillaban con sus luces eléctricas. La gente, riendo, jubilosa, se mecía en olas cantando y arrojándose confetti. La alegría se había desencadenado. El pintor también salió a la calle, decidido a mezclarse con la multitud, y compartir su gozo. Pero no había pasado media hora sin que tomara un coche y se retirara a su casa. Un recuerdo de antaño lo había conmovido, pues, a la luz de las lámparas eléctricas, el confetti, descendiendo, parecía nieve. Esto mató su alegría.

Y así fué durante varios años. ¿De dónde era su alma? Quizá de algún país con sol, de una tierra de palmeras. Quizá de las riberas del Ganges, donde los lotos nunca se marchitan.

Como ya se ha dicho, había nevado la noche anterior. El pintor pensó en cómo los pájaros del bosque se estarían helando, y cómo las raíces congeladas de las violetas sufrirían bajo la tierra antes de morir. Y pensó también en si los conejos podrían hallar el menor vestigio de yerba qué comer.

Ya no pudo salir al aire libre. Por muchos meses casi no salió de su cuarto, sino que se quedaba sentado en un sillón, o andando de un lado al otro con pasos lentos, pensando. Nadie podría imaginarse lo que le pasó durante su prisión. Aún era lo bastante jóven para gozar de la vida. Ni carecía de la voluntad y del deseo de hacerlo. Pero con sólo la escarcha, o un cambio así en la temperatura, se veía reducido a sentarse en su cuarto, cavilando. En esas ocasiones su mujer guardaba en la alacena la poca fruta que hubiera comprado para los niños. De no hacerlo, él tomaría las pocas manzanas y uvas, pobres como eran, poniéndolas ante sí, y se quedaría contemplándolas con tristeza, pues eran recuerdos del sur y del verano. Finalmente, se las comería, con todo y cáscara.

Este hombre, ahora tan flaco y agotado de cuerpo, era, en el verano, una persona completamente distinta, en lo físico y en lo moral. Pero siempre, en el invierno, con sus días obscuros y sus largas noches, parecía sobrecogido con una tristeza infinita. Sufría cambios en el carácter tan violentos e inesperados, como una tempestad del cielo.

Frecuentemente se arrodillaba ante su hijo más pequeño, pidiéndole a Dios que nunca llegara a ser pintor como él. ¡Su hijo debiera abrir

surcos, sembrar y cosechar! ¡No había nada en el mundo como poner semilla en la tierra y con su esfuerzo hacerla fructificar! También, con eso, el muchacho evitaría el abandonar su tierra natal. Porque en vano busca el hombre un hogar cuando se ausenta de la patria que lo vió nacer. La gente no entiende las palabras que habla, no entiende sus miradas ni sus sonrisas. Hasta el cielo es diferente. Las estrellas son otras, desconocidas. Si mira a las flores, las encuentra de otro color; si a los pájaros, tienen otras plumas. Y nunca está la bandera de la patria en las astas.

El pintor notó aterrorizado que el frío aumentaba, y que todo ser viviente parecía morir. Su ventana se abría al bosque y a un camino usado por la gente para ir y venir del pueblo. Ya no había en el bosque hojas que murmuraran en los árboles. Las agujas de los pinos eran como puntas de acero emergiendo de los troncos cubiertos de nieve. Un pobre pajarillo aún tuvo fuerzas para mover sus alitas, y al volar dejaba atrás una estela de vapor. La misma naturaleza no respiraba. No soplaba el más leve viento. Todo estaba quieto y tieso como parafina.

Sonaron unas campanas. Un hombre y una mujer pasaron en un trineo, sobre ellos y el caballo se mecía una nube de vapor, perpetuamente renovada así que avanzaban. Estos dos, pensó el pintor, sin duda nunca han visto un racimo de uvas colgando de la vid, ni las han probado. Sus caras no mostraban ningún disgusto por la temperatura. Viajaban hacia el pueblo, gritando de vez en cuando al caballo, cuando les parecía que no avanzaba suficientemente aprisa. Las miradas del uno y del otro no mostraban ningún asombro del misterio que los rodeaba. No pensaban siquiera en ello, porque eran hijos de la nieve, y habían crecido en ella. Ambos parecían focas, envueltos en sus gruesos abrigos. La barba del hombre brillaba, llena de hielo.

El pobre, helado pintor, vió a su hija jugar fuera, en el patio, cerca de la ventana. Estaba vestida en gruesa ropa de lana que la cubría de pies a cabeza. Bajo los calcetines de pelo de cabra, sólo la endeble suela del zapato la protegía de la nieve. Sus pasos crujían con un sonido desagradable para él, así que ella jugaba con su trineo. Los hombros del pintor temblaban y cerró los ojos como si fuese incapaz de mantenerlos abiertos. Un sudor frío le cubría la frente. La niña le gritó. Alzando su cara sonrosada, le gritó que la cuerda de su trineo se le había roto en dos. El bajó en seguida a atar los cabos nuevamente. No llevaba sombrero, ni ropa gruesa.

—¿No tienes frío?— preguntó la niña.

No, no tenía frío. Sus manos estaban tibias. Sólo el aire helado le hería la garganta, pero no, no tenía frío. Notó que un gran árbol frente a la casa había cambiado de aspecto. Su tronco había re-

ventado. "Es obra del frío", pensó estremeciéndose en cuerpo y alma.

Durante la noche la temperatura varió un poco. El se sentó en la cama ansiosamente imaginándose que la primavera se iniciaba. Pero no, él sabía que el invierno tornaría de nuevo, para durar por mucho tiempo. Sin embargo sentía una esperanza, como un fanal que iluminaba momentáneamente la obscuridad en sus ojos.

El frío fué decreciendo paulatinamente. El agua comenzó a gotear de los techos, y allá, a lo lejos, se oía el crujido del hielo como el crujido de mares inmensos.

El pintor ya caminaba con una esperanza más y más firme en su corazón. El deshielo en el aire era como música para su alma. Era la primavera ritmando en su dorado tambor. Por fin, una noche, oyó granear golpecitos en su ventana. Se incorporó en la cama. ¡Era la lluvia! Se apoderó de él una inmensa alegría. Se vistió violentamente, corrió a su estudio, encendió todas las luces. Su ansia de que llegara el verano rompió en llamarada. Toda su encadenada capacidad se liberó, entregándose esa misma noche al trabajo.

El artista trabajó hasta por la mañana, durmió luego durante una hora, y volvió al trabajo. Una fuerza llegada de no sé dónde, le impulsaba poderosamente.

Nada lo podía detener.

LA CASA QUE ADAN CONSTRUYO

CREO UNA REALIDAD SENCILLA, BRILLANTE DE FELICIDAD. — Y AL DESTRUIRLA, CRUELMENTE EGOISTA, CONOCIO POR PRIMERA VEZ EL PECADO, ESA PALABRA NEGRA.

Por NORMAN MATSON

ACERCANDOSE al día, era un proceso gradual, como el paso entre túneles. Se daba cuenta del palpitar de su corazón, y su estómago temblaba de sorpresa. La tarde, llena de acontecimientos y de gente, le avasallaba. Por fin, despertó completamente, con los ojos cerrados, pensando si era su boca la que había hablado o reído.

Con mucho cuidado, algo fué depositado sobre su mesa; algo que sonó argentinamente, con un sonido claro y suave. Luego oyó y sintió a su joven esposa acostarse junto a él. Debía ser ya tarde. Los muchachos gritaban en el parque.

A su espalda, habló su mujer:

—¿Te duele la cabeza?

—No, no mucho.

—Bebe lo que traje. Tiene hielo.

Abrió un ojo. Bebió. Pensó qué sería lo que estaba bebiendo, así que, como si escuchara, ingirió el resto. Se dejó caer de espaldas para observar dos procesos lentos y agradables; el uno, el remordimiento disolviéndose; el otro, la corriente de tranquila salud que invadía todo su cuerpo.

—Gracias, —dijo, eres un ángel. Yo... !al diablo! Mejor no comienzo con excusas...

—Hablaste mucho, —su voz era clara y fresca, una voz muy jóven, y decía cosas encantadoras.

—¡Sí, ya lo creo!



El ruído de la ciudad nunca había sido tan ensordecedor. Parecía como si retumbara dentro de su cuarto. Sus ideas, particularmente brillantes y definidas, de repente, sin razón alguna, se representaron una casa de campo. Una casa de campo negra por la lluvia de la noche anterior, una casa de campo sin pintar. No una casa de campo cualquiera, sino la Casa de Campo, por así decirlo.

Y eso fué el inicio. Construyó en la mente la imagen del Campo, limpia paz, cielo azul, una colina de suave pendiente. Una realidad sencilla, brillante de felicidad.

Su mujer preguntó prudente:

—¿Estás dormido?

—Estoy imaginando algo. Te diré. . .

Ella se movió un poco:

—Bueno.

—Es acerca de tí y de mí.

—Sí. . .

—Y la casa que vamos a tener.

—Dime.

El sonrió en su almohada.

—Antes que nada, piensa en un gran jardín con barda, y con una puerta blanca de madera enfrente. . .

—La veo. . .

—Algo se mueve al fondo. Es una vela de barco, tan chiquita, que se ve como un pequeño triángulo en el fondo del cielo azul. No se puede ver el desembarcadero, atrás del jardín, porque desciende en colina. ¿Ves? Y los andadores del jardín son blancos, de concha triturada. Son muy blancos, y a los lados hay flores rojas, color de rosa, blancas, amarillas. Cerca de la barda, hay muchos rosales. Pero lo más maravilloso es que a pesar de que sopla mucho viento, y se ven las nubes galopar en el cielo, nada se mueve dentro de nuestro jardín, y las rosas están quietas y perfumadas.

—Qué bonito. ¿Y estoy yo allí?

—Tú estas caminando hacia la puerta, en kimona azul, y miras al suelo, porque quieres arrancar la hierba.

—Sí. . . —él se daba cuenta de que ella sonreía. . . —Y, ¿dónde está la casa?

—Estás de espaldas a ella. Es una linda casa blanca de madera, con una terraza, no por fuera, ves, sino de esas que están a techo, como una cueva dentro del edificio. A un lado está un gran gallinero, reluciente con la lluvia que acaba de caer. De aquí se puede oír el golpe seco de un martillo. Soy yo que estoy construyendo algo.

—¿Qué?

—No sé.

—Sí, dime.

—Es una mesita, una mesita que me llega a la rodilla.

—Entonces he tenido un bebé.

—Sí, ya hace meses. Ella. . .

—¿Ella?





—Ella te sigue, imitándote en lo que haces, mirando a los flores, con sus manecitas regordetas detrás de la espalda. No tiene sombrero, y cuanse se inclina a oler las flores con su naricita arrugada, su cabello, rubio como oro, y sedoso, la cae sobre la mejilla, y ella se lo aparta impaciente con sus deditos abiertos. Su mejilla es redonda y lisa como una ciruela, color de rosa como las flores impresas en su vestidito. Como ella se queda callada, tú le preguntas qué está haciendo.

—Estoy pensando en papá,— dice ella.—Creo que lo voy a visitar.

—Tu papá está ocupado, —le dices. Y en este momento ella se aleja corriendo hacia el gallinero.

—No, por favor.

—Sí, ella se va. Y aunque la llamas, ella sigue corriendo. Y en ese momento su papá abre las puertas del gallinero, y sale.

Se dió cuenta del mundo cristalino que estaba imaginando, y sintió su peso. Repentinamente quiso alejarse de él.

—¿Y luego?— preguntó su mujer.

—No sé.

—Claro que sí sabes. Por favor.

—No, eso es todo. Ya es el fin. —Se sentía enfermo.

—Pero debes decirme más, —insistió ella.

Como aborto de una bruja, el resentimiento floreció en él. He aquí que le había dado exactamente la casa que ella quisiera tener, con jardín, —no que supiera ella nada de jardines y cosas sobre el estilo,— y no estaba satisfecha. ¿No era bastante?

Pero ella insistía.

—Bueno, la nena está ocupadísima cortando flores para su papá, tan ocupada, que se pone roja del esfuerzo, pero el ramo de flores es de esos que hacen los chamacos, un ramo suelto, maltratado, un montón de flores sin tallo. . .

Su mente se regocijó de la imagen realista. Prosiguió:

—Y cuando tú me muestras lo que has hecho, me sorprende mucho, porque no has estado arrancando yerbas, sino las pequeñas plantitas de las semillas de crisantema que yo sembré. No digo nada, pero alzo a la niña, que comienza a llorar y a patalearme.

Se quedó pensando un momento, contemplando el panorama que había cambiado. Ya el aire olía distinto, y las rosas se mecían con el viento.

—Eso es todo, dijo. —¿Fué un buen cuento?

Después de un largo rato de silencio, se volvió a verla. Las mejillas de su mujer estaban húmedas, sus ojos cerrados. Algo, su corazón, se movió con un espasmo doloroso.

—Lo siento, —dijo.

Pero lamentarlo no era suficiente, ni su perdón, ni, momentos después, su alegre risa.

Esa noche, él le trajo regalos, regalos que la encantaron, pero eran cosas que no podrían nunca reponer lo que había destruído.

La pérdida era completa. Era leve el cambio, pero su vida no sería ya nunca la misma.

Por primera vez conoció el pecado, esa palabra negra.




www.elcuentorevistadeimaginacion.org


el cuento
Revista de Imaginación

EL LLAMADO

A VECES, PARA MORIR BIEN, HACE FALTA LA FRESCURA DE UN ARBOL. — Y AQUEL HOMBRE TUVO EL SUYO, PUES LA HERMANA DE LA CARIDAD SUPO COMPRENDERLO

Por VICTOR JUAN GUILLOT

UNA ancha falja de luz atravesaba oblicuamente la sala, desde la alta ventana hasta el piso, sobre cuyos limpios mosaicos dispersábase la claridad intrusa con la insolencia de un conquistados. El tiempo debía ser radioso allá fuera, como lo es siempre en esos finales de invierno, que suelen lograr tibios y dorados anticipos de primavera. Adivinábase del lado exterior de los vidrios el latido vital de una vibrante atmósfera, océano de aire, que bañaría las cosas en las honduras de sus soleados abismos transparentes.

Marchando suavemente, con ese andar que parece un deslizamiento, la Hermana de Caridad acercóse a una de las dos camas que agotaban la capacidad de la pieza. Al pasar, arrojó una rápida ojeada al gráfico sujeto a los pies del lecho, en los barrotes de hierro del respaldar; con mano ligera aliñó en seguida el desordenado embozo de la sábana, escuchó un instante la respiración corta y acelerada del enfermo y se alejó de nuevo a paso cauto, empleando esa diestra dulzura de movimientos que parece privativa de las enfermeras. Lombardi la siguió con la mirada mortecina e indiferente de los hospitalizados, en cuyas pupilas parece arremansarse la melancolía tediosa de las interminables horas de vigilia solitaria.

Había cerrado los ojos cuando se aproximó la hermana, para sustraerse a las convencionales palabras de aliento que su piedad ya rutinaria vertía indistintamente sobre los convalecientes y los moribundos. Lo irritaban los consuelos, después de dos meses largos de cama que habían disipado en su espíritu hasta la más ligera esperanza de curación. Durante aquel tiempo, había visto sucederse



cuatro personas en el lecho colocado paralelamente al suyo, contra la pared frontera; y sólo una de ellas pudo despedirse de él, dado de alta por fin, marchándose a convalecer en su casa, lejos del ambiente tétrico del hospital. A los otros los habían sacado de noche, mientras él dormía; y no ignoraba Lombardi la significación lúgubre de esas cautelosas traslaciones nocturnas. Ahora, la cama contigua estaba libre otra vez.

—No duraría mucho tiempo así —pensó, sintiendo un sutil estremecimiento de terror ante la idea de que antes de que otro viniera, la suya, quizás, habría quedado también vacante.

Su mirada, pesada y lenta, se paseó ahora por las paredes desoladoramente blancas y el piso oliente a líquidos desinfectantes; a esos mismos olores de formol y éter que saturaban también el aire, mezclados siempre con las emanaciones de carne macerada y dolorida que flotan en el interior de todos los hospitales. Después miró la cascada luminosa que descendía rectamente, como la diagonal de un rectángulo, pasando sobre su cabeza a modo de un leve puente derrumbado en uno de sus extremos.

—Lindo día —se dijo mentalmente—. Lindo día, al cabo de tantas semanas en que la gris claridad de las jornadas lluviosas filtraba su tristeza desde el arbolado patio exterior, o se arrastraba por los fríos pasillos del edificio.

Cansadamente, hizo un cálculo.

—El había entrado... justo, hacía sesenta y ocho días, al principiar el invierno. La primavera debía estar cercana, entonces.

Allá en el fondo de su cerebro repitió lentamente la palabra, silabeándola con pausa, sorprendido por la extraña profundidad que se le revelaba en su sentido: "prima-ve-ra"...

Curioso, lo que le pasaba. Nunca ese vocablo le había dicho nada; y ahora hablaba a su imaginación, con poderosa fuerza evocativa, de vida potente, natural, coloreada y fresca. Le pareció sentir alrededor un ascenso tumultuoso de savias que se precipitaran en un mundo de formas plásticas y sonoras, oreado por largas ráfagas impregnadas de tónicos sabores salinos.

Deseó oirla de nuevo y la murmuró quedamente, en voz tan baja, que pasó como un suspiro por los labios pálidos y resecos: primavera... primavera...

Bien abiertos los ojos hundidos en la profundidad de las cuencas de un rostro demacrado por la consunción, Lombardí contemplaba el tablón luminoso; y por él, su imaginación evadíase de la sala, escapaba del rospital, ardiente como un potro fugitivo, galopando por los anchos espacios que el sol doraba, muy lejos de aquella casa sombría, muy lejos de la ciudad vibrante de ansiedades y dolores, por los campos dilatados en donde había corrido su infancia y madurado su infancia y madurado su mocedad.

Se sofocaba. Abrió la boca en una profunda inspiración que fatigó hasta el dolor sus averiados pulmones. ¡Quién pudiera volver



a respirar aquel aire rico y oloroso como un vino, cargado de silvestres saturaciones, que a estas horas asentaríanse blandamente sobre los temblorosos linares y los interminables maizables de Santa Fe!

Nervioso, cambió de posición; sentíase tan ligero como si los enflaquecidos miembros, inflados de éter imponderable, lo elevaran insensiblemente en el espacio.

Como una obsesión, insistía el recuerdo de la tierra nativa. Por allá, los rastrojos estarían transformándose en praderas cubiertas de finos pastos color verde claro, por donde cantarían las perdices coloradas bajo el solazo de mediodía. Aunque, recordando bien, no era el tiempo. No, no era el tiempo todavía.

El, Lombardi, tenía que saberlo bien, porque vivió en el campo hasta que fuera mozo. Pero el recuerdo de las cosas y de los hechos desvanecíasele en la debilitada memoria, como imágenes huidizas, de sustancia inconsistente y contornos imprecisos.

Fragmentariamente, a modo de aisladas viñetas de un trunco pasado, acudían ciertos recuerdos. Reconocíase en aquel recio mocetón que marchaba detrás del arado, alentando con enérgicas voces, dilatadas sonoramente en el espacio, a la pareja de grandes caballos que cabeceaban lanzando nubes de humo blanquecino por los abiertos ollares. El rocío escarchado entre las hierbas crujía bajo sus pasos y en la tierra, ablandada por lloviznas recientes, hundíase sin esfuerzo la reja reluciente y filosa, abriendo ancho surco que dejaba escapar el hálito cálido y acre de sus entrañas. Las aves revoloteaban en bandada alrededor de su cabeza, abatiéndose con avidez sobre las amelgas de tierra negra y sustanciosa, para levantarse luego, chillando en la disputa de los insectos recogidos entre los terrones.

A la distancia, en las casas, alguien hacía señas con los brazos. Advertíase el llamado saliendo de su boca, pero el grito llegaba mucho más tarde, como un trozo de sonido flotante en el aire que se asentara por fin, fatigado, a sus mismos pies. El aire matinal, todavía frío, le friccionaba el rostro con la aspereza de un puñado de mostaza...

* * *

Incorporóse trabajosamente en la cama, reclinando la descarnada espalda contra las almohadas. Lo asaltaba una desesperada y orgánica urgencia de sentir otra vez contra la cara la ruda comezón del viento mañanero que hace retozar alegremente sus ráfagas sobre los campos. Llevóse una mano hasta el rostro y palpó la pálida piel bajo la sombra sucia de las barbas aborrascadas. ¡Oh! Si pudiera sentir una vez más, sólo una vez más, la fresca caricia del viento libre sobre su mísera carne enferma!

—¿Y por qué no, después de todo? — arguyó en su interior una reanimada esperanza. También podría surarse, como tantos, y volver entre su gente, perdida ya de vista en sus andanzas, para tra-



bajar de nuevo como antes, bajo el sol y en pleno contacto con la naturaleza. Porque, eso sí —prometíase en febril soliloquio—, si escapaba de esa, despediríase para siempre de Buenos Aires. Realmente, asombrábale ahora la fascinación que lo atrajo irresistiblemente hasta la gran ciudad. Le parecían tan pobres, tan despreciables, aquellas aspiraciones que lo fueron alejando de lo suyo, de la tierra campesina, para incorporarlo a la falange desesperada de los que se debaten en el ambiente inhóspito de la urbe populosa y egoísta. La verdad, él había soñado con muchas cosas y acariciado múltiples ilusiones. ¿Para qué?

La claridad disminuída insensiblemente y leve penumbra iba atenuando la agresividad de aquella blancura aséptica que lo rodeaba. Afuera, el sol aún estaría alto y la tarde iría cobrando esa serenidad que anuncia la silenciosa aproximación del crepúsculo. A lo sumo, debajo de los árboles, la sombra haríase más fresca y en las ramas empezaría a bullir la impaciencia de los pájaros que se aprestan para la velada nocturna.

Siempre le habían gustado los árboles — pensaba ahora Lombardi. No era un hombre culto pero sentía hondamente la sugestión del paisaje arbolado, cuya serena belleza esparcía en su sensibilidad como una callada fluencia de sutiles emociones. Cuando muchacho, placíale tenderse bajo la umbría del ramaje frondoso, fijos los ojos en la clara bóveda del firmamento, escuchando esos rumores misteriosos con que la vida se manifiesta en el cuerpo armonioso del árbol.

Al fondo de la chacra paterna, en los linderos del cuadro de pastoreo, había una isleta compacta de talas y chañares. En el centro, como un jefe entre sus tropas, erguía un jacarandá foráneo su arrogante silueta cuajada de corolas azules. Era un refugio escondidoo y sombrío, sobre cuyo suelo herboso el sol, filtrado por el follaje, estampaba innumerables arabescos de luz. De vez en cuando, como leves burgujas de bruma, la sombra fugitiva de un pájaro proyectaba desde la altura. A lo lejos, bordeando el alambrado, una fila de álamos piramidales empinaba sus temblorosas agujas.

Tumbado en los pastos, masticando un jugoso cogollo, él dejaba correr las horas, soñando en cosas extravagantes, lánguido el cuerpo y adormecidos los sentidos bajo la caricia tibia y frgante de la atmósfera. Arriba, los árboles crujían suavemente o dejaban resbalar entre sus hojas un lento susurro confidencial. Las junturas de las grandes ramas chasqueaban como las maderas de un barco filando sobre las aguas. Era un ruidito seco y corto como un lenguaje monosilábico: ¡chqt!, chqt! Habla de sombre, cortada y parentoria. La réplica del follaje descendía como un sedoso deslizamiento del aire a través de finas láminas y vibrantes peciolos: ¡flsss!, ¡flsss!. . . A veces, alargábase en una suspirada emisión, recatada e insinuante, como un llamado de mujer: ¡flflzzzz!, ¡flflzzzz!

Seguramente, allá fuera, en los árboles del patio, también dialogaban quedamente los gruesos tallos y las vibrátiles ramas hojo-



sas. Los unos, revestidos de rugosas cortezas, articularían su varonil ¡chqt!, ¡chqt!... Las otras modulaban la indecisa respuesta en el tímido cuchicheo de su aérea fronda: ¡flsss!, ¡flsss!

Interrumpió de golpe sus imaginerías. Decididamente, debía haberle subido la fiebre. Sentía pesar sobre él un ambiente caliginoso y ardiente. Al mismo tiempo experimentaba la sensación de que la enflaquecida piel que le cubría los huesos, estaba hinchada y densa como una edematía. En la sala iba anocheciendo gradualmente; ya la franja de claridad era sólo un resplandor dorado que se dispersaba desde los vidrios.

Dejóse caer sobre la cama, ansioso de una frescura que le negaban también las ropas calientes y húmedas por los trasudores de la fiebre.

Entretanto —pensó otra vez— el aire tibio correría por sobre los campos enverdecidos y la tierra vestiría su fertilidad en las mil formas vegetales de la vida. Correría el agua clara y elástica por los arroyos lejanos, el sol poniente prendería rojizas luces en los flancos de los cerros y la caída de la tarde iría embozando en silenciosa sombra las copas solemnes de la arboleda.

Urgente y desesperado, retornó de nuevo el anhelo. ¡Ver una vez más, oler una vez más, hundirse una vez más en aquella naturaleza silvestre de sus días infantiles! Era seguro que se moría; pero no quería morirse sin sentir otra vez, la última, sus manos y su cara, todo el cuerpo desnudo, frotados por la fronda suave y fresca de un ramaje; sin llenarse los pulmones con las profundas respiraciones del monte virgen, sin sentir en la cabeza la húmeda unción del relente nocturno sobre las tierras labradas. ¡Si pudiera verse libre de aquel eterno y repugnante olor a formol y éter que se le adhería a las paredes internas de la boca y las narices, saturando su carne con pregustos de muerte!...

* * *

Nuevamente apareció la hermana y se acercó en silencio a la cama. Algo raro debió advertir en el enfermo, porque volvió a salir con prisa, no tardando en regresar acompañada del interno de guardia. Hundido en ese sopor siniestro que el crepúsculo deja caer sobre los moribundos, atisbándolos como a cosa desconocida y extraña. Lombardi los escuchó cambiar algunas palabras en voz baja. Ante las instancias de la hermana, el practicante se encogió de hombros, retirándose en seguida a grandes pasos, con la expresión de quien deja tras de sí una solución definitiva.

¿Entraba la bruma vespertina por la ventana o era que la tiniebla de la muerte empezaba a condenarse frente a sus ojos? No lo sabía Lombardi; ni le interesaba. ¿Se moría? Bueno. Allá en lo profundo de su conciencia insinuábase la vaga noción de que alguien íbase extinguiendo. De todos modos, la cosa era igual.



Todo el resto de su vitalidad exhausta parecía concentrarse, como la energía de una mano desesperada en el objeto que empuña, en el anhelado pensamiento: ver un árbol..., un árbol.

A su lado, la monja pasaba las cuentas del rosario, mientras su boca repetía las palabras rituales de la plegaria. Era una mujer vieja y pálida que había rezado junto a la cama de innumerables agonizantes.

Con los ojos bien abiertos, Lombardi miraba delante de sí; su vista se extendía más allá de la hermana, franqueaba los muros de la habitación, abarcando dilatados espacios por donde corrían espumosos regatos entre frondosas masas vegetales calentadas por la dorada claridad solar.

—Un árbol... Un árbol...

La hermana notó el movimiento de los labios y los humedeció con un trozo de algodón empapado en agua. Los labios seguían murmurando algo inaudible. Ella creyó necesaria una palabra de consuelo. Tenía experiencia de esas cosas y no creía llegado el momento supremo todavía:

—Valor, hijito; ¿necesita algo?

El hombre dejó caer los párpados en leve signo afirmativo.

—¿Necesita algo?

Y encorvándose sobre la cama, la monja pegó su oído a la boca del enfermo; la gran cruz de cobre del rosario reposó por un instante sobre el pecho de Lombardi. Hizo éste un esfuerzo y musitó, en una espiración apenas perceptible:

—Un árbol..., un árbol...

La hermana se incorporó, perpleja. El delirio de la fiebre, sin duda. Con todo, era raro.

Y lo miró otra vez, lleno de piedad su arrugado rostro de virgen envejecida. En los ojos del enfermo había tal expresión de trágica ansiedad que la conmovió hasta lo más íntimo.

Entretanto los labios se movían siempre. Ella leía claramente las palabras en la boca descolorida. Después de todo —se dijo—, aquello sería un alivio para el infeliz. En el patio había tantas plantas...

Arastrando con presteza las anchas faldas, salió de la sala. Había oscurecido completamente. Al pasar, hizo girar el interruptor de la luz.

Lombardi cerró los ojos, herido por la cruda claridad que se les volcó encima bruscamente. Reclinada la cabeza en la almohada, acentuaba sus aristas la lúgubre flacura del rostro y el cuello. Sus labios continuaban moviéndose tenuemente. Adivinábase que el último anhelo iba escapando por ellos con la vida.

Una fragante frescura vegetal invadió súbitamente la sala, difundiéndose en imponderables ondas que cubrieron y desplazaron las químicas emanaciones de farmacopea. Llevando en los brazos una mata entera, avanzó la hermana desde la puerta, aproximándo-



se al lecho con gozosa diligencia. Las raíces de la planta estaban todavía cargadas de húmeda tierra y las verdes hojas agrupábanse densamente en los tallos coronados de aromadas inflorecencias. A su paso, la pieza llenábase de silvestres olores, como si alguien hubiera abierto una gran ventana al viento errante de la floresta.

—Tome, hijito.

Con maternal ternura, como quien deja un niño pequeño en la cuana, la hermana depositó el arbusto al costado del enfermo, sobre el descarnado brazo extendido a lo largo del cuerpo. Lombardi abrió los ojos. Las frondosas ramas bañábanle la macilenta cara con sus jugosas lozanían de planta. Aspiró largamente, como si sorbiera toda la naturaleza. Resbaló una mano, torpe ya, por sobre las hojas, a manera de una ansiosa caricia de bienvenida. Bien sabía él que habría de curar y volver a los campos... A dormitar dulcemente bajo los árboles... La reja del arado abría la tierra tierna que ofrecía sus entrañas a la fecunda luz solar... Allá abajo, alguien lanzaba un llamado que flotaba en el espacio como un trozo invisible de sonido. Una ráfaga fresca soplaba desde el monte inmediato...

De rodillas al lado de la cama, la hermana pasaba las cuentas del rosario.

* * *

EL HUESPED

OCHO PERSONAJES DE BARBARA FUERZA HUMANA, FRENTE A UNO SOMBRIO, DEBIL, COBARDE..... PERO EL CUENTO TERMINA, PORQUE EL HUESPED NO RESISTE LLEGAR A LOS POSTRES.

Por LUIGI PIRANDELLO

SERA bastante?

Las tres hermanas Borgianni, Santa, Lisa y Angélica, se veían unas a otras con miradas interrogativas. Por tres días se habían atareado preparando el opíparo banquete.

Santa, la menor, era más alta que Angélica, y ésta más alta que Lisa, la mayor. Las tres, fornidas y bien dadas, rivalizaban con sus hermanos, que eran de estatura gigantesca y de configuración hercúlea.

"¡La familia Borgianni; ocho columnas!", como el hermano menor. Mauro, gustaba de exclamar:

Tres hermanas y cinco hermanos: Rosario, Nicolás, Titto, Lucas y Mauro, en orden cronológico.

Rosario y Nicolás trabajaban en el campo; Titto se encargaba de una planta de azufre cerca de Aragona; y Lucas era contratista de obras públicas en toda la región.

Mauro era un apasionado de la caza, la cacería era su única ocupación.

Rosario Borgianni tenía fama de carácter violento, se volvía una fiera cuando se enojaba. Contaban que había sido el protagonista de las más descabelladas aventuras en los días terribles de los contrabandistas; pero, naturalmente, con el tiempo, estos cuentos se habían ido elaborando de tal manera, que Rosario se había vuelto una figura legendaria.

Una de sus hazañas más célebres fué la vez en que había desafiado a doce de los más sanguinarios bandidos y acabó con ellos en su Santiamén. ¡Un tanto exagerado! La verdad del asunto era que habían sido cuatro los bandidos; mató a dos cerca de su casa y, a los otros dos, por el camino que va de Aragona a Comitini.

También se contaban anécdotas divertidas de Mauro.

Un día, andando de caza, se cayó de la cima del Monte delle Forche y botó, como una pelota, tres veces sobre tres rocas y, cada vez, agitando su escopeta en el aire, exclamaba: "¡Qué bueno que soy bailarín!"

Los únicos daños y perjuicios que resultaron de este memorable suceso fueron la fractura de la pierna derecha y un ligero choque cerebral, aunque esto no dejó huella notable.

En otra de sus excursiones, divisó tres o cuatro gorriones posados sobre unas vacas que, sin cuidado, rumiaban en un pasto.

Se agazapó y, sin hacer el menor ruido, se fué acercando a gatas; apenas llegó a buena distancia para tirarles —¡zas!— les hizo fuego.

Al mismo instante, ¡quién había de saltar de una cerca, sino el infeliz pastor!

—¡Alto! —ordenó Mauro con voz estentórea—. ¡Si das otro paso, te mando muy lejos!

Pero, señor Mauro, mi ganado...

—¿Qué no sabes, grandísimo tonto, que donde quiera que veo caza disparo?

—¿Aunque esté sobre las espaldas de mis vacas?

—Sí, aunque estuviera sobre la cabeza del Niño Dios, si tomo al Espíritu Santo por un pichón.

* * *

Uno pensaría que se preparaba un gran comelitón para treinta invitados, cuando menos; pero era solamente para uno y todavía ignorábase quién podría ser. Lo único que sabían era que llegaba a Comitini al día siguiente y que este agasajo se le debía por haber amparado a su hermano Lucas, el contratista, durante las dos semanas que permaneció oculto.

¿Por homicidio? Sí... mejor dicho, no; pero algo parecido. Sucedió de esta manera: Lucas Borgianni tenía el contrato para la construcción de la carretera entre Favara y Naro. Una tarde, después de la jornada, regresaba a su hogar, a caballo, cuando vió sobre la carretera, que iluminaba ya la luna, una sombra sospechosa. No cabía duda, allí estaba un individuo encapuchado. Afortunadamente, Lucas lo había visto a tiempo, o más bien, distinguido un capuchón. El pillo debería estar agazapado para evitar que le diera la luz de la luna que apenas aparecía tras la colina, a la izquierda.

—¿Quién vive?

Nadie respondió. Clic-clic; Lucas preparó su rifle para mayor seguridad. Un grillo comenzó su concierto nocturno. Volvió a en frenar su caballo.





—¿Quién vive?

Silencio. El grillo seguía su canturreo.

—Contaré tres —advirtió Lucas, poniéndose pálido—. Si no contesta, persígnese. Uno. . .

La figura ensombrecida no se movió.

—Dos. . .

La sombra permanecía inmóvil. El silencio no se rompía más que con el chirrido del grillo.

—Tres. . .

Se oyó un disparo. Algo saltó en el aire y Lucas huyó a todo galope.

Sus hermanos salieron a su encuentro, cuando llegó a la casa, lívido y jadeante.

—Escóndanme, escóndanme. . .

—¿Por qué, a quién has herido?

—No. . . no. . . lo he matado. . .

—¿Matado?. . . ¿A quién?

Sus hermanos lo llevaron casi en peso al sótano, mientras se aclaraba el asunto. Entretanto, salió Mauro para ver si no se había armado algún escándalo por el asesinato. Rosario y Nicolás esperaron con ansia, allí en el sótano, a que Lucas estuviera en condiciones para ser trasladado a un escondite más seguro; ya habían pensado en su lugar cerca de sus padrinos, en Comitini, adonde debería partir, a caballo, esa misma noche. Titto, armado hasta los dientes, salió al sitio descrito por su hermano, para ver de qué se trataba. Por fin, Lucas estaba listo para hacer el viaje; pero al siguiente día, al amanecer, apareció Titto.

—¿Qué pasó?

—¡Nada! No encontré más que una capa y un capuchón sobre el suelo. El hombre se ha de haber escapado, dejando su capa bien balaceada. ¡Lucas tira como un demonio!; pero debió haberlo herido a muerte, juzgando por la capa. Pero no comprendo: dos agujerotes en el capuchón. . . Las balas deben haberle pasado por la cabeza. . . Entonces. . . ¿Cómo explicarse uno?

Pasaron tres días en angustiosa espera. Pero nadie en las cercanías supo dar razón del suceso; los vecinos no habían tenido noticia de que alguien hubiera sido herido, ni sabían de ninguna muerte violenta.

Hasta después de diez y seis días, para ser exactos, se supo lo acontecido. Un campesino, que trabajaba en las cercanías, había hecho uso de una mohonera para colgar su capa y su capuchón; pero al terminar la jornada, se olvidó de ellos, dejándolos allí. Esta roca cubierta era lo que Lucas tomó por un asaltante.

* * *

Ahora, he aquí el comelitón listo desde la noche anterior, luciendo sobre una enorme mesa en medio del comedor: las rosadas



carnes de un lechón, criado con esmero, jugoso y bien sazonado, relleno de macarrón y listo para hornearse; seis liebres adornadas con perdices, que había cazado Mauro; dos soberbios pavos, menudo y salchichas, patas de ternera en jelatina, un imponente pescado en escabeche, un inmenso pastel, todo un regimiento de botellones repletos de ricos y añejos vinos, y un sin fin de varias frutas.

—¿Será bastante o no será?

Titto dijo que sí, Mauro que no; luego hicieron cuentas.

Somos ocho y el huésped nueve, con el mozo y la criada once. Dios mío!, cada uno de nosotros comemos por cuatro y... y...

—No se apure —dijo Titto—, nuestro huésped no se quedará con hambre.

Esta conversación se oía a la medianoche, alrededor de la mesa, porque los hermanos, los siete, guiados por el mismo impulso, habíanse levantado de la cama para ver cómo quedaba la mesa arreglada; entraron, uno por uno, como duendes, con sus blancos camisones, cada cual con una vela en la mano. Se había entablado una disputa entre Titto y Mauro; éste lo amenazó con una pata de liebre y el otro se le fué encima.

—¡Una serenata, una serenata!— exclamó Angélica, oportunamente, porque su oído había captado las notas de unas mandolinas y una guitarra.

En efecto, se acercaba la música de una serenata callejera.

—¡Una mazurka, una mazurka!, aplaudió Santa al mismo tiempo. Cogió a su hermana del brazo, y las dos figuras, extrañas por sus largos camisones, empezaron a bailar.

Los otros siguieron el ejemplo. Lisa tomó a Titto, Rosario se emparejó con Nicolás, mientras Mauro, sin compañera, riéndose de buena gana, comenzó a hacer cabriolas con una liebre, cuyas orejas se agitaban al compás de la música.

* * *

Entre los besos, abrazos, preguntas, que le llovieron al hermano que llegaba (la columna más imponente de la familia), nadie se fijó en un hombrecito de edad incierta, cubierta la cabeza con un sombrero negro de descomunales proporciones, sumido hasta el cogote y sostenido de los lados por las orejas que se doblaban bajo el peso abrumador. El pobrecito parecía conmovido con la demostración de afecto por parte de las 8 columnas, que ni siquiera le habían dirigido una ojeada, y se sentía fuera de lugar, pues era tan chaparro que (con todo y sombrero) no le llegaba al hombro a Lisa, a pesar de ser ésta la más baja de las tres hermanas.

—¡Ah!, un momento, un momento. Déjenme presentarles a don Diego Filina, conocido por todos como Schiribillo.

Por fin, Lucas se había acordado del huésped y sonrió, mientras le puso una mano protectora sobre el hombro.



—¡Cielo santo!, ¡qué chaparrito es! —exclamaron las tres en coro, al posar sus ojos sobre el diminuto personaje—. ¿Conque Schiribillo?

—Un apodo, un apodo, señoritas. Y don Diego se quitó su sombrerazo, sonriendo humilde y confuso.

Sus miradas se tornaron compasivas al verlo sin sombrero, ni un solo pelo en el cráneo apiloncillado, reluciente con la luz.

No sabían ni qué decir. ¡Y pensar que éste era el anticipado huésped! ¡Ah, si lo hubieran sabido antes!

—¿Por qué llora usted así? —le preguntó Angélica, después de una prolongada inspección, mezcla de compasión y náusea en su mirada.

—¿Estás llorando? — Lucas dió media vuelta, se agachó para ver al diminuto huésped, cara a cara.

—No, no estoy llorando —contestó don Diego, tapándose el ojo derecho con un paliacate—. Es que en el camino se me metió una basura en el ojo; pero, no estoy llorando. . .

—¡Ah!, y la asamblea de colosos quedó satisfecha.

Don Diego se dió maña para trasladar el paliacate de los ojos a la nariz.

—Sería bueno que se quitara el abrigo sugirió Santa.

—No, no. . . por favor, !mejor me lo dejo puesto! ¡Dios me ibre! Una vez que comienzo a estornudar no hay quien me detenga. . . Siempre conservo puesto mi abrigo. Y suspiró, sí, sí, un par de veces, de modo de romper el silencio embarazoso que había caído sobre la reunión, y no cesaba de frotarse las manecitas, mientras clavaba la mirada en el suelo.

Parecía que nadie podía romper el silencio; todos estaban perplejos y su perplejidad crecía de momento a momento.

—Estamos grandemente obligados con Don Schiribillo —dijo al fin, Lucas— por el favor que nos ha hecho y por la finura con que me trató durante mi estancia en Comitini.

—Le damos las gracias de todo corazón —dijo Rosario, extendiéndole la mano a don Diego—. ¿Cómo dijo que se llamaba Schiribillo?

—No, si tuviera la amabilidad, Filinia, me llamo Filinia —replicó con humilde sonrisa.

—Recuerde que nuestra casa es la suya —añadió Nicolás, también estrechándole la mano, mientras veía a sus otros hermanos, como diciendo: "ya ven lo que estoy haciendo, estaría bien que hicieran lo mismo"—. Titto y Mauro, uno tras otro, siguieron el ejemplo y dieron las gracias; cada uno dió un paso militar adelante y, con un cumplimiento verbal, apretaron fuertemente la mano a don Diego. El pobre no podía decir más que "Por favor. . . por favor. . . les pido. . .

Sólo no fué posible hacer que las tres hermanas decepcionadas le dieran la misma bienvenida.

Algo se dijo sobre el suceso que había originado el ocultamiento de Lucas.

—¡Cómo, una piedra! —dijo indignado—. ¡Les digo que era un hombre de carne y hueso que estaba en acecho! Y cuando hice fuego, oí un grito, sí, con mis propios oídos... Quisiera saber quienes son los bromistas que empezaron ese cuento. Yo les enseñaría a burlarse a espaldas de Lucas Borgianni.

—¡Basta, basta! —dijo Rosario—. Ya te dije quién había sido. Vamos a olvidarlo. Ahora, no mas pensemos en divertirnos.

Don Diego aprobó con una inclinación de cabeza, no porque pensara divertirse, ¡pobre hombre! entre estos ocho gigantes, sino sencillamente porque estaba en contra de los argumentos.

Mientras esperaban la hora de la cena, Rosario y Nicolás conversaban con el huésped sobre asuntos campesinos, de las buenas y malas cosechas. Don Diego, con la manera humilde tan propia de su persona, siempre decía de las cosas que "estaban en manos de Dios"; pero esta excesiva sumisión, chocó al fin a Nicolás y lo hizo violentarse.

—¡Qué manos de Dios, ni qué ocho cuartos! ¡Aquí en la tierra, lo que queremos son unos cuantos hombrotes bien dados! No más mire estos, Schiribillo... Y estirando el brazo con el puño cerrado, mostró sus músculos hercúleos, como si cada año bastara darle a la tierra unos golpes con el puño, para hacerla rendir lo que debiera.

—Y mire éstos, aunque estén ya viejos y gastados —dijo Rosario, mostrando en seguida su brazo.

Luego Titto y Mauro, no queriendo quedarse sin lucir los suyos, también se remangaron las camisas; el pobre don Diego, con una triste sonrisa, los miraba agobiado de congoja.

—Ya veo, ya veo...

—Tiente, tiente, hombre, le ordenaron los hermanos Borgianni.

Y el buen hombre, con una mano temblorosa, tentó los músculos, mientras con la otra se ponía el paliacate en la nariz, de puro miedo.

—Está servida la mesa —anunció Santa, en tono placentero, interrumpiendo la conversación.

—¡La comida! Schiribillo —gritó Mauro—. Deje todo por nuestra cuenta, ya verá cómo crece un poco. Comerá tanto, que no podrá salir por la puerta. Lo despediremos por la ventana, bien barrigón.

—Soy de poco apetito —aventuró don Diego, pensando ser atinado.

—¿Dónde se sienta el huésped? — preguntó Titto a sus hermanas a **sotto voce.**

—Entre Rosario y Lisa —sugirió Mauro—; pero Lisa se opuso. Nosotras las damas nos sentaremos juntas.

Así es que don Diego se sentó entre Rosario y Nicolás. No acababan de sentarse los 8 Borgianni, cuando empezaron a servirse copas desbordantes de vino.



—Así nos persignamos — explicaron a su huésped que los contemplaba con asombro, y en un abrir y cerrar de ojos, dieron fin a sendas copas.

—¿Qué le pasa, don Diego, no toma?

—No acostumbro tomar antes de de la comida, fué su tímida respuesta.

—Tómelo —insistió Mauro— es muy buen aperitivo. Y obligó a don Diego a que cogiera una copa. Por cortesía, éste tomó un pequeño sorbo.

—Acábeselo, tómelo todo — insistieron los ocho.

—No puedo, gracias, no puedo.

Mauro se levantó de un salto. Yo lo haré entrar en razón. Y tomando un garrafón en una mano y la cabeza de don Diego en la otra, exclamó: "Déjeme ayudarle", y se lo vació en la boca, a pesar de los esfuerzos y contorsiones que hacía el infeliz.

—¡Dios mío! — sollozó el desgraciado, brincando de su silla. Estaba medio sofocado, con los ojos llenos de lágrimas. ¡Dios mío!... y se limpiaba el sudor de la frente, mientras la despiadada concurrencia prorrumpió en carcajadas.

Trajeron el lechón relleno y Rosario hizo los honores, sirviéndole a don Diego el trozo más suculento.

—Es mucho, es mucho —murmuró éste, deteniendo su plato.

—Cómo que es mucho —exclamó Nicolás— todavía ni empezamos.

—La mitad de eso, por favor —suplicó don Diego—; es imposible, soy muy moderado...

—Usted será parco, ¡pero esto es puerco! Cómaselo.

Y Mauro hizo como que se levantaba de su silla. El huésped aterrorizado, inclinó la cabeza sobre el plato y empezó a comer, lo más discretamente posible.

La primera parte del banquete transcurrió en silencio, interrumpido solamente cuando el huésped, con disimulo, intentaba soltar el tenedor.

—¡Cómalo, cómalo! —los colosos volvían a ordenarle—, hasta el último bocado, ¡cómalo!

—Ahora sí ya no puedo materialmente con otro bocado —protestó don Diego— cuando por fin había terminado su porción, y lanzó un suspiro de alivio. He comido por diez hombres.

—¿Qué está diciendo? Y Mauro le arrebató la palabra, todavía ni comenzamos...

—¡Ah!, está muy bien para Uds. —dijo con amable sonrisa.— Ustedes tienen gran capacidad, Dios los bendiga, lo digo solamente por mí.

—¿Y qué se está usted creyendo que somos? —dijo Titto, frunciendo el entrecejo con gesto amenazante—. ¿Piensa usted que traemos invitados a nuestra casa para que estén de melindrosos? Siéntese en paz y coma; cumpla con su obligación. Tendremos que insistir en eso.





—Pero si no quise ofenderlos. Don Diego se apresuró a disculparse, solamente decía que yo...

—Usted nada más coma —le interrumpió Rosario.— Aquí está lo que cazó Mauro, ¡una liebre y cinco perdices! Don Diego estaba horrorizado.

—Se ha equivocado mi buen señor sobre mi apetito. Escúcheme un momento, por favor. Cómo piensa que yo...

—Déjese de charlas, déjese de charlas —dijo Nicolás, con impaciencia.

—Pero mírenme siquiera una vez... ¿Ustedes creen que es posible? ¿Dónde puede caberme tanto? ¿Qué no van a permitir que deje el pellejo?

—¿Cuál pellejo? No va usted a dejar nada, esta liebre no tiene ningún pellejo.

—¡Digo el mío, el mío! ¿Dónde voy a dar cabida a una liebre?

—¡Pues le hemos apartado cinco perdices!

—¡Cinco perdices, además! Sólo comeré lo que tengo, con eso me basta —replicó don Diego.

—¡Andele! —estalló Mauro, agitando una pata de liebre—. Yo mismo vine cargando con esa caza. Expuse mis huesos por su culpa. Si no lo come todo, lo tomaré como insulto personal.

—Pero no se enoje, no se enoje, por Dios; haré lo posible. Y no hubo más remedio, el huésped resignado, se encomendó a la merced de Dios.

Mientras comía, el sudor brotaba de su frente. Cuando alzó los ojos, vió que los ocho demonios, como escapados del infierno, no cesaban de angullir vino, vino y más vino.

—¡Qué Cristo me auxilie! —lamentó entre dientes.

La comida parecía interminable. Don Diego hubiera querido dar de gritos, revolcarse en el suelo desesperado, rasguñarse la cara, morderse los labios, como maniático. ¿Qué clase de martirio era este? ¡Nerones... eso eran, unos Nerones!

Pero ya no tenía la fuerza de voluntad suficiente para rechazar su plato.

Montañas de cuchillos, tenedores, garrafones, botellas, se alzaban ante sus ojos, zumbaban sus oídos, sentía los párpados pesados, los ojos se le cerraban, mientras los ocho Gargantúas gritaban, gesticulaban como furias, rebotando en las sillas, derramando imprecaciones a diestro y siniestro.

Si don Diego trataba de hacer a un lado su plato, murmurando ya no puedo más, los ocho gigantes se levantaban en masa, con cuchillo en mano y los dos más cercanos lo amenazaban con degollarlo, vociferando: Coma, don Minchione. Es por usted por quien hemos hecho este gasto.

Ya el pobre hombre no era de este mundo... cuando, con los ojos entreabiertos, vió aparecer sobre la mesa algo que se le figu-



ró una enorme piedra de afilar; fué entonces cuando hizo un vano esfuerzo por emprender la fuga. ¡Dios mío!, me han atado a la silla! Y púsose a llorar como un niño.

No lo habían atado, pero así le parecía al infeliz huésped.

Rosario, cuchillo en mano, se puso en pie, irguiéndose hasta no poder más, y don Diego, con la vista turbada, se imaginó que su cabeza topaba con el techo y que tenía en la mano una hacha de verdugo.

—La mitad, don Diego —rugió Rosario, dividiendo de una cuchillada el enorme pastel, que era lo que el pobre diablo había tomado por la piedra.

—Y la otra mitad para los vecinos — propuso Angélica.

—Y nosotros —protestó Mauro.— ¿A nosotros no nos toca nada? Yo no me quedo sin lo que me corresponde.

Lucas se paró para hacer segunda a la proposición de Angélica.

—¡Para los vecinos —vociferó— para los vecinos!

—Pues primero tomaré lo mío, gústeles o no. — Y Mauro se abalanzó sobre el pastel; pero Lucas se lo arrebató, y seguido de toda la familia, jalando, arrastrando, gritando a todo pulmón, llegó a la ventana para arrojar el pastel. Siguió una lucha desenfrenada; los hermanos y hermanas, tirándose de los cabellos, rugiendo, golpeándose, cacheteándose, volteando sillas, botellas, platos, vasos, haciendo añicos todo y derramando el vino sobre el mantel; un verdadero pandemonio.

—Rosario brincó sobre una silla y gritó con voz estruendosa:

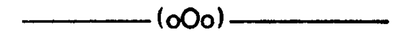
—¡Qué vergüenza... qué desorden... acuérdense que tenemos visita!

A esta elocuente exhortación, las ocho furias, como por encanto, se apaciguaron. Voltearon a ver al huésped. Pero, ¿adónde estaba? ¿Dónde se había escondido?

Sobre la silla estaba su capa, debajo de la mesa sus zapatos. El desventurado se había escapado descalzo, para así correr más aprisa.

Pues, a pesar de todo, decían los Borgiannis más tarde, cuando habían reparado los estragos de la batalla, a pesar de todo, no quedamos tan mal con el huésped.

—Sí, todo estuvo muy bien —afirmó Mauro—; pero no se esperó a la fruta.



EL CASO FINAL DE Mr. TRENT

Por

E. C. BENTLEY

(CONCLUSION)



E. C. BENTLEY

E. C. Bentley nunca escribió más que una novela policíaca, cuya primera parte fué publicada en el número anterior, y la conclusión en éste. Numerosos amigos suyos, entusiasmados por el éxito que dicha novela obtuvo en el mundo de habla inglesa, le sugirieron la conveniencia de que escribiera otras, a lo que el autor respondió modestamente: "No podría escribir una mejor". En efecto, "El Caso Final de Mr. Trent" en un clásico de la literatura detectivesca. En la página de enfrente encontrará usted el resumen de lo publicado en el número anterior. Traducción de Amendolla.



RESUMEN DE LO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR

Sigsbee Manderson, el amo de los negocios en Wall Street, muere misteriosamente, de un balazo, provocando el pánico financiero en multitud de grandes empresas de todo el mundo. Manderson era el odiado amo de las finanzas. Era frío, certero, audaz y miles de gentes arruinadas por sus manejos, maldecían su nombre. Cuando él murió, mucha gente arruinada optó por suicidarse.

Sir James Molloy, Director Gerente y Director Jefe, respectivamente, de los grandes diarios "Record" y "Sun," fué el primer periodista en recibir la noticia, por teléfono, de boca de Calvin Bunner, el brazo derecho de Manderson. Inmediatamente telefoneó al corresponsal más cercano al lugar del suceso, para que se trasladara allí, al mismo tiempo que ordenaba la redacción de la noticia y su publicación en primera plana con la simple cabeza: "SIGSBEE MANDERSON FUE ASESINADO". En seguida, habló por teléfono al pintor, y detective aficionado, Mr. Philip Trent, convenciéndolo que fuera a Bishopbridge, el lugar del crímen, a investigarlo.

Trent, al llegar a Bishopbridge, se encuentra, antes que a nadie, con Mr. Nathaniel Burton Cúpples, tío de la esposa del banquero asesinado. Charlan del caso, comentan la rara situación en que el cadáver fué encontrado: completamente vestido, como si fuera a salir a algún lado, cuando que, según se presumía, el asesinato se había verificado en la madrugada, a la hora en que todo el mundo creía que Manderson estaba dormido en su cuarto. Además, había varias cosas raras en su modo de vestir, como si se hubiese levantado a gran prisa, hasta olvidando el ponerse la dentadura postiza, y colocando el reloj en el bolsillo equivocado. Por otra parte, estaba cuidadosamente peinado y limpio, como si se hubiese vestido con gran calma. Tenía unas ligeras escoriaciones en las muñecas, y el balazo que lo había matado. Eso era todo.

Poco después, narra Cupples que él estuvo allí días antes a tratar de avenir a los esposos Manderson, que últimamente estaban sumamente reservados el uno con el otro, y él, en interés de su sobrina, había querido saber de Manderson la razón de su frialdad. Manderson le había replicado en tono violento, en el hotel donde Cupples se hospedaba, y se había cruzado palabras fuertes y hasta amenazas. Después, Manderson había sido asesinado, y Cupples permanecía para ayudar a su sobrina. Mabel, la esposa de Manderson, no amaba a su marido, según confesión de Cupples, y todo el mundo estaba alegre de que el banquero hubiese muerto.

Trent se dirige a la casa de Manderson, y, antes de entrar examina el jardín. Está ocupado en eso, cuando se le acerca un jóven de ánimo alterado, sumamente pálido y nervioso. Es Marlowe, secretario de Manderson, que acaba de regresar de Southampton, después de dejar allá un recado que la noche antepasada Manderson le había confiado.

Poco después Trent se encuentra al detective de Scotland Yard, el Inspector Murch, viejo amigo de él. Charlan animadamente del caso, y se retan mu-



tuamente, a ver quién lo soluciona primero, cambiándose entre sí, sin embargo, los datos que van encontrando.

Ambos interrogan a Martín, el mayordomo, que según parece fué el último que vió vivo a Manderson. Martín declara que a eso de las diez Manderson y Marlowe paseaban por el jardín, hablando. Pudo oír que Manderson decía a Marlowe: "Si Harris está ahí, todos los minutos cuentan. ¿Quieres comenzar en seguida? Y ni una palabra a nadie". Marlowe respondió: "Está bien. Me cambiaré de ropa y estaré listo en seguida". Luego Manderson entró, diciendo a Martín que le esperara, que Marlowe le había convencido de dar una vuelta en el automóvil a la luz de la luna. Luego partieron ambos, Marlowe y Manderson, a bordo del automóvil. Refiere Martín que como a las once y cuarto Manderson estaba de regreso, en la biblioteca, hablando por teléfono. Manderson le llamó, diciéndole que le llevara un sifón para tomar whisky, y que esperara hasta las doce y cuarto, para recibir una llamada telefónica, pero que ya no lo importunara. Cuando Martín trajo el sifón, alcanzó a oír a Manderson inquirir sobre una persona en un hotel. Luego Manderson se dirigió a su cuarto, y Martín quedó esperando la llamada, que no llegó.

Martín aclara también esto: que Manderson no acostumbraba beber mucho, y se asombra cuando Trent le muestra la cantimplora de whisky casi vacía. Dice también que Manderson acostumbraba a veces entrar a su biblioteca por la ventana. El cadáver fué encontrado a las diez de la mañana, nadie sospechando que Manderson hubiese sido asesinado, porque no se levantaba temprano. Luego que se retira Martín, el Inspector y Trent están de acuerdo en los siguientes puntos:

Fuera de la ventana, hay la huella de un zapato que coincide con la medida de los que Manderson usaba.

Era raro que nadie hubiese oído a Manderson salir de la casa.

Manderson tenía síntomas de haberse vestido con mucha prisa y con mucha calma al mismo tiempo. Se había puesto un cuello equivocado. No se había provisto de su dentadura, que es lo primero que hacen todos los que la usan. En cambio, iba vestido de etiqueta y bién peinado. Se había puesto mancuernillas, reloj, cadena, llaves, aunque el reloj se lo puso mal.

Al examinar el cuarto de Manderson, Trent descubre unos zapatos que le causan entusiasmo. Parece haber visto en ellos algo extraordinario que le dará la solución al crímen. Son zapatos de Manderson, y aparentemente no tienen nada de raro. Observa que el cuarto de Manderson está junto al de su esposa, Mabel. Mientras se acuesta en la cama de la señora, entra la doncella francesa Celestina, quien explica que lleva el te en las mañanas a la señora cerrando la puerta entre los dos cuartos, sin ver, de modo que no vió si Manderson estaba o no en la cama. Finalmente dice que está contentísima de que Manderson haya muerto.

Trent pasa a examinar el cuarto de Marlowe, donde encuentra una pistola pequeña en los momentos en que el Inspector entra con la bala que mató a Manderson. La bala coincide en calibre con el cañón del revólver. Parece como si Marlowe hubiera matado a Manderson, pero a la hora del crímen se encontraba en Southampton, según lo ha comprobado perfectamente el Inspector.

Están discutiendo el caso, cuando aparece Bunner, el brazo derecho de Manderson quien aclara varias cosas, a saber: que en la casa hay varias, o por lo menos dos pistolas como la que han encontrado los detectives. Que Manderson últimamente parecía presentir algo de peligro, y que no tomaba ninguna precaución para evitarlo, antes, se sentaba a leer frente a las ventanas abiertas de su biblioteca, con una camisa blanca, invitando un balazo disparado desde fuera. Que en Estados Unidos había muchos obreros perjudicados por Manderson que lo matarían si pudiesen. Bunner cree que Manderson se enteró, últimamente, de que alguien preparaba un atentado contra su vida, a juzgar por la preocupación intensa de que era víctima en últimas fechas. No cree, tampoco, que el disgusto entre Manderson y su mujer, fuera causa de esa preocupación. Además, ignora la causa de ese disgusto entre los esposos.

Ahora, siga usted la historia.



CAPITULO SEPTIMO

LA DAMA DE NEGRO

Las olas se estrellaban al pie del acantilado, empujadas por la brisa; el sol inundaba de vida la tierra desde el cielo azul. En este ambiente típico de Inglaterra, Trent, que no habío dormido bien, descendió a las ocho de la mañana hata una laguna entre las rocas cuya dirección le habían dado, y se lanzó al agua clara. Por espacio de unos cuantos minutos, nadó vigorosamente y volvió a salir refrescado. Diez minutos más tarde, volvió a ascender la cuesta y, con la mente despejada, comenzó a considerar sus planes.

Era el día de los interrogatorios, al siguiente de su llegada al lugar. No averiguó gran cosa después de haberse despedido del americano, cerca de Bishopbridge. Por la tarde había salido, con su amigo de la taberna, a hacer ciertas compras en la tienda de un químico; conferenció privadamente por algún tiempo con un fotógrafo; envió un telegrama de respuesta e hizo ciertas averiguaciones en la central de telégrafos. Pero le había dicho acerca del caso a Mr. Cupples, quien no se mostró curioso y ni nada en lo absoluto, acerca de los resultados de su investigación o de los pasos que pretendía dar. Después de su regreso de Bishopbridge, Trent escribió un largo despacho para el "Record" y lo envió para ser telegrafiado a través de las orgullosas manos del corresponal. Depués cenó con Mr. Cupples, y pasó el resto de la noche en meditativa soledad, en la veranda.

Mientras subía la cuesta iba pensando que jamás se le había presentado un caso que le disgustara más y que le absorbiera tanto. A medida que lo consideraba a la luz de la gloriosa mañana, más terrible y más retador le parecía. Todo lo que sospechaba y todo lo que sabía, le habían ocupado su inquisitivo cerebro por espacio de muchas horas de insomnio. Pero cuando menos, subsistía en él, el sentido del celo profesional y el espíritu del cazador. Esperaba que en el curso del día quedara atado el último hilo de su red. Tuvo que hacer durante la mañana; y con cierta expectación aun cuando sin mucha esperanza, aguardaba respuesta a un telegrama que había enviado el día anterior.

La senda que conducía al hotel se alargaba por determinada extensión, sobre el precipicio. A unos cuantos pies más abajo vió una especie de ancha plata-





forma, tan grande como una habitación, amurallada por tres de sus lados por la escarpada roca. Allí, cerca de la orilla de la plataforma, una mujer se hallaba sentada, con los brazos rodeando las rodillas, los ojos fijos en la columna de humo que despedía la chimenea de un lejano trasatlántico, con la expresión de una soñadora absoluta.

Esta mujer le pareció a Trent que formaba el cuadro más hermoso que hubiera contemplado. Su rostro, de palidez de suriana besado por la brisa, le presentaba un perfil de delicada regularidad, en el que no había una sola línea dura; no obstante, las delicadas cejas negras, uniéndose en el centro de la frente, le daban una apariencia de severidad, extrañamente aliviada por las abiertas curvas de la boca. Trent se dijo que lo absurdo de un poeta escribiéndole sonetos a las cejas de su amada, dependía, después de todo, de la calidad de las cejas. Su nariz era recta y breve, escapando exquisitamente de lo antiestético, por su largueza, debido al respingo gracioso de la punta. Su sombrero estaba clavado en la hierba, a su lado, y el viento jugaba con sus hermosos cabellos negros y los miles de ricillos que adornaban su nuca. Todo lo que llevaba aquella dama era negro, desde sus zapatos de ante, hasta el sombrero que se había quitado. Sus vestidos eran finos y elegantes. Soñadora y delicada de espíritu, como lo denunciaba su apariencia, era notorio que tenía la costumbre y el gusto de vestir bien, a lo cual le ayudaba la excelencia de un cuerpo admirablemente curvado, ahora en la postura de abrazarse las rodillas. Examinadas mas de cerca, se veía a las claras una humanidad tan sin mezcla, tan vigorosa, tan segura de sí misma, que apenas podía considerársela inglesa y mucho menos americana.

Trent, que se detuvo un instante, sorprendido de ver a una dama de negro, captó, sin embargo, todos los detalles, con la ayuda de un sentimiento de belleza que veía como para duplicar su sensibilidad. En esos instantes se grabó en su memoria un cuadro que jamás habría de olvidar.

De pronto, la mujer se movió. Soltóse los dedos enlazados sobre sus rodillas, estiró las piernas con felino movimiento, levantó levemente la cabeza y abrió los brazos como para recoger en ellos todo el aire desbordante de la mañana. Fué como un gesto de libertad, como una resolución de poseer, de ser, de ir hacia adelante; acaso de gustar.

Adivinó inmediatamente quien podía ser la mujer y sintió como si una cortina sombría se interpusiera entre él y el espledor del día.

....

Durante el almuerzo en el hotel Mr. Cupples encontró a Trent poco dispuesto a la charla excusándose con el pretexto de un mala noche. Mr. Cupples, por otra parte, parecía estar alerta como un pájaro. El proyecto de la encuesta le enardecía. Hizo una larga y erudita historia de ese tribunal, poniendo énfasis al hablar de la envidiable libertad de sus procedimientos, en él.

—El joven Bunner me dijo anoche, —declaró—la hipótesis que se ha formado con relación al crimen. Es un joven muy inteligente, Trent; para mí, que está dotado de un cerebro muy difícil de encontrar en un hombre de su edad.

El hecho de que Manderson haya hecho de él uno de sus hombres de confianza es bastante prueba. Parece haber asumido con perfecta seguridad el control de la complicada situación financiera causada por la muerte de Manderson y me ha aconsejado prudentemente sobre los pasos que debo tomar en relación con Mabel. Cuando le pregunté, pudo darme ejemplos varios de los ataques contra la vida de las personas que han incurrido en la hostilidad de las poderosas organizaciones de trabajadores. Vivimos una época terrible, mi querido amigo. No ha habido, que yo sepa, en la historia, una desproporción mayor entre la parte moral y material que constituye la sociedad. Pero en ninguna parte es tan sombrío el panorama como en los Estados Unidos.

—Yo creía, —dijo Trent,— que el Puritanismo tenía allí tanta fuerza como la locura de hacer dinero.

—Tu observación, —respondió con todo el humorismo de que era capaz Cupples,— no tiene la naturaleza de un testimonio para lo que llamas Puritanismo; un término más conveniente que apropiado; porque no creo que haya necesidad que te recuerde que fué inventado para designar un partido Anglicano que tenía a bien purgar de los servicios y ritual en su iglesia a todos los elementos que le repugnaban.

—Creo que es hora de que nos vayamos si queremos llegar a tiempo, dijo Trent— Yo también voy al tribunal, de modo que podemos ir juntos. Espérame un instante, que voy por mi cámara.

El rojo techo de White Gables, destacándose contra los árboles, parecía estar en armonía con el estado de ánimo de Trent; se sentía pesado, siniestro, inquieto. Si aquella mujer radiante de belleza y de vida fuera a recibir un golpe, no sería él quien lo diera, seguramente; parte por un exagerado sentimiento de caballerosidad, aprendido de su madre, parte por su repulsión de artista a herir a ese ser adorable.

Al pasar por la reja, vieron a Marlowe y al americano charlando ante ella. En la sombra del porche de la casa, se hallaba la dama de negro.

Al ver a Trent, avanzó hacia él por el pasto caminando como se había imaginado que lo haría, con un perfecto balanceo. Cuando le fue presentada por Mr. Cupples, sus ojos de dorado cafe le observaron con amabilidad. Dijo unas cuantas cosas banales con una voz leve, monótona.

—Espero que tendrá éxito, —díjole a Trent. —¿Cree usted que lo tendrá?

—Espero que sí, Mrs. Manderson. Cuando tenga el caso lo suficientemente completo, le pediré a usted que me deje verla para informarle. Tendré necesidad de consultarle antes de que que se publiquen los hechos.

Ella pareció sorprendida, y por un instante brilló en sus ojos la desesperación.

Al tiempo de querer volver a hablar nuevamente, vaciló, recordando que ella había dicho que no le gustaría repetir la historia que ya había contado al Inspector, ni que le interrogaran.

—Ha sido usted tan amable, —declaró,— permitiéndome acceso a la casa y dándome todas las oportunidades de estudiar el caso, que me siento capaz de hacerle dos preguntas, si me lo permite...

Se le quedó mirando fijamente: —Sería torpe rehusarme. Diga usted Mr. Trent.

—Es muy sencillo. Sabemos que su esposo retiró una fuerte suma de sus bancos de Londres, y que la guardaba aquí. Y en efecto, se encontraba aquí. ¿Tiene usted alguna idea de por qué hizo eso?

Mrs. Manderson abrió los ojos asombrada. —No puedo imaginármelo, —dijo. No sabía que lo hubiera hecho. Me sorprende escucharlo.

—¿Por qué le sorprende?

—Porque creía que mi esposo tenía poco dinero en la casa. El domingo por la noche, antes de que saliera en el auto, fué al salón donde se encontraba. Parecía muy irritado y me preguntó si tenía billetes u oro que pudiera proporcionarle hasta el día siguiente. Me sorprendió, porque siempre llevaba dinero encima... más o menos cien libras en billetes. Abrí mi escritorio y le dí cuanto tenía... unas treinta libras.

—¿Y no le dijo para qué las quería?

—No. Se las guardó y dijo que Mr. Marlowe le había convencido para dar un paseo en auto y que creía que eso le ayudaría a dormir. Padecía insomnios, recientemente, como sabrá usted quizás. Pensé que era extraño que necesitara dinero en domingo por la noche, pero no le dí importancia a la cosa. Me olvidé por completo de ella, hasta ahora.

—Es extraño, ciertamente, —dijo Trent con la mirada perdida en la distancia. Mr. Cupples intervino en la charla y Trent aprovechó para ir al encuentro de Marlowe, que se paseaba por el pasto a corta distancia.

—Bunner me ha dicho lo que piensa, —respondió cuando Trent le habló de la teoría del americano. No me convence mucho, porque no explica ciertos hechos extraños. Pero he vivido lo suficiente en Estados Unidos para saber que tal golpe de desquite, hecho en una forma secreta, melodramática, no tiene nada de singular. Se diría que es una característica de ciertas secciones del movimiento laborista de allí. Los americanos tienen gusto y talento para esas cosas. Creo que la cosa más americana en esa gran epopeya americana, es la elaboración de Tom Sawyer dentro de un esquema romántico y difícil, para obtener la fuga del negro Jim, que pudo haberse efectuado fácilmente en veinte minutos, y que tardó varios día en madurar. Ya sabe usted cuánto aprecian las logias y las hermandades. Cada colegio tiene sus signos secretos y sus símbolos. Todo forma parte de la misma tendencia mental. Los americanos hacen burla de eso entre ellos. Por mi parte, yo lo tomo muy en serio.

—Debe tener su lado odioso, ciertamente, —dijo Trent,— cuando se trata del crimen o del vicio, o aun del lujo. Pero yo tengo un gran respeto por la determinación de hacer la vida interesante a despecho de la civilización. Mas volviendo a nuestro asunto, ¿no le extraña a usted, como una posibilidad, que la mentalidad de Manderson estuviera afectada en cierto grado por esa amenaza en que cree Bunner? Por ejemplo, ¿no cree que haya sido una cosa extraordinaria el enviarle a usted a depositar una carta a media noche?

—A las diez en punto, para ser exactos, —replicó Marlowe.— Aun cuando no me hubiera asombrado si en efecto me hubiese despertado a la medianoche, como dice. Todo coincide con lo que estamos hablando. Manderson tenía una fuerte inclinación hacia ese gusto nacional de procedimientos dramáticos. Se





enorgullecía de su bien ganada reputación en dar golpes inesperados y en ir hacia su objetivo de una manera despiadadamente directa, sin hacer caso de ninguna consideración opuesta. Súbitamente, decidió que quería saber acerca de Harris...

—¿Quién es Harris?, —inquirió Trent.

—Nadie lo sabe. Ni el mismo Bunner ha oído hablar de él. No puedo imaginarme qué clase de negocios tenían. Todo lo que sé es que cuando fuí a Londres, la semana pasada, aparté un camarote de cubierta, por órdenes de Manderson, para un tal Mr. George Harris, en el barco que zarpaba el lunes. Parece que Manderson decidió bruscamente tener noticias de Harris, las que eran de carácter tan secreto que no podían telegrafiarse; por eso me mandó a mí como usted sabe.

Trent miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les oía, contempló al otro gravemente, y dijo:

—Hay algo que le voy a decir, porque creo que no lo sabe: Martín, el mayordomo, escuchó unas cuantas palabras del final de su conversación con Manderson, en el huerto, antes de que fuera con él, en el auto. Oyó decir: "Si Harris está allí, todos los minutos son de una gran importancia". Ahora bien, Mr. Marlowe, usted sabe lo que yo estoy haciendo aquí. Me enviaron a investigar y no debe usted ofenderse. Quiero preguntarle, en relación con esa frase, si en realidad no sabe usted nada del asunto en cuestión.

Marlowe movió la cabeza. —No sé nada. No me ofendo con facilidad, y su pregunta es justa. Lo que ocurrió durante esa conversación se lo he dicho ya al detective. Manderson me declaró enfáticamente que no podía decirme de qué se trataba. Sólo quería que buscara a Harris, le dijera que deseaba saber en qué estado estaban las cosas, y le trajera una carta o un mensaje de él. Más tarde me dijeron que posiblemente Harris no se presentara. Si lo hacía, "todos los minutos eran de importancia". Y ahora ya sabe usted todo lo que hice.

—Esa conversación, ¿tuvo lugar antes que le dijera a su esposa que iba a dar un paseo con usted? No entiendo por qué ocultaba lo de su viaje.

El joven hizo un gesto de ignorancia.

—¿Por qué? No me lo imagino.

—¿Por qué, —murmuró Trent como para sí, mirando fijamente al suelo,— se lo ocultó a Mrs. Manderson?

—Y a Martín, agregó el otro fríamente.

Con un rápido movimiento de cabeza, Trent pareció desechar el asunto. Sacó de su bolsa un cuaderno y dos hojas de papel.

—Fíjese usted en estas dos hojas, Mr. Marlowe, —dijo,— ¿las había visto antes? ¿Tiene usted alguna idea de dónde provienen? —agregó al tiempo que Marlowe tomaba una en cada mano y las examinaba con curiosidad.

—Parecen haber sido cortadas con navaja o tijeras de alguna agenda de este año... de la páginas de octubre, —observó Marlowe examinándolas por ambos lados.

—Puede que no tenga nada de extraordinario, —dijo Trent dubitatibamente. Cualquiera de la casa podía tener una agenda semejante, sin que usted la hubiera visto. Pero no esperaba que pudiera identificar estas hojas. En efecto, me habría sorprendido que lo hubiese hecho.

Al notar que Mrs. Manderson se aproximaba, cesó de hablar bruscamente.

—Mi tía cree que ya es hora de irse, —dijo la señora.

—Mr. Bunner y yo nos iremos andando, —declaró Mr. Cupples acercándose. —Necesitamos arreglar ciertos asuntos a la mayor brevedad. ¿Quieres acompañar a esos dos caballeros, Mabel?

Trent se volvió a ella.

—Mrs. Manderson me perdonará, —dijo,— pero en realidad sólo vine en busca de algunas indicaciones que esperaba encontrar aquí. No he pensado concurrir a la corte todavía.

Mrs. Manderson le miró con ojos de perfecto candor.

—Ciertamente, Mr. Trent. Haga usted lo que quiera. Todos confiamos en usted. Si hace el favor de esperarme un momento, Mr. Marlowe, en seguida estoy lista.

Entró en la casa. Su tío y el americano se encaminaron hacia la reja.

Trent miró a los ojos de su compañero.

—Es una mujer extraordinaria, —sentenció en voz baja.

—Lo dice usted sin conocerla, —replicó Marlowe en un tono semejante.— Es más que eso.

Trent no respondió. A poca distancia apareció trotando hacia ella un muchacho. Llevaba en las manos un sobre de color naranja. Trent le contempló con ojos de indiferencia, al tiempo que pasaba junto a los otros dos. Después, volvióse a Marlowe, diciéndole:

—A propósito de nada en particular, ¿estuvo usted en Oxford?

—Sí.—Respondió el joven. —¿Por qué me lo pregunta?

—Nada más por saber si había adivinado. Es una de esas cosas que siempre se pueden deducir de determinado individuo, ¿no?

—Supongo que sí, —dijo Marlowe. —Cada uno de nosotros está marcado en una o en otra forma. Si no lo hubiera sabido, habría asegurado que es usted un artista.

—¿Por qué? ¿Necesito cortarme el pelo?

—¡Oh no! Es que usted ve a las cosas y a la gente como he visto que lo hacen los artistas. Tomando en cuenta detalle por detalle.

El muchacho llegó a ellos corriendo.

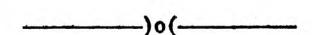
—Un telegrama para usted, —le dijo a Trent. —Acaba de llegar.

Trent dio una excusa, abrió el sobre y sus ojos se iluminaron visiblemente al leer el contenido.

—¿Buenas noticias? —murmuró Marlowe.

Trent le miró con una expresión en la que nada podía leerse.

—No son exactamente noticias, —dijo.— Unicamente que he comprobado otra de mis sospechas.







CAPITULO OCTAVO

EL INTERROGATORIO

El médico legista, dándose perfecta cuenta de que por la primera vez en su vida de funcionario provinciano se había convertido en el centro de la atención pública, resolvió aprovechar tal situación. Era un hombre alto, de temperamento jovial, con un tremendo interés en los aspectos dramáticos de su oficio; así es que la noticia relacionada con la misteriosa muerte de Manderson, dentro del radio de su jurisdicción, le hacían el hombre más feliz de Inglaterra.

El consejo se llevó a cabo en un gran salón de reciente construcción, en el hotel, y que iba a ser destinado para sala de baile o de conciertos. Un regimiento de reporteros ocupaba las primeras filas, y los testigos, llamados a declarar, ocupaban sendas sillas a un lado de la mesa del médico legista; en tanto que los jurados, en doble fila, tomaban los asientos de enfrente. Un público poco distinguido ocupaba el resto de la sala y escuchaba con respetuoso silencio los solemnes preliminares. Los periodistas, acostumbrados a esas cosas, charlaban en voz baja. Los que conocían a Trent de vista, se dieron cuenta de que no estaba presente.

La identidad del cadáver fué demostrada por su esposa, la primera testigo, a quien el médico legista, después de algunas preguntas relacionadas con la salud y las circunstancias de la víctima, procedió a enterarse de los detalles relacionados con la última vez que se vieron. Mrs. Manderson provocó en el médico legista la misma simpatía que producía en todo el mundo, por su apariencia de dolor y sus ropas de luto. Se levantó el denso velo, antes de comenzar a hablar, y la extrema palidez de su rostro produjo una impresión singular. Su interesante feminidad era lo primero que llamaba la atención en ella. No apareció enigmática; por el contrario, se le veía claramente el esfuerzo que hacía para dominar sus emociones. Una o dos veces se llevó el pañuelo a los ojos, mientras hablaba con una voz clara y discreta.

Su esposo, —dijo,— había ido a su alcoba, aquel domingo por la noche, a la hora en que acostumbraba retirarse. Su habitación era, en realidad, un vestidor anexo a su alcoba, que comunicaba con ella por una puerta de continuo abierta durante las noches. Tanto al vestidor como a la alcoba se entraba por

puertas que daban al corredor. Su marido siempre tuvo preferencia por todas las cosa sencillas y le gustaba dormir en una pequeña alcoba. Cuando él entró y prendió la luz, ella abrió los ojos. Le habló. No recordaba con precisión las palabras que le había dicho, ya que estaba medio adormilada; pero sí recordaba algo de un paseo a la luz de la luna y creía que le había divertido algo semejante. Parece que también le preguntó la hora, creyendo que sólo hacía unos cuantos momentos que se había dormido y esperaba que su esposo hubiera regresado tarde. En respuesta, él le dijo que eran las once y media y que había cambiado de manera de pensar con relación a su proyectado paseo.

—¿No le dijo por qué? —preguntó el médico legista.

—Sí, me lo explicó, —respondió la dama.— Recuerdo que me dijo que porque... se detuvo aparentemente confusa.

—Porque... —insistió el médico gentilmente.

—Porque mi marido, por regla general, no era muy comunicativo en cuanto se hablaba de sus asuntos financieros, —dijo la testigo levantando la cabeza con un ligero aire de desafío.— Suponía que no me interesaban y hablaba de ellos lo menos posible. Por eso me sorprendió tanto que me dijera que había enviado a Mr. Marlowe a Southampton, en busca de ciertos informes de importancia, que debía obtener de un hombre que debería salir para París, por barco, al día siguiente. Agregó que Mr. Marlowe podía hacerlo fácilmente, si no le ocurría un accidente. También me informó que había salido en el coche; pero que se había bajado a una milla de distancia, regresando a la casa a pie.

—¿No dijo nada más?

—Nada, que me acuerde —dijo la testigo.— Tenía mucho sueño y volví a dormirme inmediatamente. Sólo recuerdo que mi esposo apagó la luz, y eso es todo. No volví a verle vivo.

—¿Y no oyó usted nada durante la noche?

—No. Me desperté hasta la mañana siguiente, cuando la doncella entró con el té, a las siete. Cerró la puerta que comunica con la alcoba de mi marido, como hacía siempre, y yo supuse que aun estuviera acostado, ya que algunas veces dormía hasta muy tarde. A eso de las diez, me enteré de que su cadáver había sido encontrado.

La testigo bajó la cabeza en espera de que le dijeran que se retirara.

Pero no había terminado aún.

—Mrs. Manderson, —la voz del médico legista tuvo una nota de firmeza esta vez,— la pregunta que voy a hacerle, en las presentes circunstancias, es bastante penosa; pero no tengo más remedio. ¿Es verdad que últimamente sus relaciones conyugales no tenían el carácter de mutuo afecto y confianza? En otras palabras: ¿es verdad que existía cierto distanciamiento entre ustedes?

La dama volvió a erguirse, para mirar a su interlocutor, al tiempo que le subía el color al rostro.

—Si es indispensable esa pregunta, la contestaré para que no haya malas interpretaciones. Durante los últimos meses de la vida de mi esposo, su actitud hacia mí me produjo mucha ansiedad y tristeza. Cambió grandemente: se hizo muy reservado, y hasta desconfiado. Le veía mucho menos que antes, ya que parecía gustarle estar solo. No puedo explicarle el porqué de ese cambio. Traté de luchar con él; de hacer todo lo que pudiera, con justicia para mi propia dignidad. Algo que no sé qué fué, que él nunca me dijo, se interpuso entre

ambos. Mi propio orgullo me impidió preguntarle la causa, y supongo que ahora me quedaré sin saberla jamás.

La testigo, cuya voz se alteró, especialmente al pronunciar las últimas palabras, se bajó el velo y permaneció en actitud firme y silenciosa.

Uno de los jurados preguntó, no sin obvia vacilación:

—¿De modo que no hubo nunca, entre ustedes dos, eso que el vulgo llama "palabras", madame?

—¡Nunca! —la respuesta fué emitida con voz firme, que no dejaba lugar a duda alguna.

El médico la preguntó si no sabía de alguna otra cosa, que hubiera obsesionado recientemente a su esposo.

Mrs. Manderson respondió que no. Se le hizo saber que había terminado su suplicio, y dignamente se dirigió hacia la puerta. La atención general que la siguió por unos momentos, se concentró después en Martín, a quien le tocó el turno de declarar en seguida.

Fué en esos instantes cuando Trent entró en el salón. Pero no dirigió ni una sola mirada a Martin. Sus ojos se fijaron en la elegante silueta de la dama que venía hacia él. Se hizo a un lado, para dejarla pasar, inclinándose ligeramente, en respuesta a la súplica que ella le hiciera en voz baja.

—Perdóneme, si me atrevo a pedirle —le dijo en voz baja, temblorosa,— que me ofrezca el brazo hasta la casa. No he podido encontrar a mi tío y me siento muy débil... Creo que el aire me sentará bien... No, no puedo permanecer aquí, Mr. Trent. ¡Por favor —insistió—, al escuchar que comenzaba a hacerle esta sugestión —Tengo que irme a casa.— Su mano se apretó contra su brazo, como queriendo tirar de él. Apoyada firmemente, con la cabeza reclinada, abandonó la sala del jurado y encamináronse los dos por la senda de robles que conducía a White Gables.

Trent avanzaba en silencio, sintiendo que un torbellino de ideas le daba vueltas en la cabeza, y diciéndose a sí mismo: "Imbécil! Imbécil!" Todo lo que sabía, todo lo que sospechaba acerca de este asunto, se le agolpó en la mente; pero el contacto de aquella mano sobre su brazo le llenaba de exaltación, enfureciéndole y desorientándole. Todavía se maldecía interiormente, bajo una máscara de convencionalismo social, cuando se encontró, de pronto, en el interior de la casa, y vió que Mrs. Manderson se dejaba caer en un diván de la sala. Levantándose el velo, le agradeció su gentileza, con franca sinceridad y gratitud. Se sentía ahora mejor, y un taza de te acabaría de componerla. Supuso que no le habría hecho mala obra, agregando que se sentía apenada, pero que estaba segura de que no habría podido soportar su situación, ya que no esperaba aquella últimas preguntas. Me alegro de que no me haya usted oído, —le dijo.— Pero ya mañana se enterará por los periódicos. Me dió tanta pena tener que hablar de eso, —añadió sencillamente.— Le agradezco nuevamente su gentileza...

....

El testimonio de la servidumbre y de la persona que encontró el cadáver, no dió ninguna nueva luz a los reporteros. El de la policía fué tan incoloro, como el que se acostumbra en los interrogatorios de esa clase. Para la gran satisfacción de Mr. Bunner, sus declaraciones provocaron la sensación del día.



En substancia, dijo lo que le había confiado a Mr. Trent. Sus declaraciones fueron publicadas íntegramente en todos los grandes periódicos de Inglaterra y los Estados Unidos.

La opinión pública se enteró de la ligera sugestión de una posibilidad de suicidio, la que el médico legista, en su discurso final al jurado, consideró conveniente hacer, fundándose en las declaraciones de la esposa. El peso de la evidencia, como había querido indicar este oficial, estaba en contra de esa teoría. Se refirió enfáticamente al hecho de que no se encontrara ninguna arma cerca del cadáver.

—Esta cuestión, en efecto, es de enorme importancia, caballeros, —había dicho al jurado.—Es, en realidad, el punto principal para ustedes, que vieron el cadáver con sus propios ojos. El Dr. Stock les dijo que la muerte ocurrió seis u ocho horas antes de descubrirse el cadáver, y fué a consecuencia de una herida de bala que entró por el ojo izquierdo, destrozándolo, pasando después por la base del cráneo. Las apariencias externas descartan la posiblidad del suicidio, tanto más cuanto que no había quemaduras de pólvora cerca del ojo. El Dr. Stock dijo igualmente que no había medio de asegurar que hubiese habido una lucha anterior al asesinato; que cuando encontró el cadáver en la misma posición en que quedó al morir, dedujo que había quedado así, a consecuencia del mismo disparo; pero que los araños y rasguños encontrados en los puños y las muñecas, le habían sido infligidos recientemente, y constituían, en opinión suya, huellas de violencia.

"En conexión con este mismo punto, la notable prueba proporcionada por Mr. Bunner no puede ser considerada sin cierta significación. Puede ser una sorpresa para algunos de ustedes, saber que los odios inevitables, provocados por el carácter de Manderson, descrito por el testigo, los poseen en su propio país, las personas que se encuentran en posición de difuntos. Por otra parte, es posible que algunos de ustedes estén enterados de que en el mundo industrial de Estados Unidos, el descontento latente entre los trabajadores alcanza proporciones que afortunadamente desconocemos hasta ahora en Inglaterra. He interrogado ampliamente al testigo acerca de esto. Al mismo tiempo, caballeros, no trato de sugerirles que tomen una conjetura personal de Mr. Bunner, como la causa de la muerte. Enfáticamente declaro que no es mi mira. Lo que su dedeclaración tiene de importante, es que provoca dos preguntas de gran interés. Primera: ¿Puede decirse que la víctima estaba en alguna forma en la situación de una persona amenazada, del hombre expuesto al peligro de un ataque criminal? Segunda: ¿La reciente alteración de su actitud, según fué descrita por el testigo, justifica la creencia de que sus últimos días estuvieron ensombrecidos por una gran ansiedad?

Pocos momentos después, el jurado fué invitado a que considerara su veredicto.

CAPITULO NOVENO

UNA PISTA CALIENTE

—Adelante! —invitó Trent.

Mr. Cupples entró en el saloncillo de su hotel. Eran las primeras horas de la tarde cuando el jurado había pronunciado la esperada denuncia de la persona o personas desconocidas. Trent, sin levantar la vista, continuaba estudiando la fotografía esmaltada, en un plato de metal que ponía a la luz de la ventana. Estaba bastante pálido y sus movimientos denotaban nerviosidad.

—Siéntese en el sofá —sugirió—, para continuar en seguida, diciendo: Esta es una magnífica negativa, un poco lavada nada más. Pero esperemos a que se seque, mientras arreglamos esto un poco.

Mr. Cupples, en tanto el otro quitaba de la mesa una serie de frascos, cajas, botellas, depósitos y otra parafernalia, cogió un bote y lo examinó con inocente curiosidad.

—Eso es lo que llamamos hipoeliminador —dijo Trent—, al tiempo que Mr. Cupples olía el contenido. Es muy útil cuando se tiene prisa con una negativa. Elimina el hipofosfito de sodio, pero no me extrañaría que pudiera eliminar seres vivos igualmente. Un momento después de haber acomodado todos los objetos sobre la chimenea, fué a sentarse al lado de Mr. Cupples, diciéndole:

—Lo mejor que tienen estos saloncillos en los hoteles, es que no distraen las mentes ocupadas. ¿Ha estado usted antes en esta habitación, Cupples?

—Yo, cientos de veces. En realidad, me sentiría perdido, si no los encontrara en todos los sitios a los que voy. Fíjese en esta mancha de tinta: es la misma que hice en el hotel de Halifax. Esta quemadura de cigarro en la carpeta, la hice en Ipswich. Aquí es donde hago mis mejores trabajos. Esta tarde, por ejemplo, después de los interrogatorios, he terminado de revelar excelentes negativas. Abajo hay un magnífico cuarto oscuro.

—A propósito, mi querido amigo, he venido a darle las gracias por haber atendido a Mabel esta mañana, tan gentilmente. —Dijo Cupples, amable.— No esperé que se sintiera mala después de haber declarado, sabiendo, por otra parte, que es una mujer fuerte y pensé que debería quedarme a escuchar las demás declaraciones que consideraba de importancia. Ella también está muy agradecida y se encuentra mejor ahora.



Trent, con las manos en las bolsas, y el entrecejo ligeramente fruncido, no respondió directamente a Cupples. Depués de una breve pausa, dijo:

—Estaba realizando la parte más interesante de mi trabajo, cuando usted llegó. Si quiere ver algo verdaderamente interesante, venga conmigo.

Rápidamente se dirigió a su alcoba, para reaparecer en seguida con un enorme cartón, en el cual veíanse enfilados cierto número de objetos heterogéneos.

—Primero, necesito presentarle estas pequeñas cosas —dijo— colocándolas en la mesa. Esta es una plegadera de marfil; aquí hay dos hojas arrancadas de un diario... mi propio diario; este frasco contiene un dentífrico; esta es una pequeña caja de caoba, barnizada. Algunas de estas cosas habrá que volverlas a dejar en el sitio que ocupaban, en la recámara de alguien de White Gables, antes de que llegue la noche. Yo soy así, nada me detiene. Esta mañana las cogí, cuando todo el mundo estaba en el tribunal. Fíjese que ha quedado un objeto en el cartón. Puede usted decirme, sin tocarlo, ¿qué cosa es?

—Ciertamente, —dijo Cupples— examinándolo con enorme interés. Es un depósito de agua común y corriente.

—No veo que tenga nada de extraño, —añadió momentos después.

—Yo tampoco, y eso es precisamente lo que tiene de chistoso. Ahora coja esa botella grande, Cupples, y descórchela. ¿Reconoce usted el polvo que contiene? Es mercurio o creta. Ahora bien, mientras yo tengo aquí el depósito, de lado sobre una hoja de papel, quiero que eche un poco del polvo en esta parte de él... aquí precisamente... ¡Magnífico! Parece que ha hecho usted eso muchas veces, Cupples. Tiene usted práctica, según veo.

—Le aseguro que no. Se trata de un misterio completo para mí. ¿Qué quiere que haga ahora?

—Voy a quitar el polvo con esta brocha de pelo de camello. Vuelva a verlo ahora. ¿No ve nada anormal?

Mr. Cupples miró nuevamente.

—¡Qué curioso! —exclamó—. Sí, veo dos grandes huellas digitales en el depósito. No estaban antes.

—¿Le interesaría, pues, oír una especie de conferencia sobre este sujeto de las huellas digitales? Cuando se coge un vaso de cristal con las manos, se dejan huellas en él, generalmente invisibes, que pueden permanecer días y hasta meses. La mano humana, Cupples, nunca está perfectamente seca; siempre conserva una ligerísima humedad. Este vaso fué cogido por alguien que tiene la mano demasiado húmeda, recientemente. (Volvió a echarle un poco de polvo). Por este lado se nota claramente la huella del pulgar. ¡Magníficas impresiones!

Hablaba con un tono natural, y sin embargo, Cupples adivinó que estaba profundamente excitado.

—Este debe ser el dedo índice. Esta es la del anular. En las fotografías que tomé de estas huellas, he hecho un examen detenido de sus conformaciones. ¡Mire! (Puso a la luz una de negativas, y señaló un punto con su lápiz). Puede usted ver que son las mismas. Fíjese en la bifurcación de las aristas. Allí están en el otro. Vea esta pequeña cicatriz en el centro. Está en el otro.

—¿Y dónde las fotografió usted? ¿Qué significa todo esto? —inquirió Cupples—, con los ojos grandemente abiertos.

—Las encontré en el interior de la hoja izquierda, de la ventana de la alcoba de Mrs. Manderson. Como no podía traer la ventana conmigo, fotografié las



huellas. El vaso lo cogí en la recámara de la víctima. Es el mismo en que ponía su falsa dentadura por las noches.

—Pero esas no pueden ser las huellas digitales de Mabel.

—¡Creo que no! —dijo Trent, decisivo—. Son dos veces mayores de las que sus dedos podrían dejar.

—Entonces deben ser de su marido.

—Quizás. ¿Quiere que veamos nuevamente si coinciden?

—Creo que sí.

Silbando levemente, y con el rostro intensamente pálido, Trent descorchó otra pequeña botella conteniendo un polvo profundamente negro.

—Coja un pedazo de papel durante un segundo, y su amigo le enseñará sus propias huellas digitales.

Con un par de tijeras prendió una de las hojas del diario y, levantóla contra la luz, para que el otro se diera cuenta de que no tenía marcas de ninguna especie. Echó el polvo en una de sus caras, y después en la otra, sacudiendo la hoja, para quitarle lo que pudiera haberle quedado de él. Entregó la hoja en silencio a su amigo. En una de las caras del papel se veían claramente, impresas en negro, las dos mismas huellas que ya había visto en el vaso y en la placa fotográfica. Trent volvió el papel, y en el otro lado mostró la huella del pulgar.

—¿De la misma persona, ve usted? —dijo Trent con una breve risita—. Suponía que era así y ahora ya estoy seguro. (Se dirigió en silencio a la ventana, con aire de gravedad).

Cupples, sin entender una sola palabra, contempló su silueta, inmóvil, por espacio de unos momentos.

—Estoy aún en la más completa oscuridad —aventuró—. He oído hablar mucho de esto de las huellas y no sé cómo las maneja la Policía. Es de un interés extraordinario para mí; pero le juro que no veo cómo en este caso las huellas digitales de Manderson van a...

—Lo siento, Mr. Cupples, —dijo Trent— interrumpiendo el discurso del otro. Cuando comencé esta investigación, tuve intenciones de que me acompañara. No debe usted pensar que tengo la menor duda acerca de su discreción, si le digo ahora que necesito callarme, cuando menos, por algún tiempo. Pero le diré esto: he descubierto un hecho que, le aseguro, tendría muy penosas consecuencias, si llegara a enterarse de él otra persona. (Miró a Cupples con expresión dura y dió un fuerte golpe en la mesa). Es una cosa terrible para mí. Hasta este momento esperaba, contra toda esperanza, que estuviera equivocado. No tengo más que un solo medio de obrar y voy a arriesgarlo.

Sonrió súbitamente, ante el rostro consternado de Mr. Cupples.

—Está bien, voy a dejarme de tragedias y a serle franco cuando pueda. Todavía no voy a la mitad de mis experimentos en las botellas.

Acercó una silla a la mesa y se sentó a examinar la ancha hoja de marfil de la plegadera. Mr. Cupples, dominando su sorpresa, se inclinó en actitud de profundo interés y pasó a Trent la botella de polvo negro.



CAPITULO DECIMO

LA MUJER DE DIVES

Mrs. Manderson se hallaba ante su ventana, contemplando un paisaje empapado en la lluvia y la neblina. La temperatura había cambiado, como solamente ocurre en el mes de junio. La dama miraba caer el agua con rostro desconsolado. Era un día desesperante, para una mujer sola, asediada, sin propósito en la vida.

Llamaron a su puerta y contestó:

—¡Adelante!, irguiéndose de súbito, con ese gesto consciente que surgía espontáneamente de muy adentro de su sér, cuando se daba cuenta de que la soledad y el aburrimiento la dominaban por completo.

Mr. Trent había ido a verla, pidiendo excusas por ser a tan temprana hora, según le dijo la doncella, pero justificando su impertinencia al aclarar que se trataba de algo de suma importancia. Mrs. Manderson aceptó recibir a Mr. Trent. Se dirigió al espejo, se contempló el rostro por un momento, y moviendo la cabeza, con un gesto avanzó hacia la puerta, en los momentos en que entraba Trent.

Inmediatamente se dió cuenta de que su aspecto era distinto. Tenía las huellas de una noche sin sueño, en el rostro, y una nueva expresión de reserva.

—¿Me permite que vaya al grano desde luego? —le preguntó— después de haberle estrechado la mano. Necesito tomar el tren en Bishopsbridge, a las doce en punto; pero no me marcharé hasta haber arreglado cierto asunto que le concierne solamente a usted, Mrs. Manderson. He estado trabajando la mitad de la noche, y pensando, la otra mitad, y sé ya lo que debo hacer.

—Parece usted muy cansado, —le dijo ella—. ¿No quiere sentarse? Le ruego que me pregunte todo lo que crea que puedo responderle. Espero que no hará que esta situación bastante triste, empeore para mí.

—Mrs. Manderson, —dijo Trent, midiendo lentamente sus palabras—, sólo le preguntaré ciertas cosas de mucha gravedad que he descubierto con relación a la muerte de su esposo; cosas que nadie más que yo sospecha. Lo que he descubierto, —lo que creo estar en condiciones de demostrar—, le causará a usted una enorme sorpresa. Si me da usted una razón suficiente que me haga suprimir este manuscrito, así lo haré, —agregó— dejando encima de la mesa

un voluminoso sobre; y no habrá nada que me obligue a hablar. Consiste en una breve nota dirigida a mi director, seguida por un largo despacho para ser publicado en el "Record". Ahora puede usted rehusarse a decirme una palabra. Mi deber, si así lo hace, es entregar a mi editor este sobre, para que haga uso de él con toda discreción. Mi punto de vista, es que no debo suprimirlo por la fuerza de una mera posibilidad que se presenta a mi imaginación. Pero si de nuestra conversación colijo, —y no podría hacerlo con nadie más,— que hay cierta substancia en esa imaginaria posibilidad, no me queda otra cosa qué hacer, como caballero, como... (vaciló antes de acabar la frase), como hombre que no le desea más que todo bien, que no publica este despacho. En ciertas cosas me he negado a ayudar a la Policía. ¿Se ha dado usted cuenta?, preguntó con un toque de ansiedad en la voz fría.

—Lo entiendo perfectamente, —respondió Mrs. Manderson, en voz baja.— Lanzó un profundo suspiro y continuó: "No sé qué cosa terrible haya usted descubierto, o cuál sea la posibilidad que se le haya ocurrido; pero considero que ha sido un rasgo bueno, un rasgo de honorabilidad, el haberme venido a ver. Ahora, ¿quiere hacer el favor de decirme de qué se trata?

—No puedo hacer eso, —replicó Trent—. El secreto, si no es de usted, es de mi periódico. Si me convenzo de que le pertenece a usted, le dejaré el manuscrito para que lo lea y lo destruya. Créame que detesto este misterio, desde el fondo de mi alma. Esta es la hora más penosa de mi vida, y usted la agrava, no tratándome como un policía. Lo primero que quisiera que me dijese es esto: ¿es verdad, como declaró usted en el jurado, que no tenía la menor idea acerca de la razón por la cual cambió la actitud de su esposo hacia usted, volviéndose desconfiado y reservado, durante los últimos meses de su vida?

Los ojos de Mrs. Manderson se iluminaron con una llamarada, y rápidamente se puso en pie. Trent hizo lo propio, cogiendo el sobre de encima de la mesa; la actitud de la señora le dió a entender que la entrevista había terminado. Pero ella levantó la mano, al tiempo que le subía el color a las mejillas, y decía:

—¿Sabe usted lo que me pregunta, Mr. Trent? Nada menos que si he sido perjura conmigo misma.

—Lo se, —respondió inconmovible, agregando después de una pausa:— Ya sabe usted que no he venido aquí con el fin de preservar las ficciones corteses, Mrs. Manderson. La teoría de que ninguna persona respetable después de haber prestado juramento, puede retener para sí parte de la verdad, no es más que una ficción.

La dama se dirigió a la ventana, y estuvo allí, mirando el paisaje con la vista perdida en la lejanía. Al cabo de algunos instantes, dijo lentamente:

—Mr. Trent, es usted una persona que inspira confianza y siento que las cosas que no quisiera que se supieran, que ni quisiera decirlas, pueden confiársele. Sé que debe usted tener un motivo muy serio para hacer lo que está haciendo. Supongo que ayudaría a la justicia, en cierta forma, si le dijera la verdad de lo que acaba de preguntarme. Para entender lo que voy a decirle, tendría usted que saber lo que pasó antes (me refiero a mi matrimonio). Después de todo, muchas gentes podrían decirle mejor que yo, que no fué... una unión feliz. Tenía yo veinte años apenas. Admiraba su valor, su fuerza, su seguridad; era el único hombre fuerte que había conocido. Pero no pasó mucho tiempo, sin que no me diera cuenta de que le interesaban más sus negocios que yo, notando



también, más pronto de lo que hubiera querido, que estaba poniéndome una venda en los ojos, engañándome a mí misma, mal interpretando mis propios sentimientos, sólo porque estaba cegada con la idea de tener a mi disposición más dinero para gastar, que cualquier muchacha inglesa de mi tiempo. Los sentimientos de mi esposo hacia mí... bueno, no debo hablar de eso... lo que quiero decirle es que mi marido creyó siempre que yo era de esas mujeres que podían ocupar un sitio preeminente en la sociedad; que debía ser una especie de personaje que le diera crédito... era su idea, y esa idea persistió en él, aún después de haber experimentado otras desilusiones. Yo era parte de su ambición. Y su mayor amargura fué que le hubiera fracasado como éxito social. Yo creo que era demasiado inteligente, para comprender desde el fondo de su corazón, que corrió el enorme riesgo de ser infeliz, al haberse casado con una muchacha veinte años menor que él, educada en la música y los libros. No obstante, creyó que podía haber sido la esposa que podía honrar su posición en el mundo... y yo estaba segura de que no podría serlo.

Mrs. Manderson habló como para sí, con una emoción que Trent no había sospechado siquiera. Las palabras le brotaban fluidamente, en un tono cada vez más natural. De pronto, se volvió hacia él, y continuó hablando con mayor firmeza, moviendo las manos graciosamente, como entregada súbitamente a un deseo de aliviar sus penas, tan largamente contenidas.

—¡La gente! —agregó— ¡Oh, esa gente! ¿Se imagina usted lo que es para alguien, acostumbrada a moverse en un medio de trabajo creador, hombres y mujeres artistas o profesionales, con un ideal que los animaba siempre; se da usted cuenta de lo que significa pasar de un golpe a otro mundo tan distinto, en el que se debe ser muy rico, vergonzosamente rico, para poder existir... en donde el dinero es lo único que cuenta y predomina en la mente de todos... en donde los hombres que fabrican los millones, están tan atareados con su trabajo, que apenas si les entretiene el deporte, y los hombres, que no tienen nada qué hacer, son aún más agrios y viciosos; y las mujeres viven para lucir tontamente, para gozar tontamente y para cometer inmoralidades estúpidas; se da usted cuenta de lo horrible que es esa vida? Naturalmente, hay gentes con inteligencia y de gusto, pero gentes depravadas, que, al final de cuentas, vienen a ser lo mismo: ¡vacías!, ¡vacías! ¡Oh, como odiaba las estaciones en Nueva York y en Londres! ¡Y nuestras fiestas en la casa y las excursiones en el yate y lo demás... la misma gente, el mismo vacío!

"Y comprenderá usted que mi esposo no podía tener idea de todo esto. Su vida no era vacía. No la vivía en sociedad, y cuando estaba en ella, siempre tenía sus proyectos y sus dificultades que le preocupaban. Nunca sospechó de mis sentimientos, ni nunca dejé que sospechara; no podía, no lo consideraba justo. Sentía la necesidad de hacer algo para justificarme de ser su esposa, de compartir su posición y su fortuna. Y lo único que podía hacer era intentar, intentar hacerme a su idea en relación con mis cualidades sociales... Hice cuanto pude. Y, año tras año, me era más difícil. A pesar de mis fracasos, continuaba intentando.

"Y finalmente, a pesar de todo, me daba la impresión de que lo sabía, de que estaba perfectamente enterado de que no llenaba su idea de mi posición en sociedad; y supongo que lo atribuía más a desgracia, que a culpa de mi parte. Pero tan pronto como comenzó a ver, a pesar de mis fingimientos, que



no estaba representando mi papel, lo adivinó todo; adivinó cuánto odiaba aquello, cuánto me cansaba tener a mi disposición inmensas cantidades de dinero. Y ocurrió lo que tenía que suceder, no sé ni como ni cuándo, en el curso del año pasado. Posiblemente se lo sugirió otra mujer... porque todos comprendían, naturalmente. No me dijo nada, y creo que aun pretendió no cambiar de actitud hacia mí, al principio; pero las cosas de esta naturaleza hieren y nos hacían daño a los dos. Yo sabía que él sabía. Después de un tiempo, ya nos tratábamos con cortesía y consideración, únicamente. Antes de que adivinara, manteníamos una situación de... ¿cómo le diré a usted?... de inteligente camaradería. Hablábamos francamente, de muchas cosas en las que podíamos estar o no de acuerdo, sin llegar a profundizar demasiado en ellas... Pero eso se acabó. Comprendí que la única base posible de nuestra vida era la de doblegarme. Y aun eso tuvo un fin.

—Así vivimos, —terminó simplemente,— durante muchos meses antes de su muerte—. Se dejó caer en un sofá, que estaba cerca de la ventana, como para descansar después de un gran esfuerzo. Por espacio de algunos momentos, ambos permanecieron en silencio. Trent estaba visiblemente sorprendido de la franqueza de Mrs. Manderson. Al fin, dijo, lentamente:

—Siento como si la hubiera obligado a decirme más de lo que quería decirme, o de lo que hubiera yo querido saber. Pero tengo que hacerle una pregunta brutal, que viene a ser como el eje de toda mi investigación —continuó, como quien se prepara para lanzarse al agua fría—. Mrs. Manderson: ¿me asegura usted que el cambio experimentado por su esposo hacia usted, no tuvo nada qué ver con John Marlowe?

Y lo que había temido, ocurrió:

—¡Oh! —exclamó con tono de angustia, extendiendo las manos como para implorar piedad, y cubriéndose después la cara con ellas, de modo que Trent sólo podía verle, en esa posición miserable, la masa negra de sus negros cabellos. Se diría que se había desmoronado como una elevada torre.

Trent se puso en pie, con el rostro pálido y tranquilo. Maquinalmente casi, colocó el sobre en el centro de la pulida mesa. Se dirigió a la puerta, la cerró sin ruido, después de que salió, y unos cuantos minutos más tarde se encontraba caminando bajo la lluvia, sin dirección fija, lejos de White Gables; sin ver nada, con el alma encogida por aquel deseo insano de vergüenza que le torturaba, al no haberse arrojado a los pies de ella, en demanda de perdón; al no haberle hablado apasionadamente; al no haber aplastado el propósito que le poseía, traduciéndolo a su idioma de enamorado de una mujer cuyo marido aún no era enterrado, ¡mujer que amaba a otro hombre!

Tal fué la magia de sus lágrimas, que apresuró, en un instante, aquello que su corazón sabía que no debería salir a relucir jamás. Porque Philip Trent era un joven, más joven en naturaleza que en años; con un espíritu volcánico, que era una gran desventaja para hacer frente a ese momento que le llega a todo el mundo en la edad viril, generalmente con no otro propósito, que probar su virtud y la fuerza de su voluntad.



CAPITULO UNDECIMO

SIN PUBLICAR AUN

"Mi querido Molloy: Te mando ésta para el caso de que no te encuentre en tu oficina. Ya descubrí quién mató a Manderson, como verás por este despacho. Aquel fué mi problema; el tuyo consiste en decidir qué uso vas a hacer de él. Definitivamente señala a una persona insospechada, como parte en el crimen, y prácticamente la acusa de ser el asesino; de modo que supongo que no publicarás esto antes de su aprehensión y, además, hay que tener en cuenta que sería ilegal hacerlo, hasta que no fuera juzgado y declarado culpable. Entonces será posible publicar la cosa; mientras tanto, puedes decidir si haces uso de los hechos que expongo. ¿Quieres hacer el favor de comunicarte con Scotland Yard, para hacerles saber lo que he descubierto? Ya he terminado con el asunto Manderson, y te confieso que ojalá jamás me hubiera metido en él. Adjunto va el despacho. P. T."

Marlstone, Junio 16.

"Comienzo a escribir esta tercera y quizás última nota relacionada con el caso Manderson para el "Record", hecho una oleada de sentimientos en conflicto. Siento un enorme consuelo, porque en mis dos notas anteriores me vi obligado, en interés de la justicia, a reservarme ciertos hechos que, de haberse publicado, habrían puesto sobre aviso a determinada persona y acaso la habrían ayudado a escapar. No es muy agradable, lo confieso, escribir la historia de traiciones y astucias perversas que tengo ahora que relatar.

Hay que recordar que, en mi primera nota, describí la situación, tal como la encontré a mi llegada a este lugar, el martes por la mañana. Dije cómo fué encontrado el cadáver y en qué estado; me referí al completo misterio que rodeaba al crimen y mencioné una o dos teorías locales en relación con él; di algunas luces acerca de los criados de la víctima; y proporcioné los detalles de sus movimientos la víspera del crimen. Hice mención a un dato que puede parecer o no sin importancia: el de que una cantidad de whisky mucho mayor que la que Manderson acostumbraba a ingerir por las noches, desapareció de la botella desde la última vez que fué visto vivo. Al día siguiente, telegrafié un resumen de los procedimientos del jurado, y ahora he terminado una investi-

gación que me ha llevado directamente al hombre que debe ser llamado para justificarse de su inocencia en el crimen de Manderson.

Aparte del misterio central, consistente en el hecho de haberse levantado Manderson de la cama, mucho antes que de costumbre, para ir al encuentro de la muerte, hay otros dos puntos extraños en este asunto, que supongo se les han de haber ocurrido a los miles de lectores que se hayan enterado de las noticias publicadas en los periódicos. El primero de ellos es el de que, no obstante que el cadáver fué encontrado a treinta yardas de distancia de la casa, ninguno de sus ocupantes parece haber oído el menor grito o ruido durante la noche. Manderson no fué amordazado: las huellas que se le encontraron en las muñecas, dejan adivinar la existencia de una lucha con su asaltante; pero, además, hubo, cuando menos, un disparo. (Digo, cuando menos, uno, porque es cosa sabida que cuando en una lucha intervienen dos personas, el asaltante, por lo general, yerra su primer tiro). El extraño hecho me pareció aún más extraño, cuando me enteré de que Martín, el mayordomo, tiene el sueño muy ligero, el oído muy fino, y que su alcoba, con la ventana siempre abierta, da casi directamente hacia el macizo de arbustos donde se encontró el cadáver.

El segundo hecho extraño consiste en que Manderson dejó su dentadura junto a la cama. Parece que, al levantarse, se vistió de todo a todo, y salió, sin acordarse de ponerse los dientes postizos, olvidando su costumbre de años. Evidentemente no se trató de un caso de urgencia; pero, aun siendo así, era más probable que se hubiera olvidado de cualquier objeto de su vestimenta, que de sus dientes postizos.

Ninguno de esos raros detalles parecía conducir a nada por el momento. Sin embargo, despertaron en mí una fuerte sospecha.

Después de todo este preámbulo, hice un descubrimiento, que, durante las primeras horas de mi investigación, me puso sobre la pista que con tanta ingenuidad habíase tratado de ocultar.

Ya he descrito la simplicidad con que estaba amueblada la alcoba de Manderson, contrastando extrañamente con la multitud de trajes y zapatos allí guardados, y la forma de comunicación que tenía con la recámara de la señora. En la parte superior de los dos anaqueles, en donde estaban alineados los zapatos, encontré el par que había usado la noche anterior a su muerte. Mi atención se fijó inmediatamente en una peculiaridad de este par en cuestión. Eran unos zapatos magníficos, de etiqueta, con suelas delgadas, bellamente trabajados. Tenían apariencia de estar viejos y muy usados; pero se conservaban perfectamente limpios. Lo que me llamó la atención fué una pequeña grieta, visible en la parte que se llama empeine. La grieta era pequeñísima, en ambos casos, de apenas un octavo de pulgada de longitud. Otra cosa, menos notable aún, a primera vista, era un ligero desprendimiento de las costuras que unen la parte superior de la suela.

Esas indicaciones no podían significar más que una sola cosa: los zapatos habían sido usados por otra persona, a quien le quedaban chicos.

Es evidente que Manderson era una persona muy cuidadosa en su calzado y aun sentíase orgullosa de la pequeñez de sus pies. Ninguno de los demás zapatos de la colección, según me di cuenta en seguida, tenían esas marcas. Alguien que no era Manderson había usado esos zapatos recientemente, ya que las huellas eran frescas.



La posibilidad de que alguien se los hubiera puesto, después de la muerte de Manderson, no era admisible. La posibidad de que Manderson se los hubiera podido prestar a alguien en vida, había que descartarla igualmente. Además, las dos ún.cas gentes que vivían en la casa eran el mayordomo y sus dos secretarios. Pero no afirmo que di a esas posibilidades la consideración que se merecían, porque mis pensamientos se alejaban de mí y siempre he creído una buena política, en casos como el presente, dejarlos en libertad. Desde que descendí del tren en Marlstone comencé a notar detalles relacionados con el asunto Manderson.

Después de todo, se trata de un detalle común de psicología, muy familiar en aquellas personas cuyos negocios o inclinaciones los ponen en contacto con asuntos difíciles. Rápida y espontáneamente, cuando la casualidad o el esfuerzo le ponen a uno en posesión del hecho-clave, en cualquier sistema de circunstancias difíciles, las ideas parecen precipitarse nuevamente en relación con los hechos. En el presente caso, mi cerebro apenas había formulado el pensamiento: "Alguien que no fué Manderson usó sus zapatos", cuando fluyeron a mi mente multitud de ideas, todas del mismo carácter, que comportaban la misma noción. No era costumbre de Manderson beber mucho whisky por las noches. No era natural tampoco el encontrarse desaliñado en el vestir y, al hallarse su cadáver, se vió que tenía los puños enrollados dentro de las mangas y los zapatos sin anudar. Era muy extraño, en las condiciones domésticas existentes, el que Manderson fuera comunicativo con su esposa acerca de sus asuntos, especialmente a la hora de irse a acostar, cuando era muy raro que hablara con nadie. Era extraordinario el hecho de que Manderson hubiera salido de su cuarto, sin ponerse los dientes postizos.

Estos pensamientos, como digo antes, fluyeron a mi mente, a impulso de las diferentes observaciones hechas durante mi investigación de la mañana. Se presentaron en mucho menos tiempo del que se necesita para leer esto, al momento en que estaba examinando los zapatos, y confirmando mi propia certidumbre acerca del punto principal. Y, sin embargo, cuando confronté la idea definida que surgiera inusitadamente: "No fué Manderson el que estuvo en la casa aquella noche", me pareció un tremendo absurdo, a primera vista. Fué efectivamente Manderson quien cenó en la casa y salió con Marlowe en el coche. Pero, ¿fué él quien regresó a las diez? La pregunta también me pareció absurda. Pero no podía dejarla de lado. Se me hacía que un débil rayo de luz comenzaba a iluminar la vasta expansión de mi mente, y que, de pronto, el sol comenzaba a surgir. Comencé a especular, punto por punto, las ideas que se me ocurrían, con el objeto de averiguar el porqué algún hombre, en el lugar de Manderson, podía haber hecho las cosas que Manderson no había hecho.

No pasé mucho tiempo analizando el motivo por el cual el hombre se metió a fuerza los zapatos de Manderson. El examen de las huellas de pisadas es una cosa bien sabida de la policía. Pero el hombre no sólo no quería dejar sus propias huellas, sino que necesitaba dejar precisamente las de Manderson, ya que su plan, si no estaba yo equivocado, consistía en hacer creer que Manderson había estado allá esa noche. Pero había más aún. No sólo quiso dejar las huellas, sino también los zapatos. La criada los encontró fuera de las puertas de la alcoba, igual que siempre, los limpió y volvió a colocarlos en su lugar de costumbre, después de que fué hallado el cadáver.

Cuando me puse a considerar en esta nueva luz, el hecho de que hubiera dejado la dentadura, una explicación de lo que parecía la parte más absurda de

todo, se presentó a mi mente con inusitada brusquedad. Si mi suposición era lógica, el desconocido llevó consigo a la casa la dentadura, dejándola en la alcoba, por la misma razón que tuvo para llevar los zapatos: hacer imposibe que nadie dudara de que Manderson había estado en la casa y había dormido allí. Esto, naturalmente, me llevó a inferir que **Manderson murió antes de que el falso Manderson fuera a la casa;** muchas otras cosas me confirmaron esto.

Por ejemplo, el traje. Si mi suposición era buena, el desconocido se apoderó de los pantalones, chaleco y chaqueta de Manderson. Allí estaban ante mis ojos en la alcoba; y Martín había visto la chaqueta en el cuerpo de la persona que estuvo hablando por teléfono en la biblioteca. Resultaba bien claro ahora que esta inequívoca prenda era la base principal del plan del desconocido. Adivino que Martín le confundiría con Manderson, a primera vista.

Y, de pronto, mis pensamientos se interrumpieron por la realización de algo que, hasta entonces, se me había escapado. Tan fuerte era la influencia de la suposición de que fuera Manderson quien estuvo aquella noche, que ni yo ni nadie más se había fijado en el punto. **Ni Martín ni la Sra. Manderson le vieron la cara.**

Mrs. Manderson, a juzgar por sus declaraciones ante el jurado, no había visto al hombre para nada. No hizo más que hablar, mientras estaba acostada en su cama, reanudando una conversasión que había tenido con su marido una hora antes. Martín, de acuerdo con mis deducciones, no pudo ver más que la espalda del hombre cuando estaba agazapado hablando por teléfono. Sin duda, en este caso, se imitó una pose característica. ¡Y el hombre llevaba puesto el sombrero de anchas alas de Manderson! El desconocido, suponiendo que tuviera más o menos la complexión de Manderson, no necesitó otro disfraz que el sombrero y la chaqueta, aparte de su habilidad mímica.

Pero, volviendo al punto en que estaba examinando los zapatos en la alcoba de la víctima. La razón de haber entrado por la ventana, en vez de por la puerta, se le ocurre a cualquiera que lea esto. Si entraba por la puerta, arriesgaba ser oído por el alerta Martín y tener que enfrentársele en caso dado.

Después viene el problema del whisky. No le había dado mucha importancia; el whisky se desaparece con bastante frecuencia, en forma inexplicable, en una casa que habitan ocho o nueve personas. Pero el descenso de la botella en esta cantidad me llamó la atención, al igual que a Martín. Sin duda, el desconocido bebió parte, antes de mandar en busca del mayordomo y, una vez que vió que le había salido bien el truco, bebió más.

Pero sabía hasta dónde beber. La peor parte de la empresa quedaba por realizar; la circunstancia de tener que encerrarse en la alcoba de Manderson, para dar la impresión de que éste la había ocupado; pero con el riesgo, ligero, si se quiere, de la esposa al lado, de la puerta abierta de comunicación. Es cierto que para que ella le hubiera visto, si el desconocido cuidaba de mantenerse fuera de su radio de visión, necesitaba haberse levantado de la cama y asomarse a la puerta. Además, como el asesino conocía las costumbres de la casa, debió haber supuesto que Mrs. Manderson estaba dormida. Otra cosa que le favorecía, según creo, era que estaba enterado de las desavenencias entre marido y mujer, que trataban de ocultar, entre otras cosas, durmiendo en alcobas separadas; pero de la que todo mundo que les conocía, estaba enterado.



En consecuencia, continuando mi hipótesis, seguí al desconocido hasta la alcoba y me puse a pensar en lo que pudo hacer. Entre otras cosas, lo más terrible para él, habrá sido el escuchar la voz de la otra habitación.

Durante el jurado, Mrs. Manderson no pudo recordar lo que dijo esa noche. Cree que le preguntó a su supuesto marido, si había disfrutado de su paseo. Y entonces, ¿qué hace el desconocido? Aquí llegamos a un punto de enorme importancia. No sólo se queda rígido ante su mesilla de noche, escuchando el fuerte latir de su corazón al responder, imitando la voz de Manderson, sino que su audacia llega al límite de ofrecer una explicación. Le dice que, siguiendo una súbita inspiración, envía en el coche a Marlowe a Southampton, a recoger cierta información importante, de manos de un hombre que sale para París, en el barco de la mañana. ¿Por qué esos detalles de un hombre que, por mucho tiempo ha dejado de ser comunicativo con su esposa, y sobre todo, tratándose de un asunto que no puede interesarle a ella gran cosa? ¿Por qué esos detalles acerca de Marlowe?

Ahora pretendo hacer las siguientes proposiciones definidas: que en el período de tiempo comprendido entre las diez de la noche en que salió el coche, y las once, Manderson fué asesinado, probablemente a mucha distancia de la casa, ya que no se oyó el disparo; que el cadáver fué llevado junto al macizo y desnudado; que a eso de las once de la noche, un hombre que no era Manderson, pero que llevaba sus zapatos, sombrero y chaqueta, penetró en la biblioteca por la ventana del jardín; que llevaba consigo los pantalones negros de Manderson, su chaleco y su guardapolvo, la dentadura que le extrajo de la boca y el arma con la que fué muerto; que ocultó todos esos objetos, y llamó al criado, cogiendo el teléfono, de modo que no quedara visible más que su sombrero y su espalda; que estuvo ocupado con el teléfono todo el tiempo que Martín estuvo en la estancia; que una vez que el criado marchó, se dirigió cautelosamente a la alcoba de Marlowe y dejó el revólver con el que habíase cometido el crimen —el revólver de Marlowe—, en el estuche de encima de la chimenea, de donde lo había sacado; que después, dirigiéndose a la alcoba de Manderson, puso los zapatos de éste a la puerta, tiró la ropa en una silla, colocó la dentadura en el vaso y seleccionó un traje, un par de zapatos y una corbata, de las que estaban en el closet.

Aquí necesito hacer una pausa, en lo que se relaciona con los procedimientos del desconocido, con objeto de hacer una pregunta para lo cual está ya suficientemente preparado el camino:

¿Quién era el falso Manderson?

Teniendo en cuenta lo que sé, saco la siguientes conclusiones:

(1) Alguien que tenía relaciones con el muerto. Al hablar con Martín y con Mrs. Manderson, no cometió ningun error.

(2) Era alguien, más o menos, de la estatura y ancho de espaldas de Manderson; pero sus pies eran más grandes, aun cuando no mucho.

(3) Tenía una considerable habilidad para la mímica y experiencia en actuar.

(4) Estaba perfectamente familiarizado con las costumbres de la casa de Manderson.

(5) Tuvo la necesidad vital de hacer creer que Manderson estaba vivo y en la casa, hasta algún tiempo después de la media hora del domingo.

Todo lo anterior, lo considero como cierto o, cuando menos, como muy cerca de la verdad. Es todo lo que puedo ver y me parece que es bastante.

Ahora procedo a dar, en el orden correspondiente, a los párrafos numerados con anterioridad, los hechos que pude obtener de Mr. John Marlowe, por él mismo y por otras fuentes:

(1) Durante cuatro años fué secretario particular de Mr. Manderson, a base de una gran intimidad con él.

(2) Los dos hombres eran casi de la misma estatura, es decir, como unos cinco pies once pulgadas. Ambos tenían una complexión fuerte y eran anchos de espaldas. Marlowe, que tiene veinte años menos, era un poco más delgado de cuerpo, aún cuando Manderson gozaba de magnífica salud. Los zapatos de Marlowe (de los cuales examiné varios pares) son un número más largos y más anchos que los de Manderson.

(3) La tarde del primer día de mi investigación, después de llegar a los resultados que ya he detallado, envié un telegrama a un amigo personal, compañero del colegio de Oxford, interesado en asuntos de teatro, en estos términos:

> "Favor telegrafiar record John Marlowe conexión con actuación Oxford durante pasada década. Muy urgente y confidencial".

Mi amigo me respondió, a la siguiente mañana (la de la encuesta del jurado):

> "Marlowe fué miembro O. U. D. S. tres años y presidente 19... representó Bardolph Cleon y Mercurio destacándose actuación especialmente imitaciones entonces gran demanda. Fué héroe muchas bromas."

Lo que me movió a enviar el telegrama que dió por resultado tan significativa respuesta, fué el haber visto, en la chimenea de la recámara de Marlowe, una fotografía de él y dos amigos, en trajes de Falstaff, con la inscripción "De las Mujeres Alegres", y el haber notado el sello de una casa de fotógrafos de Oxford.

Durante sus relaciones con Manderson, Marlowe fué considerado como de la familia. Ninguna otra persona, aparte de la servidumbre, tuvo oportunidad de conocer la vida doméstica de los Manderson en detalles.

(5) Se sabe, sin género de duda, que Marlowe llegó al Hotel de Southampton, el lunes a las 6.30 de la mañana, y que procedió a cumplir su comisión que le encargara su jefe. Después regresó en el coche a Marlstone, donde mostró enorme sorpresa y horror al enterarse del crimen.

Esos son los hechos relacionados con Marlowe. Ahora debemos examinar el número 5, con la conclusión número 5, referente al falso Manderson.

Quiero llamar la atención acerca de un hecho de enorme importancia. **La única persona que oyó hablar de Southampton a Manderson, antes de salir en el coche, fué Marlowe.** Su historia se confirma en parte, por lo que oyó decir el mayordomo, fué en el sentido de que su viaje se arregló durante una charla privada; pero no pudo explicar por qué Manderson ocultó la intención de decir que acompañaría a Marlowe a dar una vuelta a la luz de la luna. Este punto, sin embargo, no llamó la atención. Marlowe tiene una absoluta y perfec-



ta coartada con su presencia en Southampton a las 6.30; nadie pensó en relacionarlo con un crimen que fué cometido a las 12.30 hora en que Martín, el mayordomo, se fué a su cama. Pero el Manderson que volvió del paseo, fué quien mencionó abiertamente Southampton a dos personas. Llegó hasta telefonar a un hotel de Southampton y hacer ciertas preguntas relacionadas con la misión de Marlowe. Esta fué llamada que hizo cuando Martín estuvo en la biblioteca.

Ahora consideremos la coartada. Si Manderson estaba en la casa esa noche, y si no salió de ella, sino después de las 12:30, Marlowe no pudo tener, bajo ninguna posibilidad, conexión alguna con el crimen. Es cuestión de distancia entre Marlstone y Southampton. Si salió de la casa en el coche, a las horas en que se supone que lo hizo —entre las 10 y las 10.30—, le habría sido imposible, en un coche de 15 H. P., de cuatro cilindros, marca Northumberland, de velocidad media, llegar a Southampton a las seis y media, a menos que hubiera salido, cuando más tarde, de Marlstone, a las doce de la noche. Los automovilistas que quieran consultar el mapa de carreteras, como lo hice yo, estarán de acuerdo en que mis cálculos son exactos.

Pero suponiendo que no fueran como parecen; si Manderson estaba muerto a los once y si, alrededor de esa hora, Marlowe lo hubiera impersonado en White Gables; si Marlowe se retiró a la alcoba de Manderson, ¿cómo puede compaginarse todo eso con la presencia en Southampton a la mañana siguiente? Necesitaba haber salido de la casa, sin ser visto ni oído, y alejarse en el coche a la media noche. Y Martín, el alerta Martín, estuvo despierto en su despensa, hasta las doce y media, con la puerta abierta, esperando oír sonar el timbre del teléfono. Prácticamente estuvo de centinela al pie de la escalera, la única que conduce a las habitaciones del piso de abajo.

Con esta dificultad llegamos a la última y crucial fase de mi investigación. Teniendo en cuenta los puntos anteriores, pasé el resto del día anterior al jurado, hablando con diversas personas y reconsiderando mi teoría cuidadosamente. No pude encontrar más que un punto débil, en apariencia, relacionado con el hecho de que Martín estuvo despierto hasta las 12:30; y puesto que las instrucciones que recibió para obrar de esta suerte, formaban parte del plan relacionado con la coartada de Marlowe, adiviné que tenía que haber una explicación. Si no lograba encontrarla, mi teoría era nula. Necesitaba demostrar que a la hora en que Martín se fué a acostar, el hombre que se había encerrado en la alcoba de Manderson, pudo haber estado a muchas millas de distancia camino de Southampton.

Tenía, sin embargo, una idea de cómo se realizó la huída del falso Manderson, antes de la medianoche. Pero no quería que se supiese lo que estaba a punto de hacer. Si me encontraban trabajando, no habría tenido manera de ocultar la dirección de mis sospechas. Resolví, en consecuencia, no poner manos a la obra, sino hasta el día siguiente, durante los procedimientos del jurado. Esta iba a efectuarse en el hotel y, en consecuencia, podía disponer de White Gables a mi antojo.

Así ocurrió. Mientras se efectuaban los interrogatorios en el hotel, comencé a trabajar afanosamente en White Gables. Tenía conmigo mi cámara. Comencé mi búsqueda, siguiendo ciertas indicaciones. En seguida logré hacer dos fotografías de un par de huellas dígitales frescas, muy grandes y claras, impresas en la superficie del cajón superior del "chiffonier" de la alcoba de



Manderson; otras cinco (hechas por manos más pequeñas, en los cristales de las ventanas francesas de la alcoba de Mrs. Manderson, ventana que siempre estaba abierta en la noche, con la cortina corrida; y otras tres más, en el vaso en el que fué encontrada la dentadura postiza de la víctima.

Me llevé el vaso y unos cuantos objetos que seleccioné de la alcoba de Manderson, que tenían las innumerables huellas que se encuentran generalmente en los artículos de aseo de uso diario. Contaba, además, con dos hojas de mi diario, en las que estaban impresas claramente las huellas digitales de Marlowe, mismas que hizo en mi presencia, sin darse cuenta.

A las seis de la tarde, dos horas después de que el jurado pronunció su veredicto contra la persona o personas desconocidas, había completado mi trabajo y estaba en condiciones de asegurar que dos de las cinco huellas encontradas en los cristales de la ventana y las tres del vaso, fueron hechas por la mano izquierda de Marlowe. Que las otras tres de la ventana y las dos del cajón fueron hechas por su mano derecha.

A las ocho, terminé en el establecimiento de Mr. H. T. Copper, fotógrafo, y con su ayuda, una docena de amplificaciones de las huellas digitales de Marlowe, que demostraban claramente la identidad con las que hizo en mi presencia y las que dejó en diversos artículos hallados en su recámara, lo que establecía el hecho de que Marlowe estuvo en la alcoba de Manderson, en donde nada tenía que hacer, y en la recámara de Mrs. Manderson, en donde tenía menos aún. Espero que podrán reproducirse las fotos, junto con el texto del despacho.

A las nueve, regresé a mi hotel y me senté a escribir mi historia. Ya la tengo completa.

Pude terminarla, anticipando las siguientes conclusiones: que la noche del crimen, el que impersonó a Manderson, estando en la alcoba de éste, dijo a Mrs. Manderson, como ya le había dicho antes a Martín, que Marlowe se hallaba en ese momento camino de Southampton; que habiendo arreglado sus cosas, apagó la luz y se metió en la cama con la ropa puesta; que esperó hasta asegurarse de que Mrs. Manderson estuviera dormida; que después se levantó y, cautelosamente, cruzó la habitación de Mrs. Manderson, sin zapatos, llevando bajo el brazo el bulto con las ropas y zapatos; que se metió detrás de la cortina y abrió las hojas de la ventana con las manos, para encaramarse en seguida en la barandilla y descolgarse sobre la suave alfombra del pasto.

Todo esto pudo realizarse durante la media hora después de haber entrado en la alcoba de Manderson, lo que, de acuerdo con Martín, hizo alrededor de las once y media.

Lo que siguió, pueden conjeturarlo los lectores y las autoridades por sí mismos. El cadáver fué encontrado a la mañana siguiente, vestido... con cierto descuido. Marlowe apareció en Southampton a las seis de la mañana siguiente.

Termino este manuscrito en el cuarto del hotel en Marlstone, a las cuatro de la mañana. Salgo para Londres, en el tren de las cuatro de Bishopsbridge, e inmediatamente después de llegar, pondré estas páginas en tus manos. Te ruego que comuniques el resumen de ellas al Departamento de Investigaciones Criminales.

PHILLIP TRENT.

CAPITULO DUODECIMO

DIAS MALOS

"Te devuelvo el cheque que enviaste por lo que hice en el caso Manderson, —escribió Trent a Sir James Molloy, desde Munich,— adonde había ido inmediatamente después de haber entregado, en las oficinas del "Record", un breve despacho relacionado con el asunto. "Lo que te mandé no vale la décima parte del dinero. Pero no hubiera tenido el menor escrúpulo en embolsarme esa cantidad, de no haberme hecho el propósito de no tocar un solo centavo salido de este asunto. Te agradecería que calcularas la cantidad que se paga ordinariamente por esa clase de trabajos y enviaras el total a la institución de caridad que consideraras más conveniente. He venido aquí, a visitar a unos amigos y a poner en orden mis ideas, pues lo que más me preocupa es encontrar algo que me tenga la mente ocupada. Encuentro que no puedo ni siquiera pintar. ¿No quisieras tomarme como tu Corresponsal Extranjero en alguna parte? Si me encontraras una buena aventura, te mandaría magníficas noticias. Después de eso, creo que podría retornar a mi trabajo habitual".

Sir James le envió inmediatamente instrucciones por cable, para que continuara su viaje hacia Kurland y Livonia, donde el ciudadano Browning continuaba ausente y el país hervía en cruenta revolución. Fué un trabajo interesante que le absorbió por completo y le sirvió de mucho. Fué el único corresponsal que tuvo la suerte de presenciar el asesinato del general Dragilew, realizado por una muchacha de diez y ocho años, en la calle de Volmar. Vió incendios, linchamientos, fusilamientos; cada día presenciaba alguna cosa que le causaba profunda repugnancia. Pero no pasaba un solo día o una sola noche en que no reviviera su memoria el rostro adorable de la mujer a quien vanamente amaba.

Descubrió en él un infeliz orgullo, como el último reducto de su apasionamiento. Le interesó la cosa como fenómeno, y le sorprendió y le iluminó al mismo tiempo.

A los treinta y dos años no se iba a engañar acerca de sus sentimientos. Caminaba por la vida lleno de un extraño respeto por ciertas debilidades femeninas y con un sencillo terror a cierta fuerza en las mujeres. Tenía la premo-





nición de que en algún momento escucharía el llamado del amor, a debido tiempo, pero sin buscarlo.

Mas jamás había considerado la posibilidad de que si le llegaba aquel día, pudiera ser en una forma siniestra. Las dos cosas que le habían sorprendido profundamente con relación a sus sentimientos hacia Mabel Manderson, eran la insana brusquedad de su fuerza y la extravagante desesperanza.

Ante los ojos de su fantasía, la mujer se le representaba siempre, en el momento en que la vió por primera vez, con el gesto que le había sorprendido sin que ella le viera, en los alrededores del desfiladero; aquel gran gesto de apasionada alegría, en su nueva libertad, que le había hecho comprender mejor que con palabras, que su viudez era la liberación de un tormento, y le había confirmado con terrible fuerza la sospecha, siempre activa en su mente, de que era como un pasaporte para la felicidad, con el hombre a quien amara. No podía decirse con certeza el momento en que aquello comenzó. La semilla del pensamiento debió haber sido sembrada, según creía, en su primer encuentro con Marlowe. Y la relación que había entre esto y lo que Mr. Cupples le había dicho, acerca de la vida matrimonial de los Manderson, debió haberse formado en las profundidades inconscientes de su mente. No obstante, a pesar de todas sus investigaciones, de todos sus esfuerzos, jamás pudo encontrar nada que incriminara a Marlowe. Si confiaba en sus sentimientos, el joven no era ni loco ni de naturaleza malvada. Pero ello no le justificaba. El crimen por causa de una mujer no tiene nada de extraño. ¡Dios lo sabe!

No podía dudar un solo momento de que Mabel Manderson se enteró de la verdad después de realizada la cosa; su inolvidable desfallecimiento, cuando le hizo bruscamente la pregunta acerca de Marlowe. Pero en todo caso, sabía igualmente que no podía recaer la menor sospecha sobre el secretario. Con seguridad, había ya destruído el manuscrito que Trent le diera, y aceptaba su palabra de guardar el secreto de todo lo que amenazaba la vida de su amante.

Pero el pensamiento de que Mabel sabía que el crimen estaba preparándose, y de que culpablemente había guardado silencio, le obsesionaba. No podía olvidarse de que la primera sospecha acerca del motivo de Marlowe en el crimen, había surgido del hecho de su huída a través de la recámara de la señora. En ese momento, sin haberla hablado ni visto aún, estaba dispuesto a fomentar la idea de su culpabilidad por su participación como cómplice.

Después, la había visto, había hablado con ella; la había ayudado en sus momentos difíciles; y tales sospechas le parecieron la más vil de las infamias. Había visto sus ojos y su boca; había respirado la misma atmósfera que ella. Trent era de los que pensaban que podían descubrir la verdadera maldad en el ambiente.

Y, sin embargo, de la mañana a la noche, sus dudas volvían a obsesionarle y tornaba a recordar que había sido, casi en su presencia, cuando Marlowe hizo los preparativos necesarios en la alcoba del muerto; que fué por la ventana de su propia recámara que escapó de la casa.

Esos y otros muchos pensamientos turbadores apenas si le dejaban, cuando se encontraba solo.

. . . .

Trent sirvió bien a Sir James, desquitando su sueldo por espacio de seis meses, y después regresó a París, donde reanudó sus trabajos con un espíritu



más animado. Recuperadas todas sus facultades, comenzaba a vivir con mayor felicidad de la que había esperado entre una tribu extraña de amigos disímbolos, franceses, ingleses y americanos; artistas, poetas, periodistas, policías, hosteleros, soldados, abogados, comerciantes y demás. Gozó de nuevo de la rara experiencia de ser admitido en el seno de la familia francesa.

El seno de la familia francesa seguía siendo el mismo que había sido conocido en el pasado. Pero los jóvenes, —se daba cuenta con verdadera pena,— eran totalmente distintos de sus antecesores. Eran mucho más superficiales y pueriles, mucho menos inteligentes.

Una mañana de junio, al descender por la Rue des Martyrs, vió acercarse a una figura que recordó en seguida. Volvió rápidamente la cabeza, porque el pensamiento de encontrarse con Mr. Bunner le era inaceptable. Por algún tiempo se había venido dando cuenta de que su herida iba cicatrizando, con el trabajo arduo y creador; pensaba menos a menudo en la mujer que amaba, y con menos pena. No quería que volviera a revivir el recuerdo de aquellos tres días.

Pero la estrecha calle no le ofreció refugio alguno, y el americano le reconoció inmediatamente.

Su cordialidad le hizo avergonzarse, ya que Trent simpatizaba con el hombre. Fueron a comer juntos, y Mr. Bunner habló. Trent le escuchó atentamente, con verdadero placer, haciendo de cuando en cuando un comentario o una pregunta.

Mr. Bunner residía en París como el principal agente Continental de la firma Manderson, ampliamente satisfecho con su posición y sus proyectos. Después de hablar de esto, Mr. Bunner confesó a Trent que había estado ausente de Inglaterra por espacio de un año; que Marlowe había entrado a formar parte de los negocios de su padre, poco después de la muerte de Manderson, y que ahora casi los controlaba enteramente. Continuaban siendo íntimos amigos y estaban proyectando pasar un fin de semana juntos. Mr. Bunner habló, con generosa admiración, del talento de su amigo para los negocios. —Jack Marlowe tiene una gran cabeza, declaró—, y si tuviera más experiencia, no me agradaría tenerlo de competidor.

A medida que iba entusiasmándose en la charla, Trent le escuchaba con mayor perplejidad. Se le hacía claro que había algo equivocado acerca de su teoría de la situación. De pronto Mr. Bunner mencionó que Marlowe estaba comprometido para casarse con una muchacha irlandesa, cuyos encantos celebró con entusiasmo creciente.

Trent se apretó fuertemente las manos, debajo de la mesa. ¿Qué había ocurrido? Sus ideas se deslizaban, desviándose. Al fin se atrevió a hacer una pregunta directa.

Mr. Bunner no estaba bien informado. Sabía que Mrs. Manderson había salido de Inglaterra inmediatamente después del arreglo de los negocios de su esposo, para irse a vivir algún tiempo en Italia. Regresó hacía poco, a Londres, decidiendo vivir en una casita que había comprado en las cercanías de Hampstead. Se decía que frecuentaba muy poco la sociedad. —Y todos los magníficos dólares esperando que alguien se presente para gastarlos,— declaró Bunner con un tono extraño.— Tiene dinero para quemar, para tirarlo... y nada. Y piense en el papel que representaría en el mundo. Es hermosa y es la

mujer más buena que me he encontrado, además. Pero parece que jamás se acostumbrará a gastar el dinero en la forma que debería hacerlo.

Poco después, Trent declaró que tenía algún negocio que atender, y los dos hombres se despidieron.

Media hora más tarde, Trent estaba en su estudio, discurriendo. Trataba de saber lo que habría ocurrido y tenía que descubrirlo de algún modo. No podía acercarse a ella; no podía volver a experimentar la vergüenza de su último encuentro; era muy difícil que volviera a poner los ojos en ella. Pero tenía que saber!...

Cupples estaba en Londres, Marlowe allá... Y de todos modos ya le había cansado París!

En el término de veinticuatro horas, las raíces que había criado en París quedaban arrancadas. Ahora contemplaba más allá de la superficie de un mar de plomo, la resplandeciente fachada de la fortaleza de Dover.

....

Pero aun cuando había decidido ponerse en actividad inmediatamente, con el fin de lograr su propósito cuanto antes, circunstancias imprevistas se lo fueron retardando.

Había decidido ver primero a Mr. Cupples, quien estaría en posición de decirle mucho más de lo que podría el americano. Pero Mr. Cupples estaba de viaje y no se esperaba que regresara antes de un mes. A Marlowe no le abordaría hasta que no se enterara de su posición. No cometería la locura de buscar a Mrs. Manderson en su casa de Hampstead.

Se alojó en un hotel, alquiló un estudio y, mientras esperaba el regreso de Mr. Cupples, se entregó de lleno al trabajo.

Al final de la semana se dió cuenta de que estaba obrando con absurda precipitación. La última vez que se vieron, recordó Trent que había mencionado su gusto por la música. Esa noche fué a la ópera y continuó asistiendo regularmente.

Solía pasar rápidamente entre las personas que estaban en el vestíbulo, y cada vez se marchaba seguro de que ella no había asistido a la representación. No obstante, tenía el consuelo de la música, que era lo único que le proporcionaba paz.

Una noche, al entrar, sintió que una mano le tocaba ligeramente el hombro. Enrojeció con la certidumbre de su premonición, y volvióse rápido.

Era ella; mucho más radiante en la ausencia de su pena y su ansiedad, en el hecho de su sonrisa, que por un momento, Trent, no pudo hablar. Ella también respiró con más fuerza y hubo una especie de atrevimiento en sus ojos y sus mejillas al saludarle.

Sus palabras fueron breves: —No quiero perder una sola nota de Tristán, —le dijo,— ni usted debe perderlas tampoco. Venga a verme en el intermedio, —agregó y le dió el número de su palco.



CAPITULO DECIMO TERCERO

ERUPCION

Los dos meses siguientes fueron un período, en la vida de Trent, que nunca ha podido recordar sin estremecerse. Se encontró con Mrs. Manderson media docena de veces, y esa fría amistad, que era una especie de lazo perfectamente calculado entre la camaradería y la primera fase de la intimidad, le dejaba azorado, lo volvía furioso. En la ópera la encontró acompañada de Mrs. Wallace, una matrona a quien había conocido desde niño. Al regresar de Italia, Mrs. Manderson había frecuentado algunos círculos, a los que pertenecía por su disposición.

Durante la segunda mitad del concierto, que había presenciado en el palco de ellas, no se pudo dar cuenta de otra cosa que del hermoso perfil de Mrs. Manderson; su masa de cabellos negros; la línea impecable de sus hombros. Al final se despidió de las dos damas de una manera formal.

La siguiente vez que la vió fué en una casa de campo, a la cual los dos acudieron como invitados. No pudo, por más que se le propuso, sacar nada en limpio acerca de la actitud de ella. Estaba absolutamente seguro de que había leído el manuscrito que le dejara en White Gables, y de que había entendido la insinuación indicada en la última de sus preguntas. Pero entonces, ¿cómo es que podía tratarlo con tanta amabilidad y franqueza, al igual que trataba a los demás hombres que jamás le hicieron el menor daño, la menor ofensa?

En muchas ocasiones que tuvieron que hablar a solas, tuvo el presentimiento de que ella quería hablarle del asunto; y cada vez, él había desviado la conversación, con una ingenuidad nacida del temor. Se hizo dos propósitos. El primero, que cuando terminara una misión que le retenía en Londres, se marcharía en seguida, y permanecería alejado de ella. Ya no le interesaba conocer la verdad. Ya no especulaba más acerca de los motivos que hubiera tenido Marlowe en el asesinato de Manderson. Mr. Cupples regresó a Londres, pero Trent no le preguntó nada. Se encontraron, él y Mrs. Manderson, en un banquete que su tío ofrecióle en su residencia de Bloomsbury, y la mayor parte de la noche la pasó conversando con el profesor de Arqueología de Berlín.

Su otro propósito fué el de no dar oportunidad a encontrarse a solas con ella.



Pero cuando, unos cuantos días después, Mrs. Manderson le escribió pidiéndole que fuera a verla al día siguiente, no hizo el menor intento de excusarse. Aquello era una especie de desafío formal.

....

Después de haber saboreado una taza de té y de haber charlado amablemente de los tópicos del día, Trent le pidió que tocara una de sus piezas favoritas, que ya la había oído en otra ocasión, consintiendo ella gustosa.

Volvió a ejecutar la melodía con perfección y sentimiento, que le hicieron conmoverse, como la vez anterior. Cuando hubo terminado, Trent le dijo simplemente: —"Es usted una artista maravillosa. Lo adivinaba antes de haberla oído nunca".

—Para mí siempre fué un gran consuelo la música. ¿Cuándo adivinó usted lo que me acaba de decir?

—Me parece que desde el primer momento que la vi a usted. —En seguida se dió cuenta de sus palabras y se rehizo bruscamente, sintiendo que por primera vez invocaba al pasado.

Hubo una breve pausa. Mrs. Manderson miró a Trent y de inmediato desvió la mirada. El color le subió a las mejillas. Luego, con un enérgico movimiento de hombros, se levantó del piano y fué a sentarse en una silla, frente a él.

—Lo que acaba de decirme es una oportunidad como cualquiera otra, —comenzó diciendo, al tiempo que miraba fijamente la punta de sus zapatos,— para que le hable de lo que necesito hablarle. Le pedí que viniera a verme, Mr. Trent, por un motivo que no puedo soportar por más tiempo. Desde el día que se despidió de mí, en White Gables, me he estado diciendo a mí misma, que no importa nada lo que pudiera usted pensar de mí, en relación con ese asunto; que no es usted de esa clase de personas que cuentan a los demás lo que piensa acerca de mí, después de lo que me explicó y de las razones que me dió para suprimir su manuscrito. Me he dicho muchas veces que no importaba. Pero en el fondo, sé que sí me importa. Que importa horriblemente. Porque lo que usted pensó no es verdad. —Levantó el rostro y le miró serenamente. El hizo lo propio y soportó su mirada.

—Desde que comencé a conocerla, —respondióle Trent,—he dejado de pensar en ello.

—Gracias, —dijo Mrs. Manderson, ruborizándose intensamente. Después, jugando con uno de sus guantes, añadió:— Pero quiero que sepa cual es la verdad.

"No sé si volveré a verle más, —continuó, en voz más baja,— pero siento que, de lo contrario, es indispensable que le hable de esto. Creo que no me será difícil, porque sé que es usted una persona comprensible; y, además una mujer casada no tiene las mismas dificultades para hablar de ciertas cosas, que una muchacha soltera. No obstante, usted ha hecho muy difícil la cosa para mi.

—¿Cómo? —preguntó él tranquilo.

—No lo sé, —respondió ella.— Pero no... sí lo sé. Porque siempre me trató usted exactamente como si nunca hubiera pensado o imaginado nada de ese asunto, acerca de mí. Siempre temí que si volvía a encontrarle, me miraría usted en la misma forma horrible, desconcertante, que cuando me hizo la última pregunta en White Gables... ¿recuerda usted? Fué justo, generoso. Después de la primera vez que le hablé en la ópera, me fuí a casa pensando si en verdad



me había reconocido. Creí que bien pudo usted recordar mi rostro sin saber quien era yo.

Trent sonrió brevemente, a pesar de sí mismo, pero no dijo nada.

Ella también sonrió levemente:— No me llamó usted por mi nombre, pero la siguiente vez que nos vimos en casa de los Ireton, sí lo hizo. Una docena de veces, después de aquel día, pensé en hablarle; pero sin resolverme, creyendo que no me dejaría, que cambiaría de tema si acaso me decidía a abordarlo. ¿No es verdad? Dígame, por favor.— El asintió.— Pero, ¿por qué?— Trent permaneció silencioso.

—Bueno,—continuó Mrs. Manderson,—terminaré lo que tengo que decirle, y después me dirá usted, si quiere, el por qué de esa actitud suya. Cuando me dí cuenta de que no me dejaría hablarle del asunto, me hice el propósito firme de decírselo a toda costa. Comprenderá usted que jamás me habría atrevido, de sentirme culpable. Usted vino a mi casa hoy, convencido de que no me atrevería a abordar la cosa. Ya ve usted...

Mrs. Manderson había perdido todo su aire de vacilación. Hablaba ahora con firmeza, con la intención de acabar para siempre con esa mala inteligencia, sintiéndose dueña absoluta de la situación.

—Voy, a revelarle la historia del error que usted cometió, —prosiguió diciendo, mientras Trent, con las manos entrelazadas sobre las rodillas, seguía mirándole enigmáticamente.— Tiene usted que creerme, Mr. Trent, porque lo que voy a decirle es tan cierto como el Evangelio, a pesar de sus confusiones, de sus cosas ocultas, de sus equívocos. Entienda usted que nunca le culpé, ni le culparé tampoco, por haber llegado a la conclusión a que llegó. Sabía usted que estaba distanciada de mi esposo y sabe usted lo que eso significa. Sabía usted, antes de que se lo dijera, de que él tenía una actitud hiriente hacia mí; pero yo fui lo bastante necia para intentar darle una explicación. Le dije que estaba desilusionado de mí, porque no llevaba la vida brillante, en sociedad, que él esperaba. Pues bien, eso es verdad. Así era. Pero me dí cuenta de que usted no estaba convencido. Usted adivinó lo que a mí me costó mucho tiempo sospechar, por su mismo carácter absurdo, irracional: que mi esposo estaba celoso de John Marlowe.

"Después me porté como una tonta, cuando me dió usted a entender que había adivinado. Prácticamente me preguntó usted si el secretario de mi marido no era mi amante... tengo que decirlo así, en esa forma tan cruda, porque quiero que entienda la causa de mi desfallecimiento; el motivo que me obligó a hacer una escena. Usted lo tomó por una confesión; pensó usted que era yo culpable, y supongo que habrá llegado hasta a suponer que era yo cómplice en el crimen; que había consentido... Eso me ofendió; pero quizás no podía usted pensar de otro modo... no sé.

Trent, que no había quitado la vista un momento de su rostro, dejó caer la cabeza. No volvió a levantarla, aun cuando ella continuó: —Pero en realidad fue la sorpresa, la desesperación, las que me hicieron perder el control, y el recuerdo de toda la miseria que aquella sospecha significaba para mí. Y cuando me rehice, usted ya se había marchado.

Se levantó, cruzó la estancia, y deteniéndose ante un escritorio que estaba junto a la ventana, abrió un cajón y sacó de él un sobre largo y sellado.



—Este es el manuscrito que me dejó, —dijo. Lo he leído de cabo a rabo varias veces. Siempre me admiró, como a muchas otras gentes, su inteligencia en estas cosas.— Creo que es algo magnífico, Mr. Trent... casi me olvidé, leyendo, que se trataba de mi propia historia... tan interesada estaba en ella. Y ahora quiero hacerle saber, todo mi agradecimiento por su acto caballeroso, lleno de generosidad, consistente en haber sacrificado su triunfo antes que poner en peligro la reputación de una mujer. Si todo hubiera sido como usted supuso, los hechos hubieran salido a luz cuando la policía se hizo cargo del caso que usted dejó en sus manos. Créame que comprendí todo lo que había hecho, y le estoy sinceramente agradecida, a pesar de que me sentía miserable, ante su sospecha.

Al decir eso, su voz vaciló y sus ojos tuvieron un reflejo acerado. Trent no se dió cuenta de eso. Seguía con la cabeza humillada. Parecía no escucharla. Mrs. Manderson se acercó y le puso el sobre en las manos, con tal gentileza, que él alzó la cabeza.

—Puede usted... comenzó a decir suavemente.

Ella hizo un gesto, con la mano levantada.— No, Mr. Trent, déjeme acabar antes de que diga nada. Es para mí un consuelo tan grande haber roto el hielo, al fin, que quiero terminar mi historia, mientras sienta aun el gusto que me da el triunfo de haberla comenzado.— Volvió a sentarse en el sofá.— Le estoy diciendo a usted algo que nadie más sabe. Todo el mundo sospechaba que había algo entre mi esposo y yo, a pesar de que trataba de ocultarlo por todos los medios a mi alcance. Pero no creo que nadie en el mundo hubiera sospechado cual era la idea que tenía mi esposo. La gente que me conoce, no puede suponerme capaz de eso. Voy a explicarle cual era la situación. Mr. Marlowe y yo fuimos buenos amigos desde el principio. A pesar de toda la inteligencia que le suponía la gente, yo siempre consideré a mi marido como un muchacho. Un día me preguntó qué era lo que me parecía mejor de Marlowe, y sin pensarlo mucho, le respondí: "sus maneras". Me sorprendió en extremo su mirada dura al oir eso y el escucharle decir, después de una pausa: "En efecto, Marlowe es un caballero, realmente". No me miró siquiera al pronunciarlo.

"No volvió a hablarse más del asunto, hasta hace cerca de un año, cuando me enteré de que Marlowe había hecho lo que siempre esperé que hiciera, enamorarse locamente de una muchacha americana. Pero para mi más profundo disgusto, escogió a una muchacha insignificante, la más insignificante de todas las que conocíamos. Era hija de padres muy ricos y hacía con ellos lo que le daba la gana; muy bella, bien educada, hábil para los juegos, que no se preocupaba de otra cosa que de divertirse. Fue uno de los flirteos mas descarados que haya conocido. Todo el mundo estaba enterado, y aun creo que el mismo Marlowe lo sabía, aun cuando se hacía tonto. Ella estaba enamorada de él, pero me parecía que estaba jugando con Marlowe. El asunto era tan idiota, que me hizo ponerme furiosa. Un día le pedí a Marlowe que me llevara a dar una vuelta por el lago de nuestra casa, en Lake George. Hacía mucho tiempo que no teníamos oportunidad de estar a solas. En el bote le hablé; él tomó la cosa con serenidad, pero me dí cuenta de que no me creyó una sola palabra. Tuvo la audacia de decirme que no entendía la naturaleza de Alice. Cuando le insinué algo acerca del porvenir, me respondió que sabría hacerse de una posición digna de ella. No





lo dudé, conociendo su inteligencia y su habilidad. Pero poco tiempo después de esta entrevista, pudo ver claro.

"Mi marido me ayudó a bajar del bote cuando regresamos. Dió una broma a Marlowe, acerca de algo que no recuerdo. Pero conmigo estuvo serio y reservado toda la noche... no molesto. Después de la cena no me habló más que una vez. La siguiente vez que nos vió juntos, fue la mañana en que Mr. Marlowe recibió una amable cartita de la muchacha, pidiéndole que la felicitara por su compromiso matrimonial. Estábamos entonces en nuestra casa de New York. El hombre sintió tanto aquella decepción, que fuí a verle al cuarto donde trabajaba, para preguntarle que le ocurría. No me respondió, sino que me entregó la carta, para que la leyera, y se dirigió silenciosamente a la ventana. Me alegré de que se hubieran acabado aquellas relaciones, aun cuando sentía pena por él. No recuerdo lo que le dije, pero si haberle puesto una mano en el hombro, mientras él miraba distraídamente al jardín. En esos momentos apareció mi marido, con unos papeles en la mano. Solamente nos miró un instante, y regresó sin hablarnos, a su despacho. Creo que oyó lo que le estaba diciendo a Mr. Marlowe para consolarlo. Mr. Marlowe no vió ni oyó a mi marido. Este se marchó al Oeste a la mañana siguiente. Aun entonces no llegué a comprender, por qué solía tener esas ausencias inesperadas, cuando algún negocio lo demandaba.

"No fué sino hasta una semana más tarde, cuando estuvo de vuelta, que me dí cuenta de la situación. Mi marido estaba pálido y tenía un aspecto extraño, y tan pronto como me vió, me preguntó donde estaba Mr. Marlowe. Algo en el tono de su voz hizo adivinarlo todo como en un relámpago.

"Me puse furiosa de indignación. No podía comprender su sospecha sobre un hombre en quién confiaba. Me hizo ver rojo. Todas las fibras de mi orgullo vibraron, hasta hacerme estremecer, y en aquel preciso momento me juré que no haría jamás nada que le hiciera comprender que conocía su sospecha. Me portaría como me había portado hasta entonces... siempre. Y así lo hice, hasta el último momento. Aun cuando sabía que una muralla, que nada ni nadie podía romper, se había interpuesto entre ambos, nunca le demostré que había notado el menor cambio en él.

"El jamás se atrevía a decirme una palabra, aun cuando yo comprendía que la cosa persistía en su mente. Ambos permanecíamos obstinados en nuestras distintas actitudes. Hacia Mr. Marlowe se mostraba mucho más amigo, mucho más amable que nunca... Dios sabe por qué. Supuse que estaba preparando alguna venganza. Mr. Marlowe jamás supo que sospechara de él. El y yo seguimos siendo buenos amigos, aun cuando nunca volvimos a hablar de nada íntimo, después de su desilusión. No obstante, me hice el propósito de seguir viéndolo con la misma frecuencia de antes. Después regresamos a Inglaterra y a White Gables, y más tarde de eso, ocurrió el terrible fin de mi esposo".

Extendió las manos en un gesto final. —Usted sabe, mejor que nadie, lo demás,— añadió mirándole con una curiosa expresión.

Interiormente, Trent se sentía poseído de gratitud. Toda la vivacidad le había vuelto al rostro. Mucho antes de que Mrs. Manderson hubiera terminado su historia, adivinó la certidumbre de su veracidad.

—No sé como pedirle perdón, —le dijo. —No encuentro palabras para decirle lo avergonzado que me siento, por haber sospechado de usted. Algunas



veces, estando solo, he recordado esa locura, despreciándome.— Traté de imaginarme cuales habían sido los hechos. Traté de excusarme.

Ella le interrumpió rápidamente. —¡Qué tontería! Sea usted razonable, Mr. Trent. Solamente me había visto dos veces en su vida, antes de que viniera a mí con la solución del problema. Si habla usted de locura, realmente es una locura en un hombre como usted, pretender que una mujer como yo llevara escrita en el rostro su inocencia.

—¿Qué quiere dar a entender cuando dice "un hombre como usted"?—preguntó él, con una especie de fiereza. ¿Me toma usted por una persona sin instintos normales? No quiero decir que impresione usted a la gente por su carácter transparente; no quiero decir que una persona extraña la consideraría incapaz de maldad, si tuviera pruebas; lo que quiero, al decir que una persona qué, después de haberla conocido, de haber vivido en su atmósfera, sea capaz de cometer la imbecilidad que yo hice, es un estúpido... de esos estúpidos que tienen miedo de confiar en sus sentidos. En cuanto a haberle hecho difícil el que usted abordara el asunto, es verdad. Fue un caso de cobardía moral. Esperaba que me perdonaría usted sin palabras. Yo no puedo ni podré hacerlo nunca. Y, sin embargo, si usted supiera... Se detuvo bruscamente, y, en seguida, añadió: —¿Quiere usted aceptar todo esto como una excusa?

Mrs. Manderson lanzó una alegre y sonora carcajada, que operó el milagro de contagiarle.

—Que final más triunfante para nuestras mutuas explicaciones. Ahora todo acabó y no volveremos a hablar más del asunto.

—Espero que no, —dijo Trent, sinceramente consolado. Y ahora, Mrs. Manderson, me marcho.

—No, espere un momento. Quiero decirle aun otra cosa. Haga favor de sentarse. —Cogió el manuscrito, que él había depositado sobre la mesa, y le dijo:— Quiero hablarle acerca de esto.

—Yo también, necesito preguntarle algo muy importante.

—Dígame.

—Puesto que la razón que tenía para suprimir ese informe era pura fantasía, ¿por qué no hizo ningún uso de él? Cuando comencé a darme cuenta de que me había equivocado acerca de usted, me expliqué su silencio hacia mí, diciéndome que no era usted capaz de ponerle la soga al cuello a nadie, hiciera lo que hiciera. ¿Estuve equivocado? Otra de las posibilidades en que pensé, fue la de que sabía usted algo que pudiera justificar o excusar la actitud de Mr. Marlowe. O también hubiera experimentado horror, sencillamente, de verse mezclada públicamente en un asesinato.

Mrs. Manderson se llevó el sobre a los labios para ocultar una sonrisa. —Supongo que no habrá pensado en otra posibilidad, Mr. Trent?

—No, —respondió él, intrigado.

—Me refiero a la posibilidad de haberse equivocado con Mr. Marlowe. No, no necesita usted decirme que la cadena de pruebas es completa. Ya sé que lo es. Pero ¿pruebas de qué? De que Mr. Marlowe hubiera suplantado a mi esposo aquella noche, escapando por la ventana, y habiendo luego una coartada. He leído su manuscrito una y otra vez, Mr. Trent, y no veo cómo podría usted dudar de esas cosas.



Trent la miró, curiosamente, sin decir palabra alguna que llenara la breve pausa que siguió. Mr. Manderson se alisó la falda, con aire preocupado, como tratando de recapacitar.

—No hice el menor uso de los hechos que había usted descubierto, —dijo lentamente,— porque me parecieron que podían ser fatales para Mr. Marlowe.

—Estoy de acuerdo con usted, —respondió Trent.

—Y, —añadió, mirándole directamente al rostro,— como sabía que era inocente, no quise exponerle a un riesgo.

—Sugiere usted, —inquirió Trent,— que Marlowe se fabricó una coartada, que solo un hombre desesperadó pudo haber intentado, para justificarse, de un crimen que no había cometido? ¿Le dijo acaso que era inocente?

Mrs. Manderson rió impaciente. ¿De modo que cree usted que seguía hablándome? No. Se equivoca. Sencillamente, estaba seguro de que él no era culpable. Ya veo que le parece absurdo; pero dese cuenta de lo irrazonable que es usted, Mr. Trent. Hace un momento me decía que era una estupidez de su parte, después de haberme conocido, de haber respirado la misma atmósfera, el dudar de mí. Mi atmósfera y yo le estamos muy agradecidos, Mr. Trent, pero creo que debemos respetar las atmósferas de los demás. Yo conozco más de la atmósfera de Mr. Marlowe, que usted de la mía. He vivido cerca de él muchos años y sé que es incapaz de un crimen. La idea de que pudiera planear uno es tan absurda como la de que usted pudiera robarse el bolso de una dama, Mr. Trent. Puedo imaginármelo a usted matando a un hombre, si ese hombre tuviera las mismas oportunidades de poderle matar a usted. Yo misma podría matar a alguien en determinadas circunstancias. Pero Mr. Marlowe es incapaz de eso, no importa cuales fueran las circunstancias. Realmente, odia y desprecia la violencia. Es un hombre muy extraño en determinados aspectos. Nunca he podido sospechar siquiera la parte que representó en los acontecimientos de aquella noche.

—En ese caso, —dijo Trent, que había seguido con enorme interés las palabras de Mrs. Manderson,— tenemos que aceptar forzosamente dos posibilidades, a las que no les había prestado mucha importancia hasta este instante. Aceptando que Mr. Marlowe sea como usted dice, es lógico que hubiera podido matar en defensa propia, o pudo también haberlo hecho de manera accidental.

La dama asintió.— Le aseguro que pensé en ambas cosas cuando leí su manuscrito.

—Y supongo que se le habrá ocurrido pensar también que, en cualquiera de los dos casos, lo natural, lo mas seguro para él, consistía en hacer una declaración pública de la verdad, en vez de recurrir a ciertos subterfugios que le denunciaban como culpable ante los ojos de la ley.

—Sí, —respondió ella,— pensé en todo, hasta que me dolió la cabeza. Y pensé que otra persona pudo haber sido la culpable, y que él trató de ocultarla. Pero no encontré la solución del misterio, y preferí abandonarlo. Lo único de que estaba cierta era de que Mr. Marlowe no es un criminal, y que si decía lo que había usted escrito, el juez y los jurados probablemente le habrían creído culpable. Me prometí hablarle de este asunto la primera vez que volviéramos a vernos, y ya ve usted que he cumplido mi promesa.

Trent, con la barba sobre las manos, sentía que iba creciendo en él el incentivo de lanzarse a caza de la verdad. No aceptaba como incuestionable la creencia de Mrs. Manderson con relación al carácter de Marlowe.

—No hay más que un camino a seguir, dijo al fin, levantando la cabeza. —Iré a ver a Marlowe. Necesito saber la verdad. ¿Quiere usted decirme como se comportó después del día que me marché de White Gables?

—No volví a verle, —respondió Mrs. Manderson sencillamente.— Durante muchos días después de que se hubo marchado, me sentí enferma y no salí de mi habitación. Cuando me restablecí, él se encontraba en Londres, arreglando sus cosas con los abogados. No asistió a los funerales. Inmediatamente después me marché al extranjero. Al cabo de un mes, me llegó una carta de él, diciendo que había terminado sus asuntos. Me agradecía profundamente lo que llamó mis gentilezas, y se despedía. No hablaba en lo aboluto de sus proyectos para el futuro, y me extrañó que no mencionara una palabra acerca de la muerte de mi esposo. No le respondí. Sabiendo lo que sabía, no me atreví. No quería volver a saber o a oír de él.

—¿De modo que no sabe usted qué ha sido de él?

—No, pero me imagino que Tío Burton, —Mr. Cupples,— podrá decírselo. Hace algunos días me informó que se había encontrado con Mr. Marlowe en Londres, y estuvo hablando con él. Naturalmente, le cambié la conversación.— Hizo una pausa, y sonrió con un dejo de malevolencia.— Me imagino que sabrá usted muchas cosas en relación con el comportamiento de Mr. Marlowe, a partir del día en que se fue de White Gables.

—¿Quiere usted saberlas? —interrogó Trent, enrojeciendo.

—Se lo pido, —respondió ella serenamnte.

—Me lo pide para humillarme de nuevo, Mrs. Manderson. Está bien. Voy a decirle lo que supuse que me encontraría cuando regresara a Londres: que se había usted casado con Marlowe y que ambos se habían ido a vivir al extranjero.

Ella le escuchó con calma extraordinaria. —Ciertamente, no habríamos podido vivir cómodamente en Londres con su dinero y el mío, —observó pensativa.— Prácticamente, no tenía nada entonces.

Por un momento Trent rió un tanto embarazado.

—¡Dios mío! —exclamó Mrs. Manderson.— He dicho alguna cosa terrible. Seguramente usted tiene que saberlo. Suponía que a estas horas ya lo sabía todo mundo... si volvía a casarme, perdía todo el dinero que me había dejado mi marido.

El efecto que le hizo a Trent escuchar aquella confesión, fue extraordinamente curioso. Por un momento, su rostro se iluminó de emoción y sorpresa. Se vió los nudillos, que se le iban poniendo blancos al apretarse en la silla, como un paciente que sufriera al saber que iba a ser operado. Pero todo lo que dijo, en un tono más bajo que el acostumbrado, fué: —¡No tenía la menor idea de eso!

—Pues así es. En realidad, Mr. Trent, no tiene nada de singular. Y creo que hasta me alegra. Por una parte, cuando menos, me evita las numerosas atenciones que se dispensan por regla general a las mujeres en mi situación.

—No hay duda, —asintió él, gravemente.— ¿Y por otra parte?

Le miró inquisitiva un momento, después rió. —¡Ah! Esa me preocupa menos. No creo que haya ningún hombre lo bastante idiota para casarse con una viuda egoísta, acostumbrada al lujo, y sin otra cosa que lo que me dejó mi padre.

Movió la cabeza, y algo en ese gesto, acabó de hacer que Trent perdiera el control.

—¡No crée usted! —exclamó, levantándose, con un movimiento violento y avanzando hacia ella.— Pues voy a demostrarle que la pasión humana no siempre es estimulada por el afán del dinero. Voy a decirle lo que muchas gentes mejores que yo habrían deseado decirle, pero que no sintieron el valor de hacerle frente a una situación difícil. ¡Míreme! ¡Soy como la visión del siglo! ¡El hombre que se atreve a decirle que la ama y a pedirle que renuncie a su fortuna, para quedarse a su lado!

Mrs. Manderson se ocultó la cara entre las manos, para contestar, temblorosa: —¡Por amor de Dios... no hable usted así!

—Voy a atreverme a rogarle que me deje decirle todo lo que tengo que decirle antes de que se marche. Quizás sea de mal gusto, pero correré el riesgo; necesito desahogar mi alma. Esa es la verdad. Me impresionó usted desde la primera vez que la ví, sin que se diera cuenta, al pie del desfiladero, cerca del lago, perezosamente recostada sobre la hierba, en Marlstone. Fué solamente su belleza la que me atrajo entonces. Pero aun, esa belleza no habría sido mas que un hermoso recuerdo en mi mente, si no hubiera sido por otra cosa. Fue la vez que la acompañé, del hotel a su casa, cogido de su brazo. Entonces supe que la magia de su encanto me poseía; que jamás podría olvidar ese día durante todo el resto de mi vida. Entonces me obsesionó la locura de decirle lo que le estoy diciendo ahora; que la vida no significaría ya nada para mí, si no me amaba; que estaba preso para siempre en las redes de sus negros cabellos y en el encanto de su voz...

—¡Basta! —exclamó ella, echando atrás la cabeza, roja como la púrpura, y con las manos aferradas a los cojines del asiento. Habló atropelladamente, respirando anhelosa: —No debe olvidarse del sentido común. ¿Qué significa esto? Le desconozco a usted, parece otro hombre. Se ha olvidado de que no somos unos chiquillos? Habla usted como un muchacho enamorado por primera vez. Es tonto, irreal... si usted no se da cuenta, yo sí. ¿Qué le ha ocurrido? —Ahora hablaba entre sollozos.— ¿Cómo puede abrigar un hombre como usted, ese sentimentalismo? ¿Qué se ha hecho de su prudencia?

—¡Se acabó! —exclamó Trent, riendo intempestivamente. —Y no me importa. Jamás me habría atrevido a declarármele a usted, mientras existiera el obstáculo de su fortuna. Quizás por cobardía, por miedo a lo que usted pensara... por miedo a los comentarios de la gente, también. Pero eliminado ese obstáculo, puedo hacerle frente a las cosas con serenidad; puedo decirle la verdad en sus propios términos. Llámele usted sentimentalismo o lo que desee. Pero por lo que más quiera, créame que en mí, ha sido algo muy serio, a pesar de que usted lo haya considerado como una comedia. Le he dicho que la amo, que la venero, que la adoraría siempre, como la cosa más sagrada que haya en el mundo para mí. Y ahora, permítame que me marche.

Pero ella le tendió ambas manos...



CAPITULO DECIMO CUARTO

ESCRIBIENDO UNA CARTA.

—Si insiste usted, —dijo Trent,— supongo que tendré que ceder. Pero, preferiría escribirle, aun cuando, ¿qué le diría?

—Dígale lo que quiera decirle, —sugirió ella, con ánimo de ayudarle.

El movió la cabeza.— Lo que quiero decirle, —lo que quisiera decir a todos los hombres, mujeres y niños que me encontrara en mi camino, es esto: "Mabel y yo estamos comprometidos, y mi alegría no tiene límites". Pero eso no sería el principio correcto para una carta de carácter estrictamente formal, por no decir siniestro. Todo cuanto he podido escribir hasta este momento, es: "Mi querido Mr. Marlowe". ¿Qué le digo ahora?

—Le envío a usted un manuscrito, —dictó ella,— que espero le gustará conocer.— Gentilmente le tomó de una mano y lo llevó hasta la silla que estaba ante el escritorio, diciéndole: "Quiero ver lo que va a escribirle. Me gustaría dejar las cosas en el estado en que están, pero usted dice que tiene que saber la verdad, y si es así, quisiera que fuera cuanto antes. Escríbale ahora mismo, y le enviaré la carta inmediatamente.

—Se hará como usted desea, —Dijo Trent, fechando la carta. Mrs. Manderson contempló su cabeza inclinada sobre el papel, e hizo un movimiento, como queriendo acariciar sus cabellos un poco en desorden. Pero no llegó a tocarlos. Se fue silenciosamente, hasta el piano, y comenzó a tocar suavemente. Pasaron diez minutos antes de que Trent volviera a hablar.

—¿Y si se le ocurre contestar que no dirá nada?

Mrs. Manderson le miró por encima del hombro. —Seguramente no se atreverá a hacer eso. Hablará para prevenirle que le denuncie.

Unos cuantos minutos más tarde, Trent declaró: —Al fin, soy su seguro servidor. ¿Quiere usted leer la carta?— Corrió junto a él, y encendió una veladora que estaba junto al escritorio. Después, inclinándose sobre su hombre, leyó:

"Querido Mr. Marlowe: Quizás recordará usted que nos conocimos en circunstancias difíciles, en Marlstone, en el mes de junio del año pasado.

"En aquella ocasión era de mi deber, como representante de un periódico, llevar a cabo una investigación independiente de las circunstancias relacionadas con la muerte de Mr. Sigsbee Manderson. Al hacerla, llegué a ciertas conclu-



siones. Por el manuscrito adjunto, que estaba destinado a publicarse, se enterará usted de cuales fueron estas. Por razones que no es necesario enumerar, decidí no publicarlo en el último momento, ni tampoco comunicárselas a usted. Debo advertirle que dos personas únicamente conocen dicho manuscrito".

En este punto, Mrs. Manderson apartó bruscamente la vista del papel, con el ceño fruncido. —¿Dos personas?— dijo con acento interrogador.

—Su tío es la otra. Le busqué anoche y le conté toda la historia. ¿Tiene usted algo que objetar? Tenía que hacerlo así por habérselo prometido, y el haber guardado silencio habría sido tanto como darle pie a que sospechara algo. Por eso quise que se enterara de todo. Es un hombre de conciencia, y un buen consejero, además. Me gustaría que estuviera conmigo cuando viera a Marlowe.

Mrs. Manderson suspiró.— Tiene usted razón... mi tío debía enterarse. Espero que no vaya a intervenir otra gente más. Le cogió una mano, oprimiéndosela fuertemente.— Deseo que todo esto quede enterrado para siempre! Me siento muy feliz ahora, querido, pero me sentiré más aún, cuando haya satisfecho absolutamente su curiosidad... En seguida continuó leyendo la carta.

"Recientemente, sin embargo, me he enterado de ciertas cosas que me han hecho cambiar de opinión de nuevo. No quiero decir que publicaré lo que descubrí, pero si que estoy decidido a tener una entrevista con usted, para pedirle una declaración de carácter privado.

"Espero, en consecuencia, que me diga cuándo y dónde puedo verle; a menos que prefiera que la entrevista la celebremos en mi hotel. En ambos casos, me gustaría que Mr. Cupples, a quien recordará usted, y que ha leído el documento adjunto, esté presente. Su seguro servidor.

Philip Trent.

Trent dobló la carta y la metió en un sobre. —No debe correr el menor riesgo de que se pierda o vaya a dar a una dirección equivocada. Lo mejor será enviarla con un mensajero, con órdenes de que se la entregue en propia mano.

—Yo me encargo de eso, —le dijo Mrs. Manderson.— Espere un momento.

Cuando regresó a la sala, encontró a Trent buscando algo en el gabinete de música. Se arrodilló en la alfombra, a su lado.

—Quiero saber una cosa, Philip, —le dijo.

—Si puedo decírtela...

—Cuando viste anoche a mi tío, le dijiste... algo acerca de nosotros?

—No, —respondió él. A tí es a quien corresponde decir si hacemos al mundo nuestro confidente, ahora mismo, o más tarde.

—Entonces, ¿quieres decírselo? —Bajó la cabeza y se contempló las manos entrelazadas.— Quisiera que fueras tú el que se lo dijeras. Quizás, si lo piensas adivinarás por qué... En eso quedamos! —Levantó los ojos y los fijó en él, y por espacio de un rato, ambos permanecieron en silencio.

Al fin, se arrellenó en el sillón confortable. "Que mundo este! —dijo.— Mabel, ¿quisieras tocar algo en el piano que expresara alegría, pero una alegría que pudiera contagiar a todo el universo, ¿me entiendes? Es un placer que no puede durar siempre, y en consecuencia, debemos aprovecharlo lo más posible.

Mabel se dirigió al piano y tocó unos acordes, mientras pensaba. Después, comenzó a ejecutar con toda su alma, el tema del último movimiento de la Novena Sinfonía, que tiene mucha semejanza con el abrirse de las puertas al Paraíso.

CAPITULO DECIMO QUINTO

DOBLE ASTUCIA

En una amplia habitación que tenía la vista a St. James Park, amueblada y decorada con gusto, pero en la que se adivinaba, a las claras, que estaba habitada por un soltero, John Marlowe abrió un pesado escritorio de caoba, y sacó de él un sobre alargado.

—Tengo entendido —dijo a Mr. Cupples—, que está usted enterado de esto.

—Lo leí, por primera vez, hace dos días —respondió Mrs. Cupples, que, sentado en el sofá, contemplaba la estancia con ojos benévolos—. Lo hemos discutido ampliamente.

Marlowe se volvió a Trent. —Aquí tiene su manuscrito —dijo, dejándolo sobre la mesa—. Lo he leído tres veces y creo que nadie se ha acercado más a la verdad que usted.

Trent no hizo caso de la alabanza. Estaba sentado junto a la mesa, contemplando el fuego de la chimenea, con las piernas enroscadas debajo de la silla.

—Quiere usted decir, naturalmente —inquirió, atrayendo el sobre—, ¿que va usted a revelar el resto de la verdad? Estamos dispuestos a escucharle. Espero que se trate de una historia larga, y mientras más larga, mejor, pues tengo interés en conocer este asunto ampliamente. Lo que desearíamos saber, antes que nada, es el estado de las relaciones que conservaba con Manderson. Desde el primer momento me pareció que el carácter de ese hombre podía ser un elemento importante en todo este asunto.

—Tiene usted razón —respondió Marlowe. Cruzó la habitación, y fué a acomodarse en el umbral acojinado de la ventana—. Comenzaré hablando de eso.

—Tengo que decirle de antemano —agregó Trent, mirándole a los ojos— que aun cuando he venido aquí a escucharle, no tengo razón ninguna, hasta este momento, para dudar de las conclusiones establecidas en el manuscrito. Se trata de que haga usted su defensa... ¿Comprende?

—Perfectamente.

Marlowe estaba sereno y en completa posesión de sí mismo. Era un hombre muy distinto del joven nervioso, agotado, que había conocido hacía año y medio en Marlstone. Solamente la curva de su boca denunciaba que se encontraba en un predicamento y que estaba resuelto a afrontarlo.



—Sigsbee Manderson no era un hombre de mente normal —comenzó Marlowe, con voz tranquila—, a la mayor parte de los hombres de dinero que conocí en América, les sucede eso, por causa de su anormal ambición, de su laboriosidad anormal, de su anormal fuerza personal, de su suerte anormal. Ninguno de ellos tenía un intelecto notable. Manderson se encantaba apilando dinero; trabajaba incesantemente para obtener esa finalidad; era un hombre de voluntad dominadora y, tenía, además, su parte de suerte; pero lo que le destacaba singularmente, era su potencia cerebral. En su propio país, quizás pudieran haberle dicho que, su característica principal, era la manera despiadada de conseguir sus fines; pero hay cientos de hombres capaces de realizar sus planes con la misma falta de consideración para los demás.

"No digo que los americanos no sean vivos; como nación, lo son diez veces más que nosotros. Pero nunca conocí a nadie que tuviera mayor grado de sagacidad y visión, tales dotes de memoria y tenacidad mental, tal fuerza de inteligencia, que las que demostraba Manderson en todas sus operaciones para hacer dinero. En los periódicos le llamaban con frecuencia el "Napoleón de Wall Street"; pero pocas gentes sabían, tan bien como yo, cuánta verdad se encerraba en esa frase. Parecía no olvidar jamás un hecho que pudiera serle útil, y hacía exactamente con las circunstancias comerciales que le concernían, lo que Napoleón con los hechos militares. Los estudiaba en breves resúmenes que le preparaban a cortos intervalos y que siempre tenía a la mano. Todo lo que realizaba, lo hacía por sorpresa, y de ahí dependió gran parte de sus éxitos.

"Me acostumbré a pensar que la corriente de sangre india que tenía, a pesar de lo remota que era, era responsable de su astucia y de su impiedad. Por extraño que parezca, su existencia sólo era conocida por él y por mí. En cierta ocasión, me pidió que averiguara su ascendencia genealógica, y entonces fué cuando descubrí que tenía parte de la sangre del jefe Iroquois, Montour, y de su esposa francesa, una mujer terrible, que gobernaba la política de las tribus salvajes, hace doscientos años. Los Manderson se dedicaban al comercio de pieles, en la frontera de Pensilvania, en aquellos días, y más de uno de ellos se casó con mujeres indias. Las nuevas familias se intercasaban constantemente con las viejas, y muchas de ellas, tienen en sí mismas una corriente de sangre nativa, de la que se mostraban orgullosas. Pero Manderson tenía la idea de que es una desgracia la sangre mezclada, circunstancia que se afirmó con motivo de la cuestión de los negros, al final de la guerra civil. Se impresionó profundamente cuando le dí a conocer el resultado de mis investigaciones y se mostró ansioso por ocultárselas a todo el mundo. Naturalmente, yo no dije nada a nadie de esto, mientras él vivió, y supongo que estaba seguro de mí en ese sentido. Pero se me ocurre que desde ese día sintió una especie de prevención en mi contra. La cosa ocurrió, más o menos, un año antes de su muerte.

—¿Tenía Manderson —preguntó Mr. Cupples, tan inesperadamente que los otros dos se sobresaltaron— alguna actitud religiosa definida?

Marlowe se quedó pensando un momento.

—Ninguna, que yo supiera. El rezo y la oración eran cosas desconocidas para él. Jamás le oí mencionar la religión. Dudo de que abrigara un verdadero sentido de Dios y de que fuera capaz de conocerlo a través de sus emociones. Pero tengo entendido que de pequeño recibió una educación religiosa y muy moral. Su vida privada fué siempre, en el limitado sentido usual, impecable.



Durante los cuatro años que conviví con él, jamás le oí decir una mentira, aun cuando practicaba el engaño en otras formas. ¿Puede usted comprender el alma de un hombre que no se tienta el corazón para arruinar a los demás, que usa todos los trucos de los mercados para desorientar, y que, al mismo tiempo, tiene el suficiente escrúpulo para no mentir jamás en la cosa más insignificante?

"Todo el mundo podía aceptar la palabra de Manderson, si la empleaba en forma definida. La primera vez que le oí pronunciar una mentira descarada fué la noche de su muerte; y, el oírla, creo que fué lo que me salvó de que me colgaran como su asesino.

—Antes de llegar a ese punto —interrumpió Trent—, quisiera que me dijera el estado exacto de sus relaciones durante todo el tiempo que convivió con Manderson.

—Las mejores del mundo, del principio al fin. No precisamente que fuéramos amigos —era de la clase de hombres que no los tienen—; pero sí estábamos en los mejores términos que rigen entre el empleado de confianza y el jefe. Entré a su servicio inmediatamente después de haberme graduado en Oxford, en calidad de secretario particular.

"Durante algún tiempo, gocé de la posición grandemente. Además, me sentía independiente. Mi padre tuvo serios reveses en sus negocios, en aquella época, y me daba gusto no depender de él. Al final del primer año, Manderson me dobló el sueldo. Por aquel tiempo, hacía yo muchas cosas más que acompañarle a pasear a caballo y a jugar ajedrez por la tarde, que era principalmente lo que de mí requería. Atendía sus casas, su granja en Ohio, sus cacerías en Maine, sus caballos, sus coches y su yate. Siempre estaba aprendiendo algo.

"Siempre estaba ocupado; mi trabajo era variado e interesante. Tenía tiempo para divertirme y dinero para gastar. En cierta época, hice el idiota con una muchacha; pero eso me sirvió para darme cuenta de la enorme bondad de la señora Manderson. En cuanto a su marido, nunca cambió de actitud hacia mí, a pesar del cambio que se operó en él en los últimos días de su existencia. Me trataba bien y generosamente, en su manera antipática de ser, y fué esta continuación de su actitud hasta el final, la que hizo que me sorprendiera más al enterarme, la noche de su muerte, del odio profundo que abrigaba en su alma contra mí.

Los ojos de Trent y Mr. Cupples se cruzaron en una rápida mirada.

—¿Nunca sospechó usted que le odiara antes de ese día? —preguntó Trent, al tiempo que Mr. Cupples, inquiría: —¿A qué lo atribuye usted?

—Jamás sospeché nada hasta esa noche —respondió Marlowe—. ¿Desde cuándo existía ese odio hacia mí? No lo sé. No sé tampoco qué pudo motivarlo. Me vi obligado a considerar, pensando las cosas serenamente, que se trataba de un caso de locura. Pero, ¿quién puede ahondar en los abismos de la fantasía de un lunático? ¿Puede usted imaginar el estado mental del hombre que se sentencia a muerte a sí mismo, con el objeto de entregar a alguien a quien odia, en manos del verdugo?

Mr. Cupples se removió bruscamente en su asiento.

—¿Dice usted que Manderson fué responsable de su propia muerte?

Trent le miró con ojos de impaciencia y en seguida volvió a fijar su atención en el rostro de Marlowe.



—Eso dije —respondió concisamente Marlowe, mirando a los ojos de su interlocutor—, Mr. Cupples asintió.

—¿Quiere usted decirnos ahora, —intervino Trent— los hechos que ocurrieron esa noche?

Marlowe enrojeció levemente al notar el énfasis que hizo Trent en la palabra "hechos". Irguióse y respondió cautelosamente:

—Bunner y yo cenamos con los esposos Manderson el domingo por la noche. Fué una comida como las de costumbre. Manderson estaba taciturno y sombrío, lo mismo que otros días. Los demás charlábamos. Nos levantamos de la mesa, más o menos, a las nueve. Mrs. Manderson se dirigió al salón y Mr. Bunner fué al hotel a encontrar a un amigo. Manderson me pidió que le acompañara al huerto que está detrás de la casa, diciendo que quería hablarme. Nunca pareció estar más sano ni mejor dispuesto para mí. Me dijo que quería que le hiciera un importante servicio. Se trataba de una cosa trascendental y secreta. Bunner no sabía nada de eso y cuanto menos supiera yo, mejor. Me pidió que hiciera exactamente lo que iba a decirme y no me rompiera la cabeza con razones.

"Este era el método característico de trabajo de Manderson. Cuando necesitaba que un hombre le sirviera de mero instrumento, se lo decía así. Habíame utilizado en esa forma más de una docena de veces. Le aseguré que podía confiar en mí, diciéndole que estaba listo. "Ahora mismo", me preguntó. Le dije, naturalmente, que sí.

"Entonces me dijo, más o menos, estas palabras textuales: —Hay actualmente un hombre en Inglaterra que tiene que ver conmigo en este asunto. Tiene que salir mañana para París, por barco de la tarde, que zarpa de Southampton para el Havre. Su nombre es George Harris... Cuando menos, ese es el nombre con el que viaja. ¿Lo recordará usted?

—Sí, —le respondí. Es la misma persona para la que me mandó apartar un camarote en el barco que sale mañana. "Ya le dí a usted el boleto". Aquí está, respondió, sacándolo del bolsillo.

"Ahora bien —continuó diciéndome Manderson con el tono determinado que a veces usaba—, ese hombre no saldrá de Inglaterra, mañana. Mejor será que se quede donde está. Y quiero que Bunner se quede donde está, también. Pero alguien tiene que ir en ese barco y llevar ciertos papeles a París. De lo contrario, mi plan se vendría abajo. ¿Quiere usted ir?

—Ciertamente, —le respondí— estoy aquí para obedecer órdenes.

"Mordió su puro y dijo: "Está bien. Pero no se trata de órdenes ordinarias. No se trata de esas órdenes que el jefe suele pedir a su empleado. El caso es este. El negocio que tengo entre manos es de tal naturaleza, que ni yo ni ninguna de las personas que tienen contacto conmigo deben aparecer. Es algo vital. Pero las gentes contra quienes estoy, le conocen igual que me conocen a mí. Si se enteran en cierta parte que mi secretario salió para París en este momento, con el fin de entrevistar a determinada persona —cosa que se sabrá en el momento en que ocurra—, el juego está perdido". Arrojó la colilla del puro y me miró inquisitivo.

"Le respondí que podría ocultar mi identidad y que haría la cosa lo mejor que pudiera. Le dije que era bastante bueno para el maquillaje.

"Asintió aprobatoriamente, diciendo: "Magnífico. Estaba seguro de que podría contar con usted". Después me dió instrucciones. "Toma usted el coche



ahora mismo y sale para Southampton. No hay ningún tren a estas horas. Tendrá que viajar toda la noche. Tiene usted que estar allá a las seis de la mañana. Inmediatamente que llegue, váyase derecho al Bedford Hotel y pregunte por George Harris. Si está allá, dígale que se embarcará en su lugar, y pídale que me telefonee aquí. Es muy importante que sepa este detalle lo antes posible. Pero si no está allá, quiere decir que recibió las instrucciones que le mandé por cable y no salió para Southampton. En ese caso, no tiene que molestarse por él más, sino esperará el barco. Puede dejar el coche en cualquier garage, con un nombre supuesto, el mío no deberá darlo. Trate de cambiar su apariencia. No me importa en qué forma; pero que sea lo mejor posible. Viaje en el barco, bajo el nombre de George Harris. Tenga cuidado y no hable mucho con nadie. Cuando llegue, tome una habitación en el Hotel San Petersburgo. Recibirá allí una nota dirigida a George Harris, diciéndole dónde llevará la cartera que voy a darle. ¿Ha entendido usted bien?"

"Le repetí sus palabras. Le pregunté si me regresaba de París después de entregar la cartera. "Tan pronto como quiera", me dijo. "Y recuerde esto: pase lo que pase, no se comunique conmigo en ninguna etapa de la jornada. Si no recibe el mensaje en seguida que llegue a París, espérelo... días, si es necesario. Pero no me mande ni una línea a mí. ¿Comprende? Ahora prepárese a salir en seguida. Le acompañaré en el carro un trecho. Dése prisa".

"Esta fué, hasta donde recuerdo, la substancia exacta de lo que Manderson me dijo aquella noche. Me dirigí a mi cuarto, me cambié de traje y, apresuradamente, metí algunas cosas en un maletín. Mi mente estaba en un torbellino, no precisamente por el asunto en sí, sino por la brusquedad con que se presentaba.

Corrí rápidamente con el maletín en la mano y fuí a encontrarle en la biblioteca. Me entregó un portafolio de cuero, de unas ocho por seis pulgadas, perfectamente cerrado con llave. En seguida fuí a sacar el carro del garage.

"Cuando estaba a punto de detenerlo frente a la casa, un brusco pensamiento me asaltó. Recordé que sólo llevaba unos cuantos chelines en la bolsa.

"Desde hacía algún tiempo me hallaba escaso de dinero y, por esta razón —que tiene importancia vital, como verán en seguida— estaba viviendo de dinero prestado. Mientras estuve con Manderson nunca cuidé del dinero y, siendo un individuo gregario, me había hecho de numerosas amistades, algunas de las cuales, pertenecientes a un grupo de Nueva York que no tenían otra ocupación que deshacerse del mucho que tenían. La mayor parte del tiempo mis cuentas se inclinaban más hacia el debe, hasta que comencé a especular, por mera curiosidad. Pensé que era cosa fácil. Al principio, tuve suerte! Pero llegó el día en que me hundí hasta el fondo. En una semana me quedé sin nada de lo que tenía y debiendo. En esas circunstancias, fuí a ver a Manderson y le conté todo. Me escuchó en silencio con una sonrisa irónica, y después, con algo que puede llamarse simpatía —cosa que encontré por primera vez en él—; me anticipó una cantidad a cuenta de mi sueldo. "Que no se le ocurra volver a jugar a la bolsa", fué todo lo que me dijo.

"Ahora bien, aquél domingo por la noche, Manderson sabía perfectamente que estaba sin un centavo en la bolsa. Sabía que Bunner lo sabía también. Les ruego que tengan presente este conocimiento de Manderson en la mente. Tan pronto como detuve el coche a la puerta, entré en la biblioteca y le dije a Manderson mi situación.



"Lo que ocurrió, me dió la primera impresión de que algo raro ocurría. Tan pronto como mencioné la palabra "gastos", se metió la mano en la bolsa trasera del pantalón, donde siempre llevaba una cartera conteniendo billetes hasta por mil libras. Tenía tal costumbre de hacer eso, que me sorprendí profundamente al darme cuenta de que se detenía bruscamente y, por primera vez, le oí jurar en voz baja. ¿Se le habría olvidado la cartera?, fué lo primero que se me ocurrió pensar. Pero, aun eso no habría afectado en nada sus planes, y voy a decirles por qué. La semana anterior, que había tenido que ir a Londres a varias comisiones, incluyendo la compra del boleto del bar, o para Mr. George Harris, había sacado de los banqueros de Manderson mil libras en billetes pequeños, por instrucciones expresas suyas. No sabía para qué quería tanto dinero en efectivo; pero sí, que estaba guardado en uno de los cajones de su escritorio, o estuvo, cuando menos, aquella misma mañana, pues yo, personalmente, le vi contándolo.

"Pero en vez de dirigirse al escritorio, Manderson se me quedó viendo. Bruscamente me di cuenta de que le poseía la ira más grande, y, poco a poco, vi cómo la fué dominando, hasta que volvió a lucir en sus ojos la eterna mirada fría. "Espéreme en el coche" —me dijo. "Voy a buscar dinero". Salimos al hall y, mientras me estaba poniendo el abrigo, vi que se dirigía al salón que, como ustedes saben, está al otro lado de la entrada del hall.

"Salí fuera y encendí un cigarrillo. Seguía preguntándome, intrigado, dónde estarían aquellas mil libras; si las había guardado en el salón y, de ser así, por qué. De pronto, al pasar por junto a una de las ventanas del salón, vi la sombra de Mrs. Manderson proyectada sobre la cortina de seda. Estaba parada ante su escritorio. La ventana estaba abierta, y la oí decir: "No tengo ni treinta libras aquí. ¿Te sirven?" No oí la respuesta; pero, al momento siguiente, la sombra de Manderson se confundió con la de ella. Mientras estuvo cerca de la ventana, le oí decir esto, que se me grabó en la memoria en forma sorprendente: "Voy a salir un rato Marlowe me ha convencido para ir a dar una vuelta en el coche, a la luz de la luna. Ha insistido mucho. Dice que me servirá para dormir mejor y creo que tiene razón."

"Ya le he dicho antes que, durante cuatro años, jamás oí a Manderson pronunciar una mentira. En este caso, se trataba de una declaración espontánea, precisa en sus términos y absolutamente falsa. Lo inimaginable había ocurrido. Se me figuró que era como si alguien, que hubiera sido íntimo mío, me golpera bruscamente en el rostro con todas sus fuerzas. La sangre se me subió a la cabeza y me quedé inmóvil en el pasto, hasta que oí sus pasos, me rehice y corrí a meterme en el coche. Me entregó una bolsa de papel con monedas de oro y billetes. —"Ahí tiene más de lo que pueda necesitar" —me dijo—, y yo me metí el sobre mecánicamente en la bolsa.

Por unos cuantos minutos estuve discutiendo con Manderson la ruta más conveniente a seguir. Pero, mientras hablaba, mi mente especulaba febrilmente con una serie de sospechas y temores. No había qué temer. Sencillamente temía algo —no sé qué— en relación con Manderson. Sentí, de pronto, que había algo siniestro que me amenazaba. Sin embargo, tenía la seguridad de que Manderson no era mi enemigo. Mis pensamientos buscaron con ansia la respuesta lógica a la pregunta de por qué había mentido. Y todo el tiempo seguía obsesionado con la idea: "¿Dónde estará el dinero?" Mis razonamientos se debatieron ferozmente para hacerme a la idea de que las dos cosas no tenían nece-



sariamente que tener relación alguna. Pero el instinto del hombre que está en peligro me mantenía en guardia. En los momentos en que el coche entraba en la carretera, puedo afirmar que sólo mi subconsciente lo guiaba. Dentro de mi ser persistía la confusión y la vaga alarma, mucho peor que cualquier pánico definido, que hubiera podido sentir.

"A una milla de la casa, a la mano izquierda, se pasa por una reja, al otro lado de la cual está el campo de golf. Allí Manderson me indicó que se bajaría y detuve el coche. —"¿Se acuerda usted de todo?" —me preguntó en un tono que me obligó a repetir sus instrucciones. "Magnífico. Buena suerte." Esas fueron las últimas palabras que le oí.

Marlowe se levantó de su asiento y se cubrió la cara con las manos. Estaba rojo con la excitación de su propio relato y había en su mirada el horror de los recuerdos que mantuvieron en silencio a los otros dos. Se sacudió, como si hubiera sido un perro, e irguióse después, parado ante la chimenea para proseguir su historia.

—Espero que ambos sabrán lo que es el espejo mirador de un coche. En los momentos en que me alejaba, vi en el espejo que Manderson hacía algo que ojalá pudiera olvidar.

Marlowe se quedó silencioso un momento, contemplando el muro que estaba frente a él.

"El rostro de Manderson —dijo en voz baja—, el espejo lo recogió por un instante. Si no hubiera sabido que Manderson estaba allí, no habría reconocido su rostro. Era el de un hombre insano, distorsionado, con los dientes desnudos, en un gesto siniestro de ferocidad y de triunfo; los ojos... Y contemplé ese rostro sólo un instante.

"La horrible intensidad de odio que flameaba en aquellos ojos me iluminó bruscamente. Ahora pienso, claramente, fríamente, porque ya sabía qué—cuando menos a quién—temer, y el instinto me avisaba que no debía dar cabida a las emociones que luchaban por poseerme. El hombre me odiaba desesperadamente. Me dí cuenta, en una forma súbita, del hecho increíble. Pero aquel rostro me dijo—se lo habría dicho a cualquiera—, más que eso. Era un rostro de odio gratuito que proclamaba el triunfo. Se regocijaba intensamente de verme alejarme hacia mi destino. ¿Pero hacia cuál destino?

"Detuve el coche. Había avanzado unas doscientas cincuenta yardas y un brusco recodo del camino me ocultaba del sitio donde se había quedado Manderson. Me eché hacia atrás en el asiento y me puse a pensar. Algo debía ocurrirme. ¿En París? Probablemente. ¿Para qué otra cosa me enviaban allá con dinero y un boleto? Pero, ¿por qué en París? La cosa me intrigó, porque no profesaba ideas melodramáticas acerca de París. Abandoné la idea por un momento y me puse a pensar en las otras cosas que me llamaron la atención aquella noche. La mentira referente a que le había yo convencido de que me acompañara a dar un paseo a la luz de la luna. ¿Qué intención tenía eso? Manderson estaría regresando solo, mientras yo me dirigía a Southanpton. ¿Qué les diría de mí? ¿Qué explicación daría de su regreso solo, sin el coche? Al hacerme esas preguntas, surgió en mi mente la última de mis dificultades. "¿Dónde estaban las mil libras?" Y, en el mismo instante, pensé en la respuesta exacta: "Las mil libras estaban en la cartera."

"Bajé inmediatamente del coche. Las piernas me temblaban y me sentía enfermo. Veía claro, al fin. Toda la historia acerca de los documentos y la



urgencia de llevarlos a París, era un truco. Con el dinero de Manderson en mi poder, del cual podía declarar que se lo había yo robado, mi situación, en apariencia, era la de estar huyendo de Inglaterra con todas las precauciones que la culpabilidad podía sugerir. Se comunicaría con la Policía inmediatamente y ya sabría la forma de ponerla sobre mi pista. Me arrestarían en París, si llegaba hasta allá, viviendo bajo un nombre falso, después de haber dejado el coche bajo un nombre falso, también, disfrazado, y viajando en un camarote que había apartado con anticipación, igualmente con nombre falso. Sería, a todas luces, el crimen de un hombre necesitado de dinero en forma desesperada.

"Al tiempo que esta serie de circunstancias acusadoras surgía en mi mente, saqué el portafolio de mi bolsa. En la intensidad del momento, no se me ocurrió, ni por un instante, pensar que pudiera estar equivocado. Pero al palparlo y pesarlo en las manos, me pareció que debía contener mucho más. Estaba demasiado abultado. ¿Qué otra cosa podía haber pensado en contra mía? Después de todo, mil libras no eran bastantes para tentar a un hombre como yo y exponerme a correr el riesgo de ir a la cárcel. En este nuevo estado de agitación, sin saber, a ciencia cierta, lo que hacía, cogí el portafolio y forcé la cerradura, que, por lo general, es cosa frágil.

Marlowe hizo una pausa y se dirigió al escritorio de caoba. Abrió un cajón, lleno de objetos diversos; sacó un manojo de llaves y seleccionó una, a la cual estaba adherida una tarjeta color de rosa.

Se la entregó a Trent. "La conservo como una especie de recuerdo mórbido. Es la llave de la cerradura que forcé. Puede haberme evitado la molestia de haber sabido, en ese momento, que estaba en la bolsa izquierda de mi abrigo. Manderson debió haberla deslizado allá, cuando estaba colgado en el hall o mientras estuvo a mi lado en el coche. Seguramente hubiesen pasado días, sin que hubiera dado con ella; en realidad, la encontré dos días después de la muerte de Manderson, pero para la Policía hubiera sido cosa de segundos el hallarla.

"Pero volviendo a mi historia. Abrí el portafolio a la luz de uno de los faros del coche. La primera cosa que encontré, fué la cartera de Manderson, que siempre llevaba en la bolsa. Al momento en que la vi, recordé el hecho de la molestia que fingió al pretender que no la llevaba encima, cuando le pedí el dinero para gastos. La abrí. Contenía unos cuantos billetes que no perdí el tiempo en contar.

"Metidos en los compartimientos de la cartera estaban los otros billetes que había traído de Londres yo, personalmente. Y junto con ellos, había dos bolsitas de cuero que me eran demasiado conocidas. Al verlas, mi corazón me dió un vuelco, por lo inesperado de la cosa. En aquellas bolsas, Manderson guardaba los brillantes que había estado comprando desde hacía algún tiempo. No las abrí; podía sentir el contacto de las piedras, bajo la presión de mis dedos. No tenía la menor idea de cuántos miles de libras representaban aquellos brillantes. Considerábamos la compra de las piedras, como una manía de Manderson. Entonces me dí cuenta de que fué el primero de sus proyectos para realizar mi ruina.

"Pensé tener ya todos los hilos en la mano y supuse que debería obrar inmediatamente. Me dí cuenta en seguida de lo que tenía qué hacer. Había dejado a Manderson a una milla de distancia de la casa. Necesitaría veinte minutos, quince, si caminaba aprisa, para llegar hasta ella, en donde naturalmente con-



taría su historia de robo y telefonaría probablemente a la Policía de Bishopsbridge. Hacía nada más cinco o seis minutos que le había dejado. Me sería fácil alcanzarlo en el coche, antes de que llegara a su casa. Tendríamos una entrevista violenta. Apreté los dientes, pensando en ella; pero todos mis temores desaparecieron ante la idea de poder decirle lo que pensaba de él. Mi honor y mi liber ad habían sido deliberadamente puestos en peligro, de la manera más traidora. No pensé en el posible resultado de la entrevista.

"Dí vuelta al coche y me dirigía a buena velocidad hacia White Gables, cuando escuché, frente a mí, a la derecha, el estruendo de un disparo.

"Instantáneamente detuve el coche. Mi primer pensamiento fué el de que Manderson había disparado contra mí. Después me dí cuenta de que el ruido no había sido tan cercano. No veía a nadie en el camino, a pesar de que la luna lo iluminaba claramente. Después de unos cuantos momentos, volví a avanzar y dí la vuelta al recodo, muy despacio. De nuevo me detuve bruscamente y, por un instante, permanecí absolutamente inmóvil.

"Manderson yacía muerto, a unos cuantos pasos de mí, en el campo de golf, al otro lado de la reja, claramente visible a la luz de la luna.

"Estaba tirado sobre su espalda, con los brazos extendidos, la chaqueta y el grueso abrigo abiertos; la luz brillaba horriblemente sobre su odioso rostro; resplandecía en los dientes y en uno de los ojos... el otro... ustedes lo vieron. No cabía duda de que estaba muerto. De la oreja le manaba un chorrito de sangre. Cerca de él, estaba su sombrero negro de fieltro y, junto a sus pies, la pistola.

"Supongo que me habré quedado inmóvil, viendo al cadáver apenas unos cuantos segundos. Después bajé del coche y me acerqué a él, arrastrando los pies, porque en esos instantes me dí cuenta del terrible peligro que corría. No era solamente mi libertad y mi honor los que había arruinado. Era la muerte la que planeaba para mí; la muerte con la degradación del cadalso. Para que el golpe no le fallara, no vaciló en acabar con su vida. Sus últimos momentos debieron haber estado compensados con la alegría de saber que pronto me le iría a unir en el infierno. Porque, a juzgar por mi situación del momento, no tenía muchas esperanzas. Si la cosa era grave, suponiendo que me hubiera denunciado como un ladrón, ¿cómo sería, si llegaban a considerarme como su asesino?

"Cogí el revólver y vi, casi sin emoción, que era el mío. Manderson debió de haberlo tomado de mi cuarto, cuando me fuí a sacar el coche. En el mismo momento, recordé que fué por sugestión de Manderson que lo había mandado grabar con mis iniciales para distinguirlo de una arma exactamente igual que él poseía.

"Me incliné sobre el cuerpo para cerciorarme de que no le quedaba un átomo de vida. Debo decirle que no me dí cuenta ni entonces, ni después, de los araños y rasgaduras en sus muñecas, que fueron consideradas como prueba de lucha con el asaltante. Pero no me cabe duda de que Manderson se las hizo deliberadamente, antes de dispararse el tiro fatal; eran parte de su plan.

"Aun cuando no advertí el detalle, era evidente que Manderson no había olvidado para que la Corte rechazara el supuesto de su suicidio. Debió de haberle costado mucho trabajo dispararse a distancia de lo largo de su brazo, para no dejarse huellas de la quemadura de la pólvora en el rostro. La herida



era absolutamente limpia y había dejado de sangrar casi. Consideré serenamente mi situación.

"Yo era el último con quien le habían visto; yo le persuadí, según le mintió a su esposa, y más tarde al mayordomo, para que fuera a dar un paseo conmigo, del que nunca regresó. Mi propia pistola le había matado. Es cierto que el haberle descubierto me salvaba de echarme encima mayores actos criminales: fuga, ocultamiento, posesión del dinero. Pero, ¿qué esperanza tenía? ¿Qué podía yo hacer?

Marlowe avanzó hasta la mesa y se reclinó en ella, recargando las manos.

—Quiero —dijo— hacerles comprender qué pasaba por mi mente para haber hecho lo que hice. Ambos podrán pensar que obré como un loco. Pero, después de todo, la Policía jamás llegó a sospechar de mí. Me paseé por el campo, por espacio de un cuarto de hora, cuando menos, pensando en la solución de la cosa, como si se tratara de un problema de ajedrez, juego en el que, modestia aparte, me distinguí mucho durante mi estancia en Yale. Necesitaba pensar serenamente, ya que mi salvación estribaba en echar por tierra los planes de uno de los cerebros más fuertes que hayan existido. Y recordé que, seguramente, habría otros detalles del plan que aún no sospechaba siquiera.

"Dos caminos claros se me presentaron inmediatamente. Cualesquiera de ellos habría sido fatal. En primer lugar, podía hacer la única cosa honesta, derecha, que cabía hacer: volver con el cadáver, contar mi historia, devolver el dinero y los brillantes y confiar en la justicia, en la fuerza de la verdad y de la inocencia. Debí haberme reído al pensarlo. Se darán cuenta de que todo lo que pudiera yo decir, aparecería como una mentira.

"Es cierto que habría devuelto el cadáver, que habría devuelto los valores; pero, ¿quién me aseguraba que los jueces no iban a pensar que lo hice arrepentido, después de cometer el crimen, porque me faltó sencillamente el valor en el último instante? De cualquier manera, con ese plan no llegaría a ninguna parte.

"El segundo de los caminos a seguir consistía en aprovechar la situación y huir inmediatamente. Pero eso también habría sido fatal. Allí estaba el cadáver. No tenía medios de ocultarlo, de manera que no fuera encontrado a la primera búsqueda sistemática. Pero cualquier cosa que hiciera con el cadáver, la ausencia de Manderson habría causado inquietud en su casa, a las dos o tres horas. Martín podía sospechar de que hubiese ocurrido algún accidente y telefonaría a la Policía. Al amanecer, los caminos estarían invadidos y, en todos los puntos de los alrededores, tendrían noticias telegráficas. La Policía se mostraría especialmente activa, tratándose de una personalidad como la de Manderson. Los puertos y las terminales de ferrocarril estarían vigilados. A las veinticuatro horas se hallaría el cadáver y toda Inglaterra —toda Europa— estaría tras de mí. Todos los periódicos del mundo clamarían por el asesino de personalidad tan célebre. Todo el mundo sospecharía. Cada hombre, cada mujer, cada niño, se convertirían en detectives. El coche, dondequiera que lo dejara, pondría a la gente sobre mi pista. Entre los dos caminos, era mil veces preferible el de confesar la increíble verdad.

"Pero entonces comencé a buscar una historia que pareciera más plausible que la verdad. ¿Podría salvar el pellejo, recurriendo a una mentira? Una tras una, fueron presentándose con sus peligros inherentes, y una tras una las fuí rechazando. De pronto se me ocurrió una cosa extraña.



"Muchas veces había estado repitiendo inconscientemente las palabras que Manderson dijera a su esposa: "Marlowe me convenció de que fuera a dar un paseo con él, en el coche, a la luz de la luna." Y de pronto me dí cuenta de que repetía las palabras con la misma entonación de Manderson.

"Como usted averiguó perfectamente, tengo cierta facilidad para actuar. Había imitado tantas veces la voz de Manderson antes, que llegué hasta engañar a Bunner, que solía estar más tiempo a su lado que su propia esposa. Su voz tenía —agregó dirigiéndose a Mr. Cupples— una entonación metálica, fuerte, muy fácil de imitar, por lo demás. Me repetí cuidadosamente las palabras así: (las pronunció y Mr. Cupples abrió la boca poseído de la sorpresa más grande). Después dí un puñetazo sobre el muro bajo que estaba a mi lado, exclamando: —¡Manderson regresará vivo a su casa!

"En un abrir y cerrar de ojos, me formé mi composición de lugar. No me detuve a pensar en detalles. Cada minuto era precioso. Levanté el cadáver, lo coloqué en el coche y lo tapé con la alfombra. Cogí el sombrero y el revólver y cuidé de que no quedara la menor huella delatora en el pasto del campo de golf. Mientras regresaba a la casa, mi idea tomó cuerpo con tal rapidez y facilidad, que me llenó de alegría. Todavía podía salvarme, si conservaba mi presencia de ánimo.

"Ya cerca de White Gables, disminuí la velocidad y fuí a reconocer el camino. Dejé el coche a unas veinte yardas de distancia, al otro lado de los terrenos de la casa, oculto detrás de un hato de heno. Cuando con el cadáver de Manderson a cuestas, su sombrero y la pistola, comencé a encaminarme hacia la casa, la poca aprensión que me quedaba se desvaneció. Estaba determinado a salir adelante, ¡y saldría!

Con un profundo suspiro, Marlowe se dejó caer sobre una silla y pasóse un pañuelo por la frente.

"Todo lo demás, ya lo saben ustedes" —dijo—. Cogió un cigarrillo y lo encendió. Los zapatos que me denunciaron a usted —agregó después de una pausa—, me hicieron mucho daño al metérmelos forzados en los pies. Pero lo más horrible de todo, fue el tener que vestir de nuevo al cadáver y ponerle sus cosas en las bolsas. El hecho de sacarle los dientes de la boca fué peor aún. Es verdad que cometí un error al ponerle el reloj en la bolsa equivocada. ¡Pero todo tuve que hacerlo tan precipitadamente! ¡Se trataba de salvar mi cabeza, nada menos!

"Se equivocó usted, sin embargo, en lo del whisky. Después del primer trago, no volví a probarlo. Pero llené una pinta, que estaba en el buró, y me la eché en la bolsa. Tenía por delante una noche entera de ansiedad y no sabía si podría soportarla.

"No tengo que decir mucho más acerca de lo que hice, mientras estuve en la casa. Después de que me dejó Martín, me puse a pensar en el resto de los detalles de mi plan, mientras descargaba y limpiaba cuidadosamente el revólver con mi pañuelo y un portaplumas. Dejé los paquetes de billetes y las bolsitas con los brillantes, en el cajón superior de escritorio de Manderson, que abrí y volví a cerrar con su llave. Cuando subí a mi habitación, pasé un momento de intensa amargura. Siempre había la posibilidad de que pudiera encontrarme con alguien en el camino. No obstante, no pasó nada.

"Lo primero que hice al entrar en mi cuarto, fué poner la pistola y los cartuchos en su estuche. Después apagué la luz y me dirigí a la habitación de Manderson.

"Lo que hice allí, ya lo saben, incluso la falta imperdonable de dejar marcadas mis huellas digitales. De todo están ustedes enterados, menos de mi estado mental, que no podrían imaginarse, ni acertaría a describirlo nunca.

"Lo peor fué cuando Mrs. Manderson me habló desde su cuarto. Estaba preparado para esa eventualidad y, sin embargo, sentí, al hacerlo, que la sangre se me fué a los pies. Sin embargo...

—Dígame—le interrumpió Trent— por qué escogió usted la ventana de la habitación de Mrs. Manderson para escapar. Ese hecho, de haberse descubierto, habría puesto en un serio predicamento a la señora. Supongo que entenderá usted lo que quiero decirle.

—Y espero que comprenderá usted lo que voy a responderle, cuando le diga que, si hubiera pensado en ese momento en lo que acaba de sugerir, habría preferido mil veces arriesgarme que escaparme por allí, —declaró firmemente Marlowe.

—Me parece perfectamente razonable—asintió Trent—que no se le hubiera ocurrido la idea. Pero, de todos modos, era más seguro para usted el haber escapado por alguna de las puertas de los cuartos desocupados.

—Posiblemente—dijo Marlowe—. El hecho es que cuando volví de Southampton a Marlstone, pude hacer frente al interrogatorio de su amigo el detective, con más aplomo del que yo mismo imaginaba.

Marlowe cerró los ojos y hubo una breve pausa de silencio. Trent se puso en pie, diciendo:

—Creo todo lo que nos ha dicho. Y lo creo, no porque me haya caído usted simpático, ni por otra razón más que porque estoy seguro de que no habría podido estarme hablando por espacio de una hora, sin que me hubiera dado cuenta de que mentía. Su historia es de lo más interesante. Manderson era un hombre extraordinario, igual que usted. Obró como un loco, al hacer lo que hizo; pero estoy de acuerdo con usted, en que, si hubiera obrado cuerdamente, no habría tenido la más remota posibilidad de salvación.

—Por mi parte—dijo Mr. Cupples, poniéndose en pie, a su vez—, le confieso que no dudé de su inocencia un solo momento. Pero me gustaría hacerle una pregunta.

Marlowe levantó la cabeza, sin responder.

—Suponga usted que alguien hubiera sido acusado del crimen y condenado. ¿Qué habría usted hecho? —prosiguió Cupples impertérrito.

—La respuesta es obvia. Me habría presentado a los jueces con mi verdad y habría esperado tranquilo el resultado.

Trent estalló en una carcajada: "¡Ya me parece estar viendo sus caras de espanto! ¡Qué cosa más ridícula, pensar que el hombre es astuto por naturaleza!"... Cogió el voluminoso sobre que había dejado sobre la mesa y lo arrojó a las llamas de la chimenea.

—Cupples y yo,—dijo a Marlowe seriamente— tenemos una cita a las siete. Nos vamos. Adiós, Marlowe. Soy un hombre que hice cuanto pude por echarle una soga al cuello. Considerando las circunstancias, no sé si deba usted culparme. ¿Quiere estrechar mi mano?

CAPITULO DECIMO SEXTO

EL ULTIMO DETALLE

—¿Qué dijo usted acerca de una cita que teníamos a las siete?—preguntó Mr. Cupples, cuando salieron de la casa. ¿Realmente la tenemos?

—Ciertamente, le respondió Trent—. Vamos a cenar juntos. Unicamente podemos celebrar esto, cenando juntos.

Le invitó a Sheppard's.

—¿Quién es Sheppard?—inquirió Mr. Cupples, al tiempo que se encaminaban por Victoria Street.

—Sheppard's es un sitio donde se puede comer. Jamás he conocido a Sheppard. Jamás he sabido si existe siquiera. Probablemente es un mito de origen titemístico. Pero una de las razones que tuve para sugerirle Sheppard's es la de que voy a casarme con la mujer más maravillosa del mundo. Confío en que la conexión de las ideas sea perfectamente clara.

—¡Va usted a casarse con Mabel! exclamó Cupples—. Querido amigo, ¡qué estupenda noticia! ¡Los felicito a los dos, desde lo más profundo de mi alma!

En esos momentos llegaron al restaurant y, una vez en su interior, se acomodaron perfectamente en una mesa apartada, y después de pedir buenos vinos y mejores viandas, Trent le preguntó a su amigo:

—¿Qué piensa usted de nuestra entrevista?

Sin detenerse en la tarea de cortar su ración de carnero en pequeños pedazos, Mr. Cupples respondió:

—Lo más curioso de todo, a mi juicio, es la ironía de la situación. Ambos tenemos la clave del odio absurdo que Manderson sentía por Marlowe. Sabíamos de su obsesión de celos, de la que Marlowe jamás sospechó siquiera. Con relación a la historia de ese muchacho, la considero totalmente honesta, pero no especialmente notable en sus características esenciales, una vez admitido que, en el caso de Manderson, tenía uno que habérselas con un cerebro más o menos desordenado.

Trent rió alegremente.

—Confieso—dijo—que el asunto me llamó la atención por poco usual.

—Unicamente en el desarrollo de los detalles—arguyó Cupples—. ¿Qué hay de anormal en los hechos esenciales? Un loco concibe una absurda sospecha;

fabrica un plan astuto contra su enemigo fantástico; planea su propia destrucción... ¿Qué hay de notable en todo eso? Consideremos los procedimientos de Marlowe. Se encuentra en una posición en la que, aun siendo inocente, no podría salvarse confesando la verdad. Escapa por medio de una serie de mentiras magníficamente planeadas. Pero me queda una reflexión turbadora por hacer. Si Marlowe no hubiera sospechado nada y hubiera caído en la trampa, ciertamente habría sido condenado a muerte. Ahora bien, ¿cuántas veces la acusación de crimen en contra de una persona inocente ha prosperado? Hay, según tengo entendido, numerosos casos en los que el culpable real muere protestando su inocencia. Por eso jamás he aprovado una sentencia de muerte basada en pruebas circunstanciales.

—Por mi parte, jamás lo he hecho—dijo Trent.

—Pero ciertos recuerdos de mi juventud reviven en mi mente con relación a sete asunto. Sabemos, por las cosas que Mabel le dijo, lo que podría llamarse la verdad espiritual; los celos y el odio insano que abrigaba Manderson y que ocultaba a todos. Entendemos que era capaz de haber planeado su esquema. Pero, por lo general, es en el hecho de penetrar en la verdad espiritual donde la justicia falla. Algunas veces la verdad se oculta deliberadamente, como en el caso de Manderson. Algunas veces, según creo, se oculta porque la gente sencilla no puede expresarla, y nadie la adivina. Sin embargo, en el caso de Marlowe siempre estuve seguro de su inocencia.

—¿Seguro?

—Seguro, por algo que sabía, desde el principio, de todo este asunto. Hace un momento me pedía usted que me hiciera la cuenta de hallarme en presencia del jurado de Marlowe. Habría sido un ejercicio inútil de fuerza mental, ya que habría asistido a él en otra capacidad completamente distinta. Habría asistido en calidad de testigo de la defensa. Y le aseguro que mi declaración habría sido concluyente.

Al escuchar esta última frase, Trent se puso intensamente pálido y exclamó:

—¡No puede ser! No puedo creer que me haya usted dejado trabajar arduamente en este asunto, sabiendo de manera positiva que Marlowe era inocente.

Mr. Cupples se limpió la boca con la servilleta y, después, inclinóse sobre la mesa.

—Es muy sencillo—dijo; yo fuí quien mató a Manderson!

....

—Me temo que le haya sorprendido—agregó Mr. Cupples—, al notar que involuntariamente Trent había derramado parte del contenido de su vaso sobre el mantel.

"Pero no fué propiamente un crimen—continuó—. Voy a contarle toda la historia. Aquel domingo por la noche había salido a dar mi acostumbrado paseo, después de cenar a eso de las diez y cuarto. Me dirigí por la senda que conduce a White Gables, hasta llegar al sitio en donde se encuentra la reja que da acceso al campo de golf. De pronto, oí el ruido del coche que se acercaba y vi a Manderson inmediatamente.

"Recordará usted que era noche de luna, pero yo estaba en la sombra de unos árboles que están al pie del muro y, de todos modos, ninguno de los dos sospechaba de mi presencia. Oí todo lo que hablaron, exactamente en la forma en que lo relató Marlowe y vi el coche desaparecer camino de Bishopsbridge. Esperé a que Manderson regresara a White Gables; pero no lo hizo así. Abrió

la reja del campo, por la que acababa yo de pasar, y se quedó allí un momento, inmóvil. Tenía la cabeza baja, las manos colgantes. Después de algún tiempo, se llevó una mano a la bolsa de su abrigo. Vi, a la luz de la luna, su rostro distorsionado, sus dientes desnudos, sus ojos brillantes, y me dí cuenta de que el hombre no estaba cuerdo. Casi en el mismo instante vi brillar algo, a la luz de la luna. Una pistola que se apuntaba hacia su pecho.

"Me dí cuenta, aun cuando nunca tuve la seguridad de su intención de matarse, de que, cuando menos, trataba de herirse para acusar a Marlowe de intento de asesinato y robo.

"En ese momento, antes de que pudiera razonarlo, me abalancé a él y le cogí del brazo. Me repelió con un terrible golpe en el pecho y en seguida me apuntó con el revólver a la cabeza. Pero pude cogerle de las muñecas, antes de que disparara, con todas mis fuerzas. Los araños que se descubrieron en ellas, se los causé yo. Me dí cuenta de que estaba luchando por salvar mi vida, ya que adiviné la intención asesina en sus ojos. Luchamos como dos fieras, en silencio, yo sosteniéndole ambas manos de las muñecas. Jamás pensé que, en un momento dado, podía hacer gala de tanta fuerza. En determinado momento, conseguí arrancarle el revólver de las manos y retroceder unos pasos. Se me precipitó iracundo, con intenciones de cogerme del cuello, y entonces disparé a ciegas. Supongo que, al recibir la bala, estaba a una yarda de distancia apenas Instantáneamente se desplomó sobre el pasto.

"Tiré la pistola y me arrodillé a su lado. Estaba muerto. Permanecí alelado unos momentos, hasta que oí el ruido del coche que regresaba.

"Todo el tiempo que se estuvo Marlowe pensando su plan de acción, yo estuve escondido en las sombras. Cuando vi que levantaba el cadáver y se lo llevaba al coche, escapé cautelosamente, resuelto a no decir nunca una palabra a nadie. Naturalmente, pensé que Marlowe diría a todo el mundo cómo encontró el cadáver. Sabía que estaba seguro de que se trataba de un suicidio. Pensé que todo el mundo lo sabría del mismo modo.

"Con miles de trabajos logré entrar en el hotel, sin que notaran nada anormal en mi llegada. Me metí en la cama, pero no pude dormir.

—No pude dormir... —repitió Trent, mecánicamente.

Y después de una larga pausa, declaró sentencioso y grave:

—Mi querido Cupples, le juro que jamás me volveré a ocupar en la vida de resolver ningún crimen. ¡El caso de Manderson será el caso final de Mr Trent!

FIN.

